

Si la sal

se desvaneciere

para nada sirve... (Mateo 5:13)

José Gallardo Cortés

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi esposa, Carmen. Gracias a todos los que han permitido que escriba aquí sus testimonios. Gracias a tantos pastores, amigos y maestros que me han inspirado con sus vidas y, en especial, a Juan Driver, que me enseñó a vivir las Bienaventuranzas. Sobre todo, gracias a Dios por su ternura, su sabiduría, su poder y su misericordia. Como dice el apóstol Pablo en 1ª Corintios 15:10: “Por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo”. Porque “Buena es la sal, mas si la sal se hiciere insípida, ¿con qué se sazonará?” (Lucas 14:34).

Presentaciones:

Esperanza Suarez (Pastora y locutora de radio y televisión-Madrid):

De la misma manera que la sal hace sabrosa una comida, la lectura de este libro produce un exquisito y sustancioso sabor al lector. La sencillez, claridad y al mismo tiempo profundidad de cada uno de sus capítulos hacen posible que el alma del que lee sea retada a ser eso que parece que se estuviera perdiendo: “SAL”.

Sencillez, claridad y profundidad son tres de los muchos valores que caracterizan a su autor.

“SI LA SAL” es un libro escrito desde la experiencia, desde la obediencia al llamado divino y desde el secreto de vivir en la presencia de Dios; un libro que se hace indispensable en estos tiempos en los que parece que los creyentes estuvieran perdiendo sabor...

Este es un libro que inspirará en el viaje de la vida de aquellos que decidan leerlo porque en cada una de sus páginas se llega a oír la profunda voz de Dios a través de la tierna voz de su autor... Gracias José por tan sabroso legado!!!

Fernando Alarcón, Centro Cristiano de Calpe:

Tuve el privilegio de conocer a José y a Carmen a finales de los 70, siendo yo recién convertido. Desde siempre, y sin que ellos lo supieran, fueron un referente para mi vida. Carmen, por su capacidad organizativa y de trabajo sirviendo a todos en todo tiempo. José, por su manera de compartir la Biblia y transmitir el evangelio. Después de unos cuantos años de haber perdido el contacto volvimos a encontrarnos en Madrid y retomamos la relación y hemos podido constatar que la sal en ellos no se ha desvanecido y que han seguido creciendo y trabajando para el Señor todos estos años. Este libro lo refrenda; además nos anima y desafía a poner en práctica el evangelio porque sigue teniendo el poder de cambiar vidas. Y ellos han sido fieles al mandato de Pablo: “No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos”, Gálatas 6:9 .

Ramón Caballero, Pastor, Iglesia Misión de Avivamiento, Vitoria:

Quiero animarte a leer este valioso libro de mi gran amigo y sabio hombre de Dios, José Gallardo. Te deleitarás con sus jugosos comentarios bíblicos y serás inspirado con testimonios reales de vidas transformadas por Jesucristo. Este libro te ayudará a encontrar el propósito de Dios para tu vida, siendo un instrumento de Dios para la evangelización, así como a ser una persona fructífera.

Vicente Fernández, pastor de la Iglesia sin fronteras, Longwy, Francia.:

Este libro es la historia de una vida al servicio de los pobres de la tierra. Es la encarnación de la misericordia divina tal como la expresa Mateo 25:40: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”.

El don de José Gallardo es saber ir más lejos, saber descubrir los tesoros escondidos por Dios en las vidas de las personas. Hemos sido compañeros de camino en grandes momentos de nuestra vida ministerial. Aquí tenéis bajo vuestros ojos el testimonio de muchos milagros de la providencia, iniciados por la obediencia de un hombre.

Recorriendo estas páginas he descubierto 43 años de penas y de alegrías, fruto de una trayectoria a la escucha del Espíritu de Dios. Mi amigo José es un buen maestro, un evangelista apasionado, un pastor de gran talento. Es un innovador incansable con capacidad para andar por caminos no trotados. Todo eso ha sido posible porque se ha rodeado de personas de gran calidad.

Su concepto comunitario de justicia social tiene algo de los reformadores de la iglesia como Francisco de Asís. Hay que subrayar que los centros de acogida de los que se habla en este libro han sido el fruto de un concepto mesiánico de la salvación. Es una herencia y una inversión para las generaciones venideras. Es un reconocimiento de la obra de Aquel que lo ha hecho todo posible. Dios lo hace todo pero nunca sin nosotros.

Gracias, José, por estos mensajes sazonados y sabrosos.

PRÓLOGO:

Cualidades de la sal

Si la sal
se desvaneciere...
para nada sirve. Mateo 5:13

La sal sirve.

1. La sal sirve para salar, dar sabor y estimular el funcionamiento del corazón,
2. La sal sirve para preservar los alimentos y evitar su deterioro.
3. La sal sirve para quitar la humedad y suavizar el agua.
4. La sal sirve para limpiar el lavavajillas de restos calcáreos.
5. La sal sirve para derretir la nieve y evitar la congelación de las carreteras
6. La sal sirve para retener el agua en el cuerpo y evitar la deshidratación.
7. La sal sirve para curar las enfermedades de la piel y es una forma de antibiótico.
8. La sal sirve para abrir el apetito y estimula la digestión y es un alimento completo.
9. La sal sirve para aliviar el dolor de garganta y ayuda a desentaponar la nariz congestionada
10. La sal sirve para relajar la musculación, ayuda a dormir y a vencer la depresión, etc.

La idea de escribir este tercer libro relacionado con los anteriormente publicados, “Libertad a los cautivos” y “Fuertes en batallas” tiene el propósito de motivar para compartir el Evangelio por medio de la palabra y de las obras. El cristiano es como la sal, puede servir en muchos contextos. El testimonio de un cristiano siempre es bueno, es necesario. La sociedad necesita este testimonio y la iglesia también. En el momento en que escribo este prólogo ha empezado en Wuhan, una provincia de

China, una infección catastrófica por el llamado “coronavirus”(Covid-19) que está dejando miles de muertos e infectados y que se está extendiendo por el mundo. Uno de los primeros en detectar la epidemia y avisar de sus riesgos fue un joven doctor de 34 años, padre de un niño de cinco años. Este doctor era cristiano, fue rechazado y llevado a comisaría porque le acusaban de difundir un bulo. El doctor Li Wenliang como así se llamaba, siguió atendiendo a los pacientes de esta enfermedad y finalmente falleció víctima de ella. (Evangélico Digital 18 de febrero de 2020). Esto ha conmocionado a la sociedad y también a los cristianos de China que han salido a la calle ofreciendo tratados y mascarillas a los viandantes. Hasta la policía viene a ellos pidiéndoles lo que ofrecen, con agradecimiento. Les llaman los ángeles amarillos porque visten con unos buzos amarillos para identificarse y están siendo de gran impacto en varias ciudades de China, ayudando a muchos y abriendo nuevos horizontes para la iglesia en China. Eso es ser sal y ser luz en el mundo, eso es compartir la buena noticia del Evangelio con hechos y hasta con la propia vida (Heart Cry 8 de febrero de 2020).

En un tiempo que pasé en Bolivia pude ver cómo la conversión de muchos campesinos cambió la sociedad circundante. Una numerosa población había emigrado del Altiplano a las zonas tropicales de Santa Cruz de la Sierra porque se dictó la ley por la que: “La tierra es para quien la trabaja”. Estaban limpiando zonas boscosas para plantar maíz. Con el maíz producían chicha, una bebida alcohólica que los llevaba a excesos y promiscuidad. Nacían muchos niños de esas relaciones promiscuas. Los niños recién nacidos en las cabañas eran abandonados en la selva con la boca llena de tierra para que murieran sin llorar. Traían costumbres de maneras de vestir propias de las zonas altas mucho más frías y vivían pobremente. Contraían muchas enfermedades. Colaboré con un trabajo social en una zona llamada Los Tajibos, que entonces era zona rural, donde se abrió un pequeño hospital, “Tres Palmas”, que trataba a la gente que por allí vivía. También se intentaba rescatar a los niños abandonados. Algunos de ellos eran bebés que nos encontrábamos en la selva, abandonados. Poco a poco se les compartió el Evangelio y se iniciaron actividades

para los matrimonios y para los niños. Se inició una pequeña iglesia y se llegó a formar también una cooperativa para defender los derechos de los campesinos. Los nuevos convertidos dejaron de beber alcohol y cuidaron sus campos y sus familias hasta tal punto que fueron un ejemplo para los habitantes de alrededor. Iniciaron un taller para hacer sillas, mesas y diferentes muebles.

El ambiente de aquella zona se transformó. Los niños eran bien cuidados. Las casas que antes eran chozas junto a los campos ahora se hacían con adobe, con mucho gusto e incluían jardines. Las mujeres eran respetadas y cesaron los embarazos no deseados en ese poblado. Se construyó una escuela y con el tiempo algunos de estos chicos y chicas fueron a la Universidad. Unos años más tarde en una Conferencia Cristiana en Estrasburgo, me encontré con algunos miembros de aquella iglesia que eran niños cuando yo estuve allí y me confirmaron el gran cambio cultural y social de la zona. Hoy son personas que han crecido en una iglesia influyente en la sociedad y todo gracias a una labor de evangelización que trajo como consecuencia un cambio social de gran envergadura. Eso fue gracias a que los cristianos fueron sal de la tierra y luz de aquel lugar.

En la composición de cada capítulo de este libro, como en los anteriores, ofrezco una meditación bíblica con testimonios de quienes han tenido un cambio en sus vidas y también presento una reflexión para ayudarnos a vivir la vida cristiana de manera más eficaz. Espero que este texto sirva para animar al lector a buscar a Dios, fuente de toda verdad. También espero que el lector busque honrar su Palabra con una lectura diaria y poner en práctica ciertos principios básicos que harán que su vida sea más fructífera. Se trata de aprender a ser sal y luz. Y si lee este libro alguien que aún se plantea si Dios existe o si él tiene que seguir el camino de Jesucristo, espero que el contenido de lo que aquí se escribe sirva para animarle a leer la Biblia y a dar pasos de fe interesándose por conocer más a Cristo y por recibir la salvación que vino a traer al mundo. Jesucristo dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Juan 14:6) y a sus discípulos les dijo:

“Vosotros sois la sal de la tierra...vosotros sois la luz del mundo”.
(Mateo 5:13, 14)

Capítulo 1º

“BUENA ES LA SAL”

El cristiano y su influencia en la sociedad

“Buena es la sal; mas si la sal se hiciere insípida...” Lucas 14:34
Las cualidades de la sal nadie puede negarlas. Tanto valor tiene que hubo un tiempo en que se utilizaba como “salario” es decir, se pagaba con sal. La ruta de la sal hacía que las caravanas llevaran la sal de un lugar a otro y fuera un producto muy apreciado tanto para el consumo humano como para los animales.

La sal no sólo da sabor a los alimentos, sino que impide que estos se corrompan. Retiene los líquidos en el cuerpo y cura las heridas. Pero también su exceso puede ser mortal e incluso destruir las plantas. En la Biblia se habla de “pactos de sal” (Números 18:19) y de cómo los niños eran envueltos en sal al nacer para limpiarlos de toda impureza (Ezequiel 15:4). La sal era parte absolutamente necesaria de toda ofrenda en el altar (Levítico 2:13).

Hay muchos tipos de sal según su origen, su calidad y su uso. Sal de minas terrestres, sal de origen marino, sal para la cocina, sal para deshacer el hielo de las carreteras, sal para quitar la cal del lavavajillas, sal para el suero que se pone a los enfermos. Hasta en los dulces se pone algo de sal para realzar el sabor. Cuando Jesús quiso hablar del valor del cristiano en el mundo le comparó a la luz y a la sal. Pero a causa de las impurezas y mezclas la sal puede perder su sabor.

“Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres” (Mateo 5:13). Lo que se espera de un cristiano es su calidad, su pureza, su integridad, que sea fiel a su propia naturaleza, a su propia identidad como hijo de Dios, redimido, rescatado del pecado y enviado a rescatar a otros.

El cristiano es una fuente de transformación y de purificación, allí donde se encuentra si es un cristiano estable, noble, firme y decidido a mantener un testimonio limpio en todas las circunstancias por difíciles que sean. Puede ser en el trabajo, en la prisión, en la familia o en la Universidad.

Pero en vez de preservar su entorno de la corrupción, los hay que son ellos mismos contaminados y pierden su razón de ser. Mantienen la apariencia, pero son un obstáculo para que Dios pueda obrar. Son un mal ejemplo, se han corrompido. Marcos 9:50 dice “Tened sal en vosotros mismos”. Como las vírgenes prudentes de la parábola tenían que tener aceite en reserva para sus lámparas, así también hay que tener reservas de sal. Porque el desgaste es grande y el contacto con el mundo trae necesariamente una pérdida de calidad. Dios nos juzgará por la autenticidad de nuestra presencia en el mundo. Pablo les decía a los judíos: “el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros” (Romanos 2:24. A Gandhi le preguntaron si Jesús y el Sermón del Monte eran tan importantes para él, ¿por qué no se hacía cristiano? Y respondió que era “por causa de los cristianos”. No olvidemos que los que promovieron la esclavitud y la segregación entre blancos y negros tanto en África como en Estados Unidos, fueron cristianos.

Aún hoy, algunos teólogos han acuñado términos como “la teología de la muerte de Dios” dando a entender que el hombre ya es maduro para necesitar mitos religiosos, o “la teología de la prosperidad” en la que se predica un cristianismo de triunfo y de abundancia material. Otros hablan de “la predestinación” consiste en que cada cual se tiene que contentar con la clase social y el tipo de vida en el que ha nacido y que no debe cambiar nada porque ese es “su destino”. De hecho, algunos piensan que los que se van a perder y los que se van a salvar ya han sido elegidos por Dios, aún sin saberlo ellos, y nada se puede hacer para cambiar esa elección. Dentro de esta corriente están los que afirman que la “seguridad de la salvación” es una doctrina obligada que hace que una vez que has decidido seguir a Cristo ya eres salvo y esa salvación nunca se puede perder. Eso hace que

haya cristianos nominales y superficiales que tengan en poco aprecio su búsqueda de la santidad y su papel en la sociedad como agentes de cambio en favor de los más necesitados. Puesto que todo está determinado, ¿por qué intentar cambiar lo que existe? Todo está decidido, nada se puede cambiar. Esta visión fatalista de la vida cristiana no encaja con las enseñanzas y obras de Jesús ni con la experiencia en la historia del cristianismo.

En nuestra experiencia hemos visto cómo Dios ha obrado en personas, que, como aquellos discípulos que abandonaron a Jesús (Juan 6:66), dieron vuelta atrás, se enzarzaron en las cosas del mundo y no han vuelto al Evangelio. Algunos incluso son tan escépticos que desaniman a aquellos que quieren volver. También es cierto que hemos visto historias de “hijos pródigos” que, habiéndose alejado de la casa del padre, han vuelto a ella después de un tiempo de andar vagando lejos.

La construcción de la Iglesia

Como parte de nuestra experiencia hemos visto cómo al perseverar en la visión, aunque sea difícil, se llega finalmente a alcanzar los objetivos establecidos. Un ejemplo de ello ha sido la lucha por conseguir un terreno en Quintanadueñas para construir un edificio que albergara la iglesia “Piedras Vivas”, una vivienda social y otras dependencias de usos múltiples. Habíamos sido inspirados por quiénes en diferentes lugares y regiones de España, habían conseguido terrenos con ese fin: Huelva, Sevilla, Cartagena, Madrid, etc.

Nuestra historia en el pueblo de Quintanadueñas había tenido altos y bajos. Habíamos empezado en 1978 como una pequeña comunidad cristiana que se convirtió pronto en un centro de rehabilitación con la denominación de ACCOREMA (Asociación Cristiana de Comunidades para Rehabilitación de Marginados). En general, aunque era un pueblo de agricultores, fuimos bien aceptados, con algunas excepciones. En aquel tiempo, el cura del pueblo pensaba que éramos una secta protestante y recomendaba en las homilías que no nos alquilaran las casas. Pero la mayoría

de la gente nos apreciaba y nos ayudaba. Y nosotros a ellos. Además, veían cómo llegaban las personas a la comunidad y cómo cambiaban, y eso les sorprendía.

Luego, poco a poco, cambió el carácter del pueblo. Los campesinos vendieron sus tierras a las inmobiliarias. Muchos se hicieron millonarios con ello. Era el boom de la construcción. Empezaron a venir matrimonios jóvenes a esas urbanizaciones que buscaban una mejor calidad de vida. El colegio que iba a cerrar, pronto tuvo que hacer ampliaciones por la gran cantidad de niños que vinieron. El gobierno municipal también cambió y personas más modernas y capacitadas entre las autoridades hicieron grandes cambios en el entorno. Se construyeron parques y jardines, polideportivo, centro cívico, centro de salud, etc. Hasta los nuevos curas que vinieron a la parroquia católica eran mucho más abiertos y nos aceptaban. Teníamos muy buena relación con el alcalde que era creyente y una persona miembro de nuestra iglesia llegó a ser concejal del gobierno local.

Eso hizo que nos animáramos a solicitar un terreno destinado a servicios para construir nuestra iglesia. Tardaron quince años y, tras muchas dificultades, al final nos lo concedieron. Lo malo es que en ese entonces había llegado la crisis de la construcción. Pero durante esos años de espera habíamos ahorrado un dinero y una banca ética de carácter social nos concedió un crédito. Como las obras las hicimos nosotros mismo con nuestra empresa de inserción y la ayuda de un buen arquitecto, el proyecto nos salió por la mitad de su coste real. Además, de manera milagrosa, recibimos importantes donaciones de materiales y de una vivienda que vendimos para conseguir fondos. Todo ello hizo posible la construcción de un bello edificio, moderno y funcional, con capacidad para trescientas personas que hoy es uno de los hitos del pueblo. Hemos conseguido incluso que se nos haga un cartel indicador a la entrada del pueblo, para facilitar su localización.

Una vez acabado, el edificio de la iglesia Piedras Vivas, se ha convertido en un punto de referencia y actividades del pueblo. Según un acuerdo, el Ayuntamiento lo utiliza para actividades de

carácter público, como los conciertos de la Escuela Municipal de Música, conferencias y actividades para los niños del Colegio Público “Saturnino Calleja”, actuaciones de la Coral del pueblo y otros usos que no van en contra de los principios éticos de la Iglesia. Eso ha servido para un cambio de mentalidad. Si antes nos relacionaban con drogadictos y enfermos de sida, ahora nos ven como personas sanas, respetables y de buen testimonio, lo cual ha facilitado que varios habitantes del pueblo acudan a las actividades organizadas por la iglesia.

Cada año, en el pueblo, se celebra la semana de unidad de los cristianos durante la que se lleva a cabo un encuentro ecuménico de oración entre católicos y evangélicos con un guion preparado por ambos. Esto también ayuda a despejar prejuicios. Ya no somos considerados una secta sino una alternativa para la evangelización y la edificación de hogares saludables. Nuestro objetivo es ser sal y luz en este pueblo donde Dios nos ha puesto que, por cierto, ¿podría ser uno de los pueblos de España con mayor porcentaje de cristianos por kilómetro cuadrado!

Además de la iglesia y la obra social de ACCOREMA también están instalados en este pueblo nuestra empresa de construcción (Cooperativa de Iniciativa Social), que ha construido bastantes viviendas aquí, y una peluquería perteneciente a una familia de la iglesia. Nuestros hogares en este y otros pueblos de alrededor son puntos que irradian buen testimonio, oración y amistad a muchos de nuestros vecinos.

“Nosotros mismos hemos oído y sabemos” (Juan 4:42)

Como en el caso de la relación entre la mujer samaritana y Jesús, los habitantes del lugar donde vivimos, en este pequeño pueblo de Castilla, han podido oír y ver cómo un grupo de discípulos de Jesucristo viven su fe y no solamente se han dado cuenta de que somos personas “normales” con una fe “envidiable”, como dicen algunos, sino que los hay que vienen pidiendo consejo para sus problemas familiares y están encontrando en Jesús, el salvador de

sus vidas. El alcalde es muy consciente de que oramos asiduamente por él, por su gobierno y por el bienestar de este pueblo.

Lo que al principio comenzó como la respuesta a una necesidad entre la juventud, hace más de cuarenta años y que luego se transformó en un ministerio de rehabilitación de marginados, ha ido poco a poco tomando forma y convirtiéndose en una iglesia sólida, innovadora, atractiva, con una pujante alabanza y sólidas predicaciones y varios departamentos y programas para toda la familia, para inmigrantes y para solteros.

Cuando Jesús, expresando su necesidad de descanso y teniendo sed, sentado junto a un pozo en Samaria, pidió de beber a la mujer samaritana, nos enseñó algo muy práctico. Debemos acercarnos a las personas en base a su necesidad y no rechazar a nadie, por muy extraño que sea su estilo de vida. Jesús no entró en discusiones religiosas con la samaritana, ni se dejó llevar por su apariencia de mujer liberal, sino que discerniendo su soledad y su necesidad fue acercándose poco a poco a su corazón sufriente y aportándole una solución sobre la base del amor incondicional y de la fe. Caló tan hondo en su alma que la mujer fue a su pueblo corriendo, invitando a sus vecinos a venir a Jesús y dándoles testimonio de cómo le había dicho todo lo que había hecho (Juan 4:39). Y aunque Jesús sólo se quedó allí dos días, ese pueblo fue transformado por su persona y por su enseñanza. Hay que hacer notar que era un pueblo de samaritanos, marginados y rechazados por los judíos. Por el testimonio de aquella mujer, fueron transformados.

En el pueblo de Quintanadueñas empezamos respondiendo a necesidades específicas de nuestra sociedad. El testimonio de los que fueron cambiados por el Señor ha abierto las puertas de muchos corazones que ahora creen no por lo que han visto o se les ha dicho, sino porque ellos mismos han conocido y disfrutado del amor y el poder de Jesucristo. Es así como obra el Señor: va transformando corazones por medio de aquellos que han sido cambiados, de manera que los que escuchan sus testimonios

pueden decir: “Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído y sabemos que verdaderamente este es el Salvador del mundo, el Cristo” (Juan 4:42).

En el texto de Juan 4, lo que empezó siendo un encuentro en base a una necesidad (el cansancio y la sed de Jesús), siguió como un diálogo amistoso y hasta teológico, para terminar con la comunicación de un mensaje trascendental sobre “el agua de vida” y la adoración “en espíritu y en verdad”. Así se transformó un pueblo entero. Así puede ocurrir entre nosotros hoy, que iniciemos una conversación en base al interés de las personas y vayamos avanzando hacia capas más profundas hasta llegar a las necesidades del corazón que sólo el Señor puede satisfacer. Pero de este encuentro con la Samaritana hablaremos más adelante.

Capítulo 2º:

La silla de Eli

Habla la silla de Elí:

“Yo era una silla sólida, ancha, colocada junto a un pilar del templo del Señor en Silo, un lugar de culto en Israel (1 Samuel 1:9). Yo era propiedad de Elí, sacerdote del templo. Elí era grueso y pasaba muchas horas sentado, cuando no estaba oficiando. A Elí le gustaba comer bien la parte que le correspondía de los sacrificios y ofrendas del templo. Elí era viejo y no tenía buena vista (1ª Sam 4:15). En una ocasión vino una anciana al templo y oraba fervientemente para tener un hijo, pero cuando ella hablaba en su corazón y sólo movía los labios, Elí pensó que estaba ebria y se enfadó con ella diciéndole “¿Hasta cuándo estarás ebria? Digiere tu vino” (1 Sam 1:14) Pero aquella mujer que se llamaba Ana, le dijo: “No señor mío, soy una mujer atribulada de espíritu; no he bebido vino ni sidra, sino que he derramado mi alma delante del Señor”. Aquella mujer le estaba pidiendo desesperadamente a Dios, entre llantos y susurros, poder tener un hijo, pues era estéril. El Señor le concedió un hijo, al que puso por nombre Samuel. Ella lo consagró al servicio del Señor en el templo, trayéndole al sacerdote Elí tres becerros, veintidós kilos de harina y un cántaro de vino.

Elí tenía dos hijos, Ofni y Finees y él los consagró también sacerdotes, pero ellos “eran hombres impíos y no tenían conocimiento del Señor” (1 Sam 2:12). Yo veía los abusos que cometían estos muchachos y su padre no tenía autoridad sobre ellos. Más bien ellos no hacían caso de las palabras de su padre. Les gustaba comer lo mejor de los sacrificios y hasta lo tomaban por la fuerza, menospreciando así las ofrendas que los fieles traían al Señor. Llegaban hasta el extremo de acostarse con las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de reunión (2 Sam 2:22). El Señor tuvo que corregir a Elí por medio de un profeta diciéndole “has honrado a tus hijos más que a mi engordándolos de lo principal de todas las ofrendas... yo honraré

a los que me honran y los que me desprecian serán tenidos en poco” (1 Sam 2:29-30). Dios le anunció que sus dos hijos iban a morir, los dos el mismo día: “porque sus hijos han blasfemado a Dios y él no los ha estorbado” (3:13).

Entretanto y en medio de este desorden, “Samuel creció y el Señor estaba con él y no dejó caer a tierra ninguna de sus palabras” (3:19). Pero hubo un combate de Israel contra los filisteos y mandaron traer el arca de la alianza, desde Silo, porque decían “para que viniendo entre nosotros nos salve de la mano de nuestros enemigos” (4:3). Y Ofni y Finees, los hijos de Elí llevaron el arca al campamento. Pero los filisteos, aunque al principio temieron al arca, pelearon contra Israel y estos huyeron cada cual a sus tiendas. “Y el arca del Señor fue tomada y muertos los dos hijos de Elí, Ofni y Finees” (4:11). Elí me había sacado junto al camino para sentarse en mí, esperando noticias del combate, con el corazón temblando por causa del arca de Dios. Por entonces, Elí se había quedado completamente ciego. Temía que algo grave iba a pasar. En ese mismo instante un hombre vino con los vestidos rotos y tierra sobre su cabeza y anunció a gran voz: “Ofni y Finees fueron muertos y el arca de Dios ha sido tomada.” “Y aconteció que cuando hizo mención del arca de Dios, Elí, sobresaltado, calló, hacia atrás en la silla al lado de la puerta y se desnucó y murió porque era hombre viejo y pesado” (4:18). Ahí terminó mi vida como silla útil y en el futuro se servirían de mí como leña para calentarse.

Pero ahí no se acabaron las desgracias, sino que la mujer de Finees que estaba encinta, cuando oyó las malas noticias de la muerte de su marido y la de su suegro Elí y que el arca de Dios había sido tomada, le vinieron de repente dolores de parto y murió mientras daba a luz un varón al que pusieron por nombre “Icabod” que significa “Traspasada es la gloria de Israel” (4:21).

Fui una silla rota, solitaria y abandonada, testigo de uno de los peores momentos de la historia de Israel. Samuel llegó a ser juez de Israel, muy aclamado por su pueblo porque como dice el

Salmo 1: 1 “no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado.” Sin embargo, “Aconteció que, habiendo Samuel envejecido, puso a sus hijos por jueces sobre Israel...Pero no anduvieron los hijos por los caminos de su padre, antes se volvieron tras la avaricia, dejándose sobornar y pervirtiendo el derecho” (1 Sam 8:1,3). La historia se volvía a repetir. Los filisteos finalmente devolvieron el arca porque para ellos era causa de muchas desgracias. Israel pidió a Samuel que les constituyera un rey, cosa que no agradó ni a Samuel, ni a Dios (8:6,7). Pero ese es el principio de otra historia. La historia del rey David.”

En la sociedad actual, el conflicto entre padres e hijos es tal, que hay padres que reniegan de sus hijos e hijos que reniegan de sus padres. No se cumple la profecía de Malaquías de que “El hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición” (Malaquías 4:6). Antes bien, parece ser que la maldición se extiende como una balsa de aceite y destruye los hogares de maneras irreparables y en cadena. Sólo hay que ver algunos de los programas de televisión (pienso en “Hermano Mayor”) para darnos cuenta del grado de deterioro en las familias. En el mundo cristiano, esta maldición no se aplica porque la armonía familiar es frecuente y hay respeto de los padres hacia los hijos y viceversa. Pero, aun así, hay casos de cristianos afectados por la desintegración familiar donde las relaciones entre padres e hijos dejan mucho que desear.

El caso de Dani.

Habla Dani: “Yo nací en una familia cristiana evangélica que vivía en Ibiza. De pequeño asistí a la iglesia con mis padres, pero a los 11 años empecé a fumar tabaco con mis amigos y a los 12 me inicié en las drogas con la marihuana. Yo era tímido e introvertido y las drogas me daban ánimo y personalidad. Era algo que me llenaba. Y así hasta los 17 años. Entonces tuve una crisis de ansiedad, tenía vértigos y entraba en ataques de pánico.

Me llevaron al psiquiatra y estuve en tratamiento hasta los 20 años. En medio de la crisis y gracias a mi madre una noche entregué mi vida al Señor y aunque no fue fácil, fui cambiando poco a poco. Se me quitó un velo de los ojos y empecé a mirar la vida de otra manera. Se me aconsejó que ingresara en ACCOREMA, aunque yo no sabía lo que era aquello, pero me hizo mucho bien. Encontré mi identidad, crecí en responsabilidad y me integré en una familia espiritual que me apoyaba”.

“La relación con mi familia no había sido buena. Mi padre era autoritario, como lo fueron con él. Era una persona seria y muy responsable, el único de sus seis hermanos que no había tocado la droga. Cuando mi hermano y yo empezamos a tocar la droga no supo cómo tratarnos. Nos ignoraba, se apartaba de nosotros, dejó de hablarnos. Mis amigos en la calle eran mi familia. Las drogas me sacaban de mi timidez e introversión. En aquel tiempo no me daba cuenta, pero la lejanía de mi padre me afectó más de los que pensaba. Mi madre tenía que hacer de padre y de madre y me resultaba agobiante. Sentía la falta de aceptación por parte de mi padre y llegó el momento en que mi padre me dijo: “En mi casa mando yo y tú te vas de esta casa”. Cuando me iba le dije: “Espero que no trates a mis hermanos como me has tratado a mí”. Fue duro tener que buscarme la vida solo. Mi hermano mayor también se fue de casa. Mi hermano pequeño tuvo mejor suerte y mejor trato. Yo entiendo que se lo puse difícil a mis padres que eran buenas personas y no supieron cómo reaccionar ante el tema del consumo de drogas”.

“En ACCOREMA las cosas cambiaron y crecí en madurez y responsabilidad, aunque seguía teniendo problemas con la autoridad. Me enviaron como responsable a un centro que abrieron en Bulgaria y luego a llevar una obra social en un centro para minusválidos en Marruecos. Aprendí a vivir una vida sencilla y a ayudar a personas necesitadas. Cuando volví a España quería formar mi propia familia. Había aprendido a trabajar en la construcción lo que me llevó a hacerme autónomo y crear una empresa de reformas. Conocí a una chica mexicana que vino de misionera a una iglesia de Madrid, nos casamos y hemos tenido

un niño y una niña. Mi esposa trabajó en una peluquería y ahora ha abierto la suya propia. Me siento muy feliz con mi familia y en mi iglesia, donde participo en el equipo de responsables y llevo el grupo de la alabanza en el culto. La fe me ha ayudado a superar mis problemas de juventud y me ha dado una familia biológica y otra espiritual que me dan identidad y me ayudan a crecer como persona. La relación con mis padres, ahora, es muy buena, nos visitan a menudo y están encantados con sus nietos”.

Situaciones similares

En la Biblia hay casos de familias conflictivas y con malas relaciones entre hermanos. Recordemos las peleas entre Caín y Abel que terminaron con la muerte del segundo en manos del primero, por lo que fue castigado por Dios. Lo de Esaú y Jacob no es menos preocupante. Una madre que prefiere a uno de sus hijos, Jacob, el menor, y que se pone de acuerdo con él para tenderle una trampa a su marido Isaac. Eso le llevó a bendecir a su hijo favorito antes de morir y dejarle la herencia, cuando era al hermano mayor, Esaú, al que le correspondía el derecho de primogenitura. Y podríamos seguir contando otros casos como el de Amnón, hermano de Absalón, hijos del rey David, que violó a su hermana Tamar y fue asesinado por su hermano. Absalón para no ser castigado por su padre, David, huyó de su padre y posteriormente volvió para crear una división en el reino.

Jesús también mencionó a dos hermanos, uno que dice que va a obedecer a su padre y luego hace lo contrario y el otro que se rebela contra su padre y luego se arrepiente y le obedece. Eso nos recuerda también la parábola que contó Jesús sobre el hijo pródigo que abandona la casa paterna gastándose toda su herencia en fiestas y prostitutas y que luego vuelve a casa arrepentido, mientras su hermano mayor se queda en casa trabajando como un esclavo y no acepta que su hermano sea perdonado. Como alguien dijo una vez: “aún en las mejores familias hay una oveja negra”. Ocurrió en mi propia familia. Uno de mis hermanos tuvo dos hijos, uno se casó dos veces y le salió traficante de drogas y

aventurero. Tuve que ir a sacarlo de una cárcel en Lisboa. Murió joven en Colombia de un tiro en la cabeza. El otro hijo es un chico alegre, cariñoso y luchador, muy formal y con una bonita familia. La vida familiar está llena de sorpresas y contradicciones.

El mundo en que vivimos.

Como le pasó al sacerdote Elí en tiempos del profeta Samuel, hoy muchos padres ya no pueden controlar a sus hijos. En nuestra sociedad, en cuanto los hijos son mayores de edad buscan su independencia y a menudo se alejan de los principios que los padres les inculcaron. Los dramas familiares son comunes. Estoy escribiéndome con un chico de unos veintidós años que está en prisión en los Estados Unidos. Hijo de una española que emigró hace años y se casó con un americano. Tuvieron tres hijos. Su matrimonio iba mal. Se separaron. Los hijos sufrieron todo este drama. El chico en cuestión se encerró en sí mismo y acabó preso acusado de tener y distribuir pornografía infantil. Él dice que es inocente, pero todas las evidencias están en su contra.

Hace unos días un vecino me pidió que ayudara a su hijo. El chico es trabajador, pero poco a poco se está metiendo en la droga. Ahora ha adelgazado mucho, su salud está en juego y se junta con otros jóvenes que son una mala influencia. Es evidente que no se le puede ayudar si él no pide ayuda, pero el camino que lleva, a menos que cambie, solo puede traerle consecuencias desagradables, aunque por ahora él no lo vea.

El problema es general. La pérdida de valores ha llevado a que muchos padres se hayan centrado en dar a sus hijos todas las comodidades materiales, pero sin sembrar principios y ejemplos que les ayuden a vivir. Esos hijos no saben superar, solucionar sus problemas de manera constructiva, sin evadirse de mala manera. Estoy aconsejando a un chico que ahora está en tratamiento psiquiátrico. Su familia le ha facilitado todo y han sido muy generosos y pacientes con él. Pero él se ha creído con muchos derechos y pocas obligaciones. Ha abusado del buen trato que le han dado y ha terminado exigiendo, con violencia, una serie de

privilegios que no se merece. La droga ha tenido mucho que ver, pero también su orgullo y el hecho de ser emigrante y haber sufrido mucha pobreza y violencia en su país de origen. No se ha sabido adaptar a un régimen de libertad y de posibilidades materiales. No ha tenido la fuerza de carácter y las ganas de trabajar que le hubieran ayudado a mantenerse estable frente a las muchas tentaciones con las que se ha encontrado. Aunque joven, tiene hoy una mentalidad confusa. Por una parte, es un niño caprichoso y por otra alguien muy mayor, que no tiene esperanzas en la vida, que está lleno de resentimiento hacia la familia y hacia la sociedad. Confiamos que por medio de la fe se pueda tener una actitud más positiva y que deje de culpar a los demás y asuma sus propias responsabilidades. No es fácil tomar conciencia de que muchos de nuestros problemas los hemos fraguado nosotros mismos, poco a poco, sin darnos cuenta.

Una palabra de esperanza.

Me alegra mencionar el caso de un joven inmigrante, Karim, que salió de Marruecos siendo menor de edad, estuvo en España en centros de acogida y poco a poco salió adelante en la vida trabajando mucho. Superó los prejuicios y diferencias culturales y hoy está integrado en la sociedad. Karim se va a casar con una española y pronto conseguirá la nacionalidad española. Su tesón, sacrificio, espíritu de lucha y gran capacidad de adaptación han hecho de él un joven ejemplar, alegre y noble. Es un buen ejemplo de cómo las dificultades no tienen por qué determinar nuestro futuro negativamente sino, al contrario, ser un reto para superarnos y sacar lo mejor de nosotros mismos.

El rey David sufrió mucho con sus hijos, pero cuando leemos sobre Salomón, el hijo que llegó a ser su sucesor, vemos que cuando Dios le dijo que pidiera lo que quisiera, Salomón oró: “Da a tu siervo corazón entendido para juzgar a tu pueblo, y para discernir entre lo bueno y lo malo” (1 Reyes 3:9). Esta fue una petición importante y de hecho Salomón fue tan brillante por su sabiduría que llamó la atención de otros reyes de la tierra. Es cierto que al final de su vida, Salomón no fue ejemplar y se dejó

llevar por mujeres extranjeras. Pero como joven supo encauzar su vida de manera constructiva y tuvo un reinado que dejó huella.

No hay que pensar que las cosas van a ir mal por vivir tiempos difíciles. Aún hoy se puede elegir lo bueno y se puede educar a los hijos para vivir una vida sana de servicio a los demás. Hay padres que no quieren tener hijos porque ven malos ejemplos de jóvenes a su alrededor, pero no hay que tomar decisiones en base a malas experiencias, sino ver la vida con sus oportunidades positivas, adquirir principios bíblicos, vivíroslos y transmitirlos, sobre todo a los hijos.

Hay esperanza para el pueblo de Dios. En Jeremías 29:11, Dios dice a los cautivos en Babilonia: “yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, pensamientos de paz y no de mal, para daros el fin que esperáis.” Ellos esperaban liberación y restauración y Dios se lo concedió. Sus oraciones habían sido escuchadas. Dios fue fiel a sus promesas y conmovió al rey de Babilonia para que permitiera a Israel volver a su tierra.

Nosotros también podemos confiar en las promesas de Dios. Él tiene buenos planes para nosotros y nos abrirá camino aún en las mayores dificultades. “La esperanza es lo último que se pierde”, dice el refrán castellano. Y donde hay fe hay esperanza. “Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor” (1ª Corintios 13:13). No podemos dudar del amor de Dios y Él es quien nos da la fe y la esperanza.

Capítulo 3º

“Acordaos de la mujer de Lot” (Lucas 17:32)

La mujer sin nombre.

Estamos ante una mujer sin nombre. Sólo se la recuerda porque “miró hacia atrás”. Sin embargo, era una mujer con un gran destino. Era esposa de Lot, sobrino de Abraham. Acompañó a Abraham desde su salida de Ur de los caldeos y durante su peregrinación hacia la tierra prometida. Heredó la misma promesa y se unió a un proyecto de cambio. Dejó el politeísmo de las religiones paganas orientales y abrazó el monoteísmo o la adoración al único Dios verdadero, tal como fue revelado a Abraham y a los suyos.

Pero como en otros muchos casos, el ser familiar cercano de un creyente no garantiza el compartir de lleno la misma fe. Más bien, al menos en este caso, parece que la mujer seguía al marido y hacía lo que él le decía, hasta cierto punto. Pero la verdad es que su esposo tampoco era un buen ejemplo. En Génesis 13 asistimos a una discusión entre los pastores de Lot y los de Abraham porque no había suficientes pastos para los grandes rebaños de ambos. Llegaron al extremo de tener que separarse. Abraham tuvo la generosidad de decirle a Lot que eligiera la dirección en que deseaba ir y él estaría dispuesto a elegir la dirección contraria.

Lot resultó ser egoísta pues eligió lo mejor para él, los verdes prados del valle, por el que fue avanzando su vida nómada, poniendo sus tiendas cada vez más cerca de la ciudad de Sodoma, una ciudad rica en pozos de asfalto (Génesis 14:10). Esta riqueza hacía que los habitantes de Sodoma vivieran en “soberbia, saciedad de pan y abundancia de ociosidad” (Ezequiel 14:10). Esa vida holgada de los habitantes de la ciudad fueron piedras de tropiezo para las hijas de Lot que estaban prometidas con hombres de aquel lugar. Esas hijas tuvieron una mala educación

ya que terminaron emborrachando a su padre y acostándose con él para tener descendencia al ser abandonadas por sus prometidos. Esos futuros esposos de las hijas de Lot no estaban dispuestos a dejar Sodoma, cuando fueron advertidos por Lot del anuncio de los mensajeros de Dios, de la inminente destrucción de la ciudad. Esos hombres, no solo no le creyeron, sino que terminaron burlándose de él.

Tampoco fue muy acertada la respuesta de Lot a los habitantes de la ciudad. Ellos querían que les entregara a sus invitados para abusar sexualmente de ellos. Él les quiso dar a sus hijas para que dejaran tranquilos a los invitados, cosa que ni siquiera aceptaron.

Fue la misericordia de Dios, por ser parientes de Abraham, lo que hizo que Lot y los suyos se salvaran de la destrucción de la ciudad. En otra ocasión anterior ya habían sido salvados por Abraham cuando fueron capturados en una guerra contra el rey de Sodoma (Génesis 14). Pero no fue suficiente tanta misericordia, tantas advertencias. El juicio de Dios era inminente y todos ellos eran apremiados a dejar la ciudad de inmediato. Los mensajeros de Dios tuvieron que agarrarlos por los brazos y forzarlos a salir diciéndoles que no miraran atrás. La mujer de Lot, probablemente triste por perder sus pertenencias, o por los buenos recuerdos que tenía de la abundancia en la que vivía o simplemente por incredulidad o curiosidad hacia lo que iba a pasar, cayó en lo que fue un acto de obstinación, rebeldía y desobediencia. Miró hacia atrás. Y así desobedeció el mandato de Dios y fue convertida en estatua de sal.

Jesús estaba hablando sobre su segunda venida cuando recordó a la mujer de Lot. Jesús estaba advirtiendo sobre el juicio de Dios que seguiría a la manifestación del Hijo del Hombre. Lo compara al día “en que Lot salió de Sodoma, que llovió fuego y azufre y los destruyó a todos” (Lucas 17:29). En ese contexto nos dice Jesús que recordemos cómo fue el castigo de la mujer de Lot, por desobedecer y mirar atrás.

A los discípulos que le habían seguido Jesús les dijo: “ninguno que mira hacia atrás es apto para el reino de los cielos” (Lucas 9:62). La verdad es que, a pesar de ello, muchos de los que seguían a Jesús “se volvieron atrás” (Juan 6:66) porque consideraban que eran duras las palabras del Maestro. Pablo, sin embargo, nos dio una gran lección cuando dijo que “olvidando lo que queda atrás” prosigo hacia adelante (Filipenses 3:13). Por eso, el autor de Hebreos nos da un buen consejo cuando dice: “no somos de los que retroceden” (Hebreos 10:39) y más adelante exhorta a que “corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús” (Heb. 12:1).

Conviene recordar aquellos acontecimientos de la mujer de Lot, para que la venida de Jesús y el juicio de Dios no nos pillen por sorpresa, sino que viviendo en obediencia y fidelidad permanezcamos vigilantes, sirviendo al Señor y viviendo como si cada día fuera el último.

Testimonio de Maribel

Conocimos a Maribel hace casi veinte años por medio de una trabajadora social de Burgos. Vivía en soledad. Había tenido varios intentos de suicidio, uno de ellos le dejó graves quemaduras. Intentó quitarse la vida por medio de una explosión al dejar escapar el gas butano de su cocina y prender el fuego, Fue un milagro que no muriera. Al poco de estar en la casa de acogida para mujeres de la asociación ACCOREMA en Quintanadueñas, de nuevo fue y se arrojó a las vías del tren. La policía la encontró y la trajo de nuevo. Todo era por problemas familiares. Se había sentido rechazada y entró en depresión. No quiso tomar mucho tiempo pastillas para no depender de ellas toda la vida.

La vida en comunidad le hizo sentir de nuevo el cariño de una familia. Como Maribel cocina muy bien, pronto se sintió útil. Su colaboración en todos los trabajos ha sido muy grande. Primero dirigió un taller de cableado y ahora está ayudando en un taller de empaquetado de tornillos. Con el tiempo se vio que sería bueno que saliera un poco de la comunidad y fue a Ceuta a llevar a cabo

un servicio voluntario entre inmigrantes. Trabajó allí con una congregación de religiosas católicas y también compartió piso con algunas voluntarias. Su trabajo con los inmigrantes procedentes de la India fue muy efectivo y les ayudó mucho. Ellos vivían en el monte y ella, junto con otras personas, les llevaba alimentos. Pasaban muy buenos momentos de comunión y de festejos y se sintió muy querida por los inmigrantes con los que aún mantiene contacto.

Estuvo en Ceuta cuatro años y después volvió a Quintanadueñas. Con el tiempo se construyeron algunos apartamentos de acogida dentro del edificio de la Asociación y fue una de las primeras en ocupar uno de ellos. Ahora disfruta de su independencia e intimidad y practica la hospitalidad invitando a menudo a hermanos a comer con ella. También hace muy buenos platos que comparte enviándolos a las casas de otros. Nuestra familia recibe a menudo sus guisos y tartas y nos gusta especialmente su tortilla de patatas. Nuestra hija Melisa pasa tiempo con ella de vez en cuando y se queda a pernoctar, a pasar fines de semana o a salir de compras juntas.

Por su edad y salud se le respetan sus horas de descanso ya que se acuesta pronto y se levanta pronto. Tiene buena salud, pero la edad y la vida le pasan factura. Una de las áreas que se le ha encargado es la selección y distribución de alimentos que se recuperan. Es una mujer muy limpia y ordenada por lo que igualmente se encarga de limpiar y ordenar la despensa junto con otras mujeres de la casa de acogida.

Participa regularmente en las actividades de la Iglesia y colabora en diferentes labores, entre otras la de preparar alimentos que se distribuyen entre los inmigrantes y personas necesitadas. Son estas relaciones y una vida ordenada y con buenas amistades dentro de su entorno que hacen que su vida sea más fructífera y satisfactoria. La soledad es algo muy triste y con tremendas consecuencias para las personas. No es de extrañar que se encuentre de vez en cuando que personas que viven solas,

fallezcan y pasen tiempo muertas en sus apartamentos sin que nadie se entere.

Estamos muy pendientes del estado de salud y de las necesidades de Maribel cosa que ella aprecia enormemente y así lo expresa. El hecho de habernos conocido y lo que hemos podido hacer por ella le ha dado la posibilidad de una nueva vida llena de satisfacciones. Una asignatura pendiente es la de volver a contactar con miembros de su familia que por ahora están alejados y no quieren relacionarse con ella. Pero confiamos en que este problema, como tantos otros, también se pueda superar en algún momento, por medio de la oración y la fe.

Otras mujeres.

En la casa de acogida de mujeres han venido pidiendo ayuda mujeres solas y con sus hijos. Unas han venido por problemas con la droga o el alcohol, otras por problemas de adicción al juego. También han llegado inmigrantes sin papeles y mujeres maltratadas. Generalmente las mujeres que huyen de sus maridos maltratadores lo hacen con sus hijos que también son víctimas del maltrato. Cuántos hijos han quedado huérfanos como consecuencia de la muerte de su madre. Niños marcados para toda su vida, que en ocasiones han presenciado el maltrato y el asesinato de sus madres. También ha habido mujeres abandonadas por sus maridos que se han quedado en una situación económica precaria y con varios hijos a su cargo, no recibiendo ningún tipo de ayuda. Han buscado refugio para sobrevivir y sacar a sus hijos adelante en un clima de paz y buena compañía.

Es cierto que nuestra sociedad está muy sensibilizada con el tema del maltrato familiar, pero no por ello dejan de ocurrir casos graves. Lo que no se nos suele contar es lo que sucede después. Es verdad que existen muchos centros de acogida donde mujeres y niños son atendidos y protegidos, pero eso no quita que haya mucho sufrimiento y preocupación por el futuro. Ellas tienen a

menudo el temor de que lo malo que han pasado les vuelva a ocurrir. Desgraciadamente hemos visto que ciertas mujeres víctimas de maltratadores tienen tendencia a enamorarse de hombres muy parecidos al que las maltrataba. No es muy común, pero a veces se repite la historia.

Conocí a un hombre en las visitas a la prisión que estaba muy animado por la posibilidad de salir de la cárcel y poder ir con una novia con la que ya había convivido. Era una mujer con cierta minusvalía física y el hombre hizo gimnasia para ser fuerte y poderla transportar en brazos. Al salir de prisión estuvo un tiempo de reinserción social con nosotros y no tardó en ir con su novia, que le esperaba con mucha alegría. El mismo día que llegó el chico a su ciudad, Valencia, se juntó con sus amigos y a la mañana siguiente ella se lo encontró en la cama muerto de sobredosis de heroína. A menudo, las personas que salen de la prisión se permiten un “homenaje” que vuelve a engancharles a la droga o como en este caso, tal vez por la excesiva pureza de la droga, acaban con su vida. La mujer en cuestión, que había esperado tanto de este nuevo encuentro no sólo quedó destrozada por esta experiencia, sino que también vio frustradas todas sus expectativas de un futuro mejor con una persona que la quisiera y protegiera y ha tenido que seguir viviendo en soledad y desprotección.

Mujeres en la Biblia

Aunque la sociedad en la que vivía Jesús no daba mucho valor a las mujeres, él supo darles un lugar importante en su vida: “Algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Chuza, intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que le servían de sus bienes” (Lucas 8:2,3). Cuando crucificaron a Jesús, “Estaban allí muchas mujeres mirando de lejos, las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole” (Mateo 27:55).

A lo largo de la vida de Jesús, tuvieron mucha importancia e influencia las mujeres, sobre todo su madre, María, pero también otras que eran familiares de los apóstoles, o aquellas con las que Él se encontraba, como la mujer samaritana de la que se habla en Juan 4 y de la que hablaremos en otro capítulo. Tenía una gran amistad con Marta y María, hermanas de su amigo Lázaro, al que resucitó (Juan 11). A menudo había ido a su casa, en Betsaida, para descansar y tenía con ellas mucha confianza.

Ya en el Antiguo Testamento las mujeres habían sido ensalzadas por su sabiduría y su buen hacer (Proverbios 31). En ciertos casos, como el de Abigail (1º Sam. 25) o las historias de Ester, Débora y María, la hermana de Moisés, se ven ejemplos de mujeres notables y muy influyentes. Igualmente, la mujer del Cantar de los Cantares recibe unos excelentes calificativos y es protagonista de una historia de amor de una belleza incomparable.

En la iglesia del Nuevo Testamento, las mujeres son prominentes, siendo algunas de ellas como Lidia y Priscila, ejemplos de liderazgo y buenas prácticas. La segunda epístola del apóstol Juan está dirigida a “la señora, elegida, y a sus hijos, a quienes yo amo en la verdad”, dice Juan. No se sabe si expresa esas alabanzas en sentido figurado, pero bien podrían ser a una de las líderes de la iglesia primitiva.

En general, se puede decir que Jesús tiene un mensaje liberador para la mujer de su tiempo y sabe valorar el papel de la mujer mucho más allá del cuidado de la casa. De María, que prefiere escuchar sus enseñanzas en vez de quedarse en la cocina con su hermana Marta, Jesús dice que “ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada” (Lucas 10:42). A menudo, Jesús exalta la fe de las mujeres, como en el caso de la mujer que tocó su manto y fue sanada (Lucas 8:44) o de la extranjera sirofenicia que por su fe y su insistencia hizo que su hija fuera liberada por Jesús de un mal espíritu que la atormentaba (Marcos 7:24-30).

Capítulo 4º

El síndrome de Cleofás

“¿Por qué estáis tristes?” (Lucas 24:17)

Aquellos dos discípulos, de los que sólo se conoce el nombre de uno, Cleofás, eran de Emaús, un pueblo a unos once kilómetros de Jerusalén. Habían dejado todo para seguir a Jesús porque creyeron que era el Mesías. Habían visto sus milagros poderosos y la autoridad de su palabra. Recordaban cómo entró triunfante en Jerusalén, subido en un asno, según la profecía mesiánica, y cómo todo el pueblo venía a él, aclamándole. Pero para ellos, que no se esperaban el sufrimiento y la muerte de Jesús en la cruz, todo había sido un fracaso. El desánimo les inundaba y no podían ocultar su tristeza.

La mujer de Cleofás, junto a María, la madre de Jesús, le había visto morir y le había acompañado en su entierro (Juan 19:25). Estos hombres esperaron tres días para ver qué pasaba. Escucharon el testimonio de las mujeres que al tercer día se encontraron la tumba vacía y que decían que había unos ángeles a la puerta de aquella cueva. Pero a Jesús no le habían visto. Tal vez alguien había robado su cuerpo. Todo se había acabado. Ahora era tiempo de volver a su aldea, a cuidar sus tierras y ocuparse de los rebaños que habían dejado al cuidado de sus familiares.

Habían perdido la visión, la ilusión, la esperanza y también la fe. Volvían cabizbajos y se extrañaban de que ese desconocido que les abordaba en el camino no supiera nada de lo ocurrido en Jerusalén. Todo el mundo hablaba de ello. Ellos abandonando el proyecto de vida comunitaria con Jesús se volvían a la rutina de la vieja vida. Al principio, Jesús no se da a conocer, pero les reprende por su incredulidad y se toma la molestia de explicarles las Escrituras para hacerles entender que el sufrimiento del Mesías formaba parte del plan de Dios, tal como lo anunciaron los profetas, en especial Isaías (cap. 53).

Jesús les hablaría del significado del Éxodo y de la Pascua, donde la sangre del cordero salvó la vida a los primogénitos de Israel, cuando la plaga mató a los primogénitos de los egipcios. Les hablaría del significado de la serpiente atravesada por un palo y levantada para que todos los que la miraran y creyeran fueran sanados de las picaduras mortales de las serpientes en el desierto. Seguro que les citó de memoria el Salmo 22 cuando dice “Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza, diciendo: Se encomendó al Señor, líbrele él; sálvele puesto que en él se complacía” (v7 y 8) y también: “Horadaron mis manos y mis pies. Contar puedo todos mis huesos; entretanto ellos me miran y me observan. Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes” (vv. 16-18), y otros muchos textos que anunciaban proféticamente su muerte.

Jesús los acompañó hasta la puerta de su casa en Emaús, sin decir quién era. Incluso hizo como que iba más lejos, pero ellos le obligaron a quedarse. Fue entonces cuando, estando a la mesa en la casa, tomó Jesús el pan y lo bendijo, y ahí lo reconocieron. Tenía que tener Jesús una manera muy especial de bendecir y repartir el pan para que descubrieran que era él. Es curioso que en ese momento Jesús desapareciera de su vista. Entonces recordaron las conversaciones que durante unas dos horas habían encendido su corazón, les habían dado ánimo y habían aclarado todas sus dudas. En ese mismo momento volvieron corriendo a Jerusalén y hallaron a los demás discípulos reunidos. Estos les dieron testimonio de la resurrección de Jesús. Los discípulos de Emaús también contaron su experiencia y hablaron del momento en que le habían reconocido al partir el pan.

Y en ese momento Jesús se les apareció de nuevo, delante de todos los reunidos, animándolos y comiendo con ellos pan con parte de un pez asado y un panal de miel. Y así estuvieron los discípulos de Emaús con todos los demás discípulos hasta que Jesús les sacó a Betania y allí fue llevado al cielo. Después de eso, volvieron todos a Jerusalén, con gran gozo, alabando a Dios. Seguramente estos discípulos de Emaús siguieron reuniéndose a menudo con los demás, en el templo, por las casas y en el

apuesto alto, donde recibieron el bautismo del Espíritu Santo el día de Pentecostés.

Nosotros tenemos a menudo el síndrome de Cleofás. El desánimo y la tristeza nos invaden y nos ciegan la visión. Tal vez las cosas no salieron como queríamos. Tal vez nos hemos sentido defraudados por alguien en quien habíamos confiado. Tal vez estamos pasando por circunstancias que no entendemos. Tal vez estábamos llevando a cabo un proyecto que aparentemente ha fracasado. Los momentos de sufrimiento no se entienden cuando los estamos atravesando sino después, como ocurrió con el patriarca José o con el mismo Job. Pero, como hizo con los discípulos de Emaús, Jesús nos acompaña, aunque no lo veamos, aunque no lo sintamos, aunque parezca que está en silencio. Así ocurrió cuando los discípulos estaban en medio de una tormenta y Jesús estaba dormido en la barca. En el momento oportuno el Señor se levantará y acallará los vientos enfurecidos, nos hablará y nos explicará todas las cosas. Su palabra y su Espíritu abrirán nuestros ojos y nos devolverán la fe y la alegría. Cuando te invada el desánimo, busca el consuelo de Dios en su palabra, déjate aclarar la vista por el calor de su amor y de su perdón y continúa en el proyecto al que Dios te ha llamado, compartiendo su visión y misión.

El Señor Jesús ha prometido su presencia a cada discípulo “he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20). No sólo intercede por nosotros (Romanos 8:34 y Hebreos 7:25) sino que estará en nosotros (Juan 14:20). Por eso, debemos sentirnos acompañados por él y también saber que, aunque no lo sintamos, su promesa de acompañarnos siempre, se cumple en todas las circunstancias de nuestra vida. Esto nos da ánimo y nos da descanso. Es importante cultivar en nuestra vida la conciencia de su presencia, pero sobre todo existe la posibilidad de poder acercarnos constantemente a él, para recibir “el oportuno socorro” (Hebreos 4:16).

Los planes de Dios.

Se dice que los planes de Dios son insondables. A veces uno no tiene idea de lo que le deparará el futuro. Cómo me iba a imaginar yo que habiendo empezado en un convento de los Padres Dominicos con el fin de prepararme para ser fraile de la Orden de Predicadores, terminaría siendo ordenado pastor evangélico en una iglesia de inmigrantes en Bruselas, después de haber terminado la Licenciatura en la Facultad de Teología Protestante de esa ciudad. Dios tiene preparado un plan para cada uno de nosotros y a veces es difícil de imaginar.

El Testimonio de Pepe

Quiero contaros el testimonio de mi cuñado Pepe, como así le llamaban. Yo me había convertido en Bruselas y viví muchos años en otros países, sobre todo Bélgica, Uruguay y Estados Unidos, estudiando y trabajando. Como contaré más adelante, mi madre se convirtió por mis cartas cuando estuve tres años en un Seminario Teológico en Montevideo. Empezó a asistir a la iglesia bautista de Albacete. Más tarde, al volver a Europa di clases en una Escuela Bíblica en Liestal, Suiza y pastoreaba una iglesia española en Bruselas. Cada vez que iba a ver a mi madre hacíamos reuniones de oración y estudio bíblico en su casa. Visité a mi hermana Fernanda en Barcelona y vi su sufrimiento. Cuando ella volvió a Albacete con su marido e hijos me propuse hablar con él pues le veía como un buen hombre, perdido, en parte por su infancia, huérfano de padre y falto de cariño y falto de dirección en su vida. Y ahora veréis como ocurrió su conversión. Este es el testimonio que escribió él mismo poco antes de morir.

“Queridos hermanos, este es mi testimonio:

Me llamo José Sánchez Munera, nací en Albacete el día 13 de septiembre de 1938. Ahora tengo 41 años. Soy hijo de viuda desde que nací, pues a mi padre de la tierra no lo conocí. Mi madre estaba en estado de 8 meses cuando a mi padre se lo llevaron a la guerra civil española y nunca más he sabido de él. Mi madre, que estaba casada de segundas, tenía una hija. Mi madre y mi hermana mayor se marchaban a trabajar y yo me quedaba solo en casa. Más tarde me mandaron a la escuela y a los 8 años me pusieron a trabajar de cuchillero. A los diez años me colocaron de botones en la Sección Femenina del gobierno de Franco. Allí conocí a unos amigos que eran traperos y siempre tenían dinero. Después del trabajo nos íbamos a la taberna a beber vino y después a visitar a las camareras de los clubs de alterne.

A los 14 años ingresé de botones en el Instituto Nacional de Previsión que se ocupaba de las pensiones. Entonces ya manejaba más dinero para hacer lo que quería y mi madre no sabía nada porque estaba siempre trabajando. Yo la engañaba y a los 14 años me iba con mujeres de la vida todos los días. A los 19 años tuve un expediente disciplinario pues había falsificado la firma del cajero para poder comprarme una moto y me suspendieron de empleo y sueldo durante tres meses y luego me destinaron a Barcelona.

Allí en Barcelona me encontraba más a gusto ya que no tenía que dar cuentas a nadie. Allí estaba a mis anchas. En el trabajo mis compañeros me llevaron a celebrar mi nuevo puesto de trabajo al barrio chino donde bebíamos y estábamos con mujeres. Con mentiras le pedí un anticipo al jefe de personal y me alquilé un piso muy bonito. Reconozco que, a pesar de todo, el Señor siempre ha estado conmigo.

Yo tenía una novia en Albacete y le escribí que me quería casar con ella y me dijo que sí. Vinieron mis suegros a ver el piso y volvimos a Albacete para casarnos. Los primeros meses fueron bien. Me puse a trabajar en un bar cerca de mi casa. Al dueño le gustaba cómo trabajaba y me propuso dejarme el bar en alquiler.

Empecé a ganar mucho dinero y cuanto más ganaba más gastaba, en clubs de lujo, cabarets y casas particulares de prostitución.

Las cosas se pusieron peor cuando por una borrachera me peleé con la policía y me cerraron el bar durante tres meses. Me puse a trabajar en otro bar que por supuesto, era de prostitución. Tenía ya un hijo de tres años y casi nunca estaba con él. Mi mujer tenía una gran paciencia conmigo pues siempre la tenía engañada y sin dinero, con mentiras y enredos. Entonces me despidieron del bar en el que trabajaba por alternar con las chicas. Enseguida encontré otro, pero fue en el barrio chino, con toda la delincuencia alrededor. Era un bar de comidas para las prostitutas y sus chulos. Me pillaron llevándome dinero y me echaron.

Mi mujer, que había tenido cuatro abortos y se encontraba muy sola en Barcelona, me dijo que deberíamos irnos a Albacete. Volví a trabajar por las mañanas en el INP de Albacete y por las tardes en un bar. Me propuse cambiar, pero me resultaba imposible porque no podía pasar sin el alcohol. De allí fui a trabajar a una discoteca. Ya tenía una buena excusa para ir a casa a las 5 o las 6 de la mañana. Y así un día y otro hasta que el Señor se acordó de mí. Un día me habló mi cuñado que es pastor y que estaba siempre en el extranjero, pero ese día en casa de mi suegra me dijo “Pepe, yo veo en ti que eres un hombre de mucha fe”. Yo le dije “estas un poco loco”. Me dijo “El día que dejes de beber, lo verás”. Me dio en que pensar, pero no le hice mucho caso. Hasta que en otro viaje a los 3 o 4 años me dijo las mismas palabras y me invitó a una reunión que tenían en su casa.

Pasaron unos días y se marchó. Entonces me dijo mi suegra que si quería ir a la iglesia con ella, que había unos pastores muy buenos, y fui con ella. La sorpresa fue que cuando el pastor se dirigía la gente me parecía que me lo decía todo a mí. Hizo un llamado y yo no podía aguantar más pues el corazón se me estaba saliendo de su sitio hasta que tuve que levantarme y entonces me quedé tranquilo.

Yo seguí con mis juergas, pero notaba que ya no era como antes. Tenía una preocupación muy grande. Hasta que vino otra vez mi cuñado y vino a mi casa y me dijo “¿Hasta cuándo vas a llevar esta vida de juergas y malvivir?”. Total, que se marchó a su casa, pero mi corazón ya no era el mismo. Hasta que por la noche, después de mucho pensar, le dije al Señor: “Con tu ayuda quiero dejar de beber”. Al día siguiente bajé a casa de mi cuñado y le dije “A partir de hoy no bebo más. Se lo he prometido al Señor”. De esto hace ya un año. El Señor lo hizo de la noche a la mañana. Yo he cambiado. Mi casa ha cambiado. Paso con mi mujer y mis seis hijos un tiempo verdaderamente maravilloso. No se puede decir con palabras lo que el Señor ha hecho en mi vida y en mi familia”. (José Sánchez Munera, Albacete 23-1-1980)

Mi cuñado, siguió viviendo esa etapa de su nueva vida. Se mantuvo firme en su fe, dando buen ejemplo a sus hijos y ocupándose de ellos y de su esposa. Y así vivió una hasta que contrajo la enfermedad de Hodgkin, un cáncer linfático que le llevó a la muerte. Aun así, tuvo mucho valor y dio un buen testimonio a otros enfermos y a los enfermeros que le cuidaban. También a su familia. Mi hermana había sufrido mucho con él y al principio creía que esta fe y entrega al Señor eran para su marido solamente. Es cierto que él lo necesitaba mucho por su mala vida, pero mi hermana terminó reconociendo que ella también tenía que entregarle su vida al Señor. Eso le ayudó mucho en la educación y lucha por sus seis hijos y hoy es mi hermana en Cristo, un gran apoyo para mi vida. En la fecha actual, habiendo muerto ya tres de nuestros hermanos, quedamos Fernanda y yo como miembros de nuestra familia, unidos en una misma fe y ayudándonos uno al otro. Nos mantenemos muy cercanos, a pesar de estar ella en Albacete y yo en Burgos, y nos animamos mutuamente. Aunque estamos lejos uno del otro, nos comunicamos con frecuencia.

Durante el tiempo que escribía este libro me llegó información muy interesante por medio de mi sobrina Patro, la hija pequeña de

Pepe. Ella está haciendo una investigación sobre su abuelo, el padre de Pepe, que hasta ahora era de origen desconocido. Ahora sabemos que era descendiente de judíos refugiados en París durante el nazismo. Se apuntó como combatiente enfermero en las Brigadas Internacionales que llegaron a España durante la Guerra Civil para apoyar al bando republicano y llegó a Albacete hacia 1938 donde conoció a la madre de Pepe. Al llegar a Albacete debía de tener 34 años. La madre de Pepe tenía entonces 24 años y trabajaba de planchadora en el Regimiento de las Brigadas. Al parecer aquel hombre se llamaba Joseph Feldman y aunque el apellido parece alemán, los documentos encontrados dicen que era electricista y que su lugar de origen era Polonia. Puede ser que fuera un alemán refugiado en Polonia. Finalmente, desde Albacete regresó a París y parece ser que no conoció a su hijo. El no haber conocido a su padre y que su madre no hablara mucho de él supuso un cierto trauma para Pepe, aunque no hablaba de ello. Aun así, siempre trató muy bien a sus hijos y después de su conversión, aunque no fueron muchos años, pasó el resto de su vida muy entregado a su familia.

El desánimo

He hablado del sufrimiento de mi hermana durante años. Eso la ha hecho muy fuerte pero también ha minado su salud. La vida no es fácil. A menudo, de repente, suceden acontecimientos que lo cambian todo. Fernanda enfermó de los riñones y recibió un trasplante que no funcionó. Ahora está en diálisis tres días a la semana, lo cual la debilita mucho a sus ochenta años. A pesar de todo es una mujer muy fuerte y muy sufrida. Estuvo a punto de morir en un momento de su enfermedad, pero el Señor tuvo misericordia de ella, de sus hijos y de mí. Ahora nos vemos con cierta frecuencia. Siempre me inspira mucho la fortaleza que tiene. Aunque vive sola, sigue muy preocupada por sus hijos y ellos por ella.

Nos encontramos en estos momentos en medio de una situación complicada por el efecto de la pandemia provocada por la Covid-19 que está tocando y trastornando el mundo entero. Es verdad

que aquí en España somos unos privilegiados por el excelente sistema sanitario que tenemos y que ha puesto de relieve en esta ocasión la calidad de sus profesionales. Pero también es cierto que, por razones psicológicas o económicas, la gente está cayendo en una crisis de temor, ansiedad y desánimo que está haciendo que las clínicas psiquiátricas aumenten sus ingresos y se dispare el consumo de ansiolíticos.

Aún entre los cristianos, y tal vez porque no se han podido hacer reuniones presenciales durante meses, las personas se han acostumbrado a estar lejos unas de otras y se han evitado los contactos. Se ha creado en muchos de nosotros una comodidad y un aprecio de la soledad, tal vez con fines preventivos, pero que ha conducido al alejamiento, al absentismo y al desánimo. No se sabe lo que nos deparará el futuro. Todo el mundo espera ansiosamente una vacuna contra el virus que nos ataca. Pero hay quien dice que la vida no será igual nunca más y que pandemias como esta y aún peores se repetirán en el futuro. Es cierto que el ser humano ha pasado por guerras y tragedias como las dos guerras mundiales y la bomba atómica o catástrofes y terremotos. Aun así, y a pesar de nuestra capacidad de adaptación a situaciones difíciles, la muerte de seres queridos y las perspectivas de un futuro económico incierto hacen que, para muchos, el presente esté lleno de incertidumbre, agobio y desaliento.

El destino de Dios.

No se puede entender la vida sin pensar que Dios tiene un plan, tiene un destino para cada uno de nosotros. No es que nuestra voluntad sea ajena a ese plan y destino. Pero a veces, mirando hacia atrás podemos ver cómo hemos sido dirigidos de maneras que no esperábamos. La sabiduría de Dios nos ha guiado a través de momentos extraños y desafiantes. Dios tiene un plan para cada vida. Un plan bueno, porque Dios “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1ª Tim. 2:4). Dios guía todas las circunstancias para nuestro bien (Romanos

8:28). Nosotros tenemos que caminar conforme a la dirección de Dios. No somos robots, no somos autómatas que solo hacen aquello para lo que han sido programados. Podemos elegir y podemos ser forjadores de nuestro propio destino.

Los planes de Dios a menudo requieren tiempo antes de mostrarse. Los hay que sólo se aprecian cuando miramos atrás. Hay quienes quisieran saber más sobre su futuro. Dios nos guía por medio de su Palabra y de su Espíritu, dándonos principios, valores y directrices para que los apliquemos en cada situación. A ti que lees estas líneas te digo: Dios te está guiando, pero tú tienes que dejarte guiar, Él te enseña, pero tú tienes que estar dispuesto a aprender, Él te muestra su camino, pero tú tienes que estar dispuesto a andar por él, “porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mateo 7:14). Puedes encontrar “el Camino, la Verdad y la Vida” (Juan 14:6). Puedes encontrar a Jesús. Él te invita ahora y siempre: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os haré descansar” (Mateo 11:28).

Capítulo 5º

Dos barcas y un destino (Lucas 5:1-11)

No habían pescado nada

Jesús estaba junto al mar de Galilea predicando y la gente se agolpaba para oírle. Entonces vio dos barcas que estaban cerca. Los pescadores habían descendido de ellas después de una noche de faena en la que no habían pescado nada. Ahora lavaban sus redes de las suciedades que se les habían enredado. Jesús subió a una de esas barcas y desde allí enseñaba a la multitud. Era la barca de Simón. Al acabar su enseñanza Jesús le dijo a Simón que volviera otra vez a pescar. Simón estaba cansado y probablemente malhumorado. Aunque no tenía muchas ganas de hacerlo, a pesar de todo, salió a pescar. Echó de nuevo la red, porque Jesús se lo pidió. Probablemente Simón pensaba para sus adentros “¡qué sabrá un carpintero de pesca!”. Pero cual no fue su sorpresa cuando al poco tiempo pescaron tal cantidad de peces que su red se rompía. Tuvieron que llamar a la otra barca para que les ayudara. Tanto llenaron ambas barcas que casi se hundieron.

No sé qué cara puso Jesús cuando llegaron los peces a la red, pero seguro que sonreía. Sin embargo, Simón Pedro cayó de rodillas frente a Jesús diciéndole “¡Apártate de mí porque soy hombre pecador!” (v.8). Igualmente, todos los que estaban allí en las dos barcas, los compañeros de Pedro estaban asombrados de lo ocurrido. Jesús le dijo a Simón “No temas, desde ahora serás pescador de hombres. Y cuando trajeron a tierra las barcas, dejándolo todo, le siguieron” (vv.10 y 11).

Aquel día que había amanecido para Pedro y sus compañeros con una carga de tristeza por no haber conseguido cumplir sus objetivos de pesca se convirtió en un día especial, único, extraordinario. Habían tenido un encuentro con Jesús y encontraron en él el destino de sus vidas. A partir de ese día todo iba a cambiar. Iban a ser testigos de milagros mucho más

extraordinarios, pero también de sufrimientos impensables. Y, lo que es más, a partir de ahí surgió un mover de Dios que cambiaría sus vidas y cambiaría el mundo. Y todo por un acto sencillo de obediencia. Una obediencia costosa, sacrificial. Pero justamente es eso lo que Dios busca de nosotros. No que obedezcamos cuando nos agrada, sino que hagamos lo que él nos pide, aunque nos cueste.

Después de esa pesca exitosa, Pedro hubiera podido animarse aún más a seguir esa vida de pescador que conocía bien. Porque, ¿qué querría decir eso de ser “pescador de hombres”? No fue algo que entendió al momento. Lo tuvo que aprender poco a poco. Pero una vez más, la obediencia sin saber las consecuencias fue lo que llevó a Pedro y demás compañeros a ser elegidos para acompañar al Mesías en esta tierra. Más tarde recibieron el poder del Espíritu Santo para transmitir toda su enseñanza y toda su obra de salvación. El Señor nos llama donde estamos y como estamos. Simplemente poniendo a su servicio lo que tenemos y obedeciendo a su voz encontraremos el destino que cambiará nuestras vidas y nos hará instrumentos útiles entre sus manos para transformar el mundo.

Testimonio de Rafael Sobredo

Eso es lo que le pasó a Rafa, de origen argentino. Rafa sufrió mucho cuidando a su padre enfermo, hasta que falleció. Entonces emigró a Barcelona, donde vivía su hermana. Unos buenos amigos argentinos que residían entonces en Madrid le invitaron a vivir con ellos. Rafa arrastraba problemas de alcohol que necesitaban ser tratados. Le recomendaron que viniera a nuestro centro donde tuvo un comportamiento ejemplar. Era un buen trabajador, especializado en soldadura, pero también muy hábil en muchos otros oficios manuales. Colaboró en la empresa de construcción de Accorema así como en la construcción del edificio de la iglesia “Piedras Vivas”.

Se ofreció a participar de un equipo que enviamos al centro que teníamos en Tobarra, Albacete. Allí asistían a una iglesia en Hellín, de la que formaba parte Verónica, una chica boliviana que más tarde vino como voluntaria a nuestra casa de acogida de mujeres. Se conocieron, se hicieron novios y finalmente se casaron y formaron una familia. Ahora disfrutan, con mucha alegría, de su primera hija y pronto tendrán una segunda hija.

Varias empresas ofrecieron trabajo a Rafa rápidamente. Es una persona fiel y muy responsable con su familia. Aunque al principio sus razonamientos humanistas le hicieron difícil aceptar la fe cristiana ahora vive sus convicciones con entusiasmo. Junto con su esposa e hija asisten a nuestra iglesia, Piedras Vivas” y colaboran en todo lo que se les pide. Verónica, con sus conocimientos de informática, prepara cada fin de año un video con los acontecimientos de la iglesia.

Rafa mantiene una buena relación con su hermana que vino a pasar un tiempo con ellos cuando nació la niña. Aunque es un poco tímido, se le ve muy feliz. Siempre cumplidor de sus responsabilidades. Ha tenido que ir a trabajar a varios kilómetros en bicicleta, en pleno invierno y en horarios nocturnos, lo cual habla de su fortaleza. Tanto él como su esposa son muy amantes de la naturaleza y participan, junto con su perro, en las excursiones que organiza la iglesia. Siempre con su sonrisa y buen humor, Rafa ha superado sus problemas del pasado y es una persona que se siente realizada con lo que hace. Es un buen ejemplo de superación para muchos. También tiene un corazón compasivo y ha traído a la iglesia a varias personas. Tanto la barca de su vida, como la de Verónica, se encontraron y llegaron a un buen destino, donde Jesús les estaba esperando. Eso ha cambiado su vida personal y matrimonial y les motiva a ayudar a otros.

“Pescadores de hombres”

Proverbios 11:30 dice “el que gana almas es sabio”. Una de las labores más gratificantes es la de compartir nuestra fe con otros

que están necesitados. Es un milagro ver cómo las vidas cambian cuando las llevas a Jesús.

El testimonio de Pepe y Emi

Emi era una buena costurera y Pepe un buen mecánico. Los conocí cuando un pastor de la Iglesia Bautista de Albacete a la que asistía mi madre me invitó a ir con él a visitar a una familia. Había fallecido la madre y por medio de una tía, la familia estaba metida en un grupo de espiritismo por el que contactaban con la mujer fallecida. Asistí a aquella reunión que parecía muy normal y en cierto modo espiritual. Creían que el poder contactar con los muertos era un don de Dios. En este caso era la niña pequeña, María Victoria, la que hacía de médium y era usada por los espíritus para hablar con la madre. En una especie de trance la voz le cambió y supuestamente empezó a hablar la muerta por medio de ella. Yo les dije que aquello no era de Dios y que, al contrario, era del diablo que les tenía engañados. Les propuse orar por la niña para que fuera liberada de los espíritus que la ataban. Lo hicimos de manera muy sencilla y al orar por la niña, ella volvió en sí y nunca más quiso dejarse utilizar para esos fines. La familia quedó agradecida por ese descubrimiento y tanto el padre como las hijas, María Victoria y Emi empezaron a asistir a la iglesia, reconociendo que habían tenido una liberación de malos espíritus.

Tuvimos varios estudios bíblicos en la casa y nos contaban que había manifestaciones de ruidos por las noches, de muebles que se movían y voces que se oían. Pero seguimos orando y poco a poco todo aquello desapareció. Ellos entendieron rápidamente el evangelio y se comprometieron a compartir la fe con otros familiares y amigos. Emi hizo de su taller de costura un lugar de evangelización y muchas de sus alumnas conocieron a Dios. Su marido, Pepe, siempre la apoyaba. Más de una vez tuvimos allí reuniones bíblicas de enseñanza y oración, sobre todo por sanidad y liberación. Yo viajaba bastante, iba y venía de Burgos a Francia y Suiza, pero cada vez que visitaba a mi familia en Albacete me reunía con ellos. Llegamos a ser muy buenos amigos y ellos nos

ayudaron mucho económicamente en los inicios de la obra de rehabilitación en Quintanadueñas.

Con el tiempo esta familia se consagró al Señor y empezaron su propia iglesia. La hermana de Emi, María Victoria, se casó con un pastor y llevan una obra en Cataluña. Pepe y Emi, primero en su casa y después en un local que alquilaron han estado predicando y llevando a muchos a Cristo. También su hija y su yerno, de origen nigeriano, sirvieron al Señor junto con ellos. Seguimos en contacto porque son una familia agradecida por haberles llevado al Señor. Es de gran satisfacción verlos perseverar consagrados a Dios. Son personas fieles con un conocimiento profundo de la Palabra y una disposición a servir a los demás. Es de mucha alegría ver cómo progresan y crecen en la obra del Señor. Son muy sensibles a la voz de Dios y siempre están interesados en nuestro ministerio.

Pero no siempre los frutos conseguidos llegan a madurar y tener un final feliz como el de Pepe y Emi. Hay muchos casos en los que las personas evangelizadas se vuelven atrás, por vergüenza, temor o por no estar dispuestos a pagar el precio delante de los demás. Como en la parábola del sembrador (Mateo 13), algunas semillas caen en tierra superficial o dura o entre espinos, pero otras caen en buena tierra y llevan mucho fruto. No es fácil de entender por qué en muchos casos las personas evangelizadas no perseveran, pero como dice el apóstol Pablo “No depende del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia” (Romanos 9:16). También hay que tener en cuenta que el trabajo de evangelización es a menudo la obra de muchos intervinientes. Lo hemos visto en la prisión. Muchos presos que ya habían sido evangelizados anteriormente se entregaron al Señor en nuestro ministerio. Pero antes ya habían asistido a muchas reuniones en otras prisiones. Al ser trasladados a otro centro penitenciario, toman su decisión definitiva cuando tú les contactas porque ya estaban listos para la siega. De nuevo es Pablo quien nos enseña: “Yo planté, Apolos regó, pero el crecimiento lo ha dado Dios. Así que, ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento” (1ª Corintios 3:6 y 7). Hay que tener humildad y

espíritu de servicio, sabiendo que no siempre uno va a recoger el fruto del trabajo que hace. Cada uno de nosotros somos un eslabón de la cadena. Puede ser que las personas que tú has llevado al Señor terminen trabajando en otra obra. Eso también es de Dios. El Señor te recompensará, a menudo, recogiendo frutos que tú no has sembrado, para la gloria de Dios y el reconocimiento de su soberanía.

El trabajo en el Señor nunca es en vano.

“Así que, hermanos míos, amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1ª Corintios 15:58).

Firmes y constantes, ese es el secreto. “El labrador, para participar de los frutos, debe trabajar primero” (2ª Timoteo 2:6). Es verdad que muchas veces, en la obra del Señor, uno trabaja sin ver frutos. Pero de una manera u otra, ya sea para tu propia experiencia o para la de los demás, siempre hay un provecho de todo el trabajo que uno realiza. Puede ser que las personas sirvan en otros contextos o países, pero eso es lo de menos, porque siempre se hace para el Señor y la recompensa siempre viene del Señor de la mies. A Él nadie le puede engañar. Lo que es del cielo, es del cielo, y lo que es de la tierra, es de la tierra. Por eso, “Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Colosenses 3:2).

A lo largo de más de cuarenta años de la obra de rehabilitación de marginados en ACCOREMA, nos hemos encontrado con todo tipo de situaciones y ha habido muchos cambios. Uno de ellos fue la apertura de varios centros, lejos de la casa madre que está en Quintanadueñas, Burgos. En parte, esos pasos de ampliación los dimos por causa de las personas que se iban rehabilitando y que querían servir al Señor en la misma visión, pero en otros lugares. Una de esas extensiones nos llevó a Bulgaria. Los inmigrantes búlgaros de nuestra iglesia nos animaban a abrir un centro en su país. Nos decían que allí había muchas necesidades y que las autoridades nos darían ayudas. Allí fuimos y aunque no hubo

tantas ayudas, los años que estuvimos fueron buenos, marcados por el crecimiento de algunos líderes y la atención a jóvenes varones muy necesitados por su adicción a las drogas. Algunos de ellos terminaron viniendo a España. En Bulgaria, recibíamos comida de los supermercados y conseguíamos trabajos, como cortar leña en los montes que vendíamos a particulares en invierno. Pero hemos terminado cerrando el centro allí. La causa fue la mala gestión de los encargados en ese tiempo, que abusaron de su autoridad para vivir la vida a su manera. Resultó que visitaban a prostitutas en sus salidas de tiempo libre y vendían los productos que se nos donaban para obtener su ganancia personal. El repliegue no fue fácil, pero salimos “limpiamente”.

También abrimos obra en La Rioja, concretamente en Agoncillo. Una vez más, hicimos un excelente trabajo de rehabilitación allí y pudimos contar con la colaboración y la generosidad de particulares y del Banco de Alimentos. En un momento dado, los líderes quisieron dejar ese ministerio y dedicarse a su vida familiar fuera de la rehabilitación. No encontramos quien tomara el relevo y tuvimos que cerrar aquella casa, trasladando a los internos al centro de rehabilitación de Quintanadueñas. Ahora nos encontramos con otra decisión difícil. En el año 2000 abrimos un centro en Tobarra, Albacete. Pudimos asumir la hipoteca de una finca que la iglesia Bautista había comprado para un centro de atención a personas con problemas de alcohol. Es una finca preciosa, con piscina y varios edificios acondicionados que servían muy bien a nuestros propósitos. También tiene bastante terreno con pinares, olivos, parras, lugar para barbacoa y campo de deporte. Aquí también, durante casi veinte años, se consiguieron los objetivos y se rehabilitaron muchos varones. Pero una vez más hemos acabado por cerrar aquello por falta de liderazgo adecuado. Está claro que es un ministerio difícil, que se necesita un equipo sólido y que a menudo las personas que lo dirigen sufren estrés y terminan “quemados”. Los casos por resolver son muy complicados y eso afecta la vida personal y familiar. Eso no todo el mundo lo puede soportar. Estamos en un tiempo de transición entre la alternativa de vender aquella finca de Tobarra, alquilarla a otra entidad o esperar hasta que podamos

levantar nuevos líderes que retomen las tareas de aquel centro de rehabilitación. Pero creemos que es bueno retirarse a tiempo antes de que se haga más daño.

En todos esos años y en todos esos centros ha habido muchas personas que han sido cambiadas, muchos de ellos transformados radicalmente. Algunos rehabilitados, que fueron líderes entre nosotros, ahora llevan otros centros. No damos por perdido ese tiempo y esa inversión. Al contrario, con esas experiencias hemos crecido y hemos aprendido. Ahora estamos proyectando el futuro, tratando de conservar lo bueno que tenemos y de utilizar nuestras fuerzas de manera más eficaz. Tal vez abarquemos menos, pero lo que hagamos lo haremos bien. La sociedad también está cambiando. La sanidad pública tiene muchos medios para los toxicómanos. Hoy tal vez tengan más necesidad las personas sin hogar y los inmigrantes sin papeles. Lo cual implica otros desafíos importantes, ya que los inmigrantes quieren encontrar trabajo, legalizarse y vivir una vida digna. Y es normal. Últimamente hemos recibido personas mayores, sin hogar, que estaban muy necesitadas de cuidados de salud y de atenciones muy variadas.

No te arrepientas del bien que has hecho

“No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos” (Gálatas 6:9). La vida está llena de sorpresas y muchas veces las cosas no salen como las planeamos. Lo importante es buscar hacer el bien en todo momento. Hay personas que nunca te agradecerán lo que has hecho por ellas. Pero es ley de vida. No debemos depender del éxito en lo que hacemos sino de hacer la voluntad de Dios en cada momento. Y hacerlo por un sentido de responsabilidad y de fidelidad. No en base a emociones sino por decisiones, en base a principios.

Cuando uno mira atrás, los recuerdos más bonitos son los del deber cumplido. Nunca debemos echar la culpa a otros cuando las cosas salen mal. Al contrario, debemos buscar siempre lo bueno,

aunque eso conlleve que otros nos critiquen, pero nosotros nunca debemos criticar a los demás ni tampoco condenarnos a nosotros mismos. Si hicimos lo que pudimos debemos estar satisfechos y tener contentamiento. El contentamiento es una de las virtudes que trae mayor salud mental. Pablo decía “gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento” (1Tim. 6:6) y también “He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación” (Filip. 4:11).

No hace mucho alguien me dijo: “la obra de Accorema va en retroceso, es como una pasa que se va encogiendo, es cada vez más pequeña”. Puede ser. Pero esta obra, como muchas otras se inician en base a una visión y a unas personas. El tiempo pasa y también pasan las personas. No hay nada peor que una obra que se inicia con entusiasmo y poder y termina existiendo por tradición o por miedo a agotarse. Una obra así no tiene que convertirse en algo demasiado pesado. Cada generación tiene sus logros y lo mismo que algo se inicia, también hay que saber acabarlo, cuando el tiempo ha llegado. Ya surgirán otras personas que harán las cosas mejor, o no. Pero no hay que atarse a nada, ni mantenerlo artificialmente. Lo que se inició con entusiasmo tiene que acabar con dignidad. Y no lamentar nada. Donde hubo, siempre queda. La historia demuestra que en la vida tiene que haber cambios y como dice Eclesiastés: “Todo tiene su tiempo” (3:1) y “Aquello que fue, ya es; y lo que ha de ser, fue ya; y Dios restaura lo que pasó” (3:15) y “al hombre que le agrada, Dios le da sabiduría, ciencia y gozo” (2:26). En eso consiste la vida, en la satisfacción del trabajo bien hecho en su tiempo. Y las generaciones futuras que se apliquen y hagan lo que tienen que hacer, según sus circunstancias y posibilidades, siempre con el consejo y la ayuda de Dios.

Como en la experiencia de las dos barcas, puede que la noche se imponga, oscura y frustrante. El día llega sin mucha esperanza. Pero poco a poco, con la fuerza del sol, se renuevan los ánimos y se renueva la misericordia de Dios. Hagamos lo que tengamos que hacer, agradecidos, dejándonos dirigir por el Señor. Como dice Job (11:13-19) “Si tú dispusieras tu corazón y extendieras a

él tus manos...tendrás confianza porque hay esperanza...y muchos suplicarán tu favor”.

Capítulo 6º

“Pero ¿dónde está el cordero?” (Génesis 22:7)

La obediencia trae bendición.

Dice la carta a los Hebreos que “Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac” (Hebreos 11:17). La historia del sacrificio de Isaac es la historia de una prueba. Dios nunca había pedido que se le ofrecieran vidas humanas en sacrificio. Es más, era algo prohibido por la ley, porque los pueblos vecinos de Israel cometían esas prácticas que a Israel no le estaban permitidas (Levítico 18:21). Isaac era el hijo que Dios había prometido para hacer de él una gran nación. Su nacimiento fue milagroso. Su madre, Sara, era estéril y su padre de avanzada edad. Pero se produjo un conflicto familiar con el nacimiento de Isaac. Ismael, el hijo que tuvo Abraham anteriormente con su esclava Agar, era el hermano mayor y heredero de la bendición, por ley. Pero Abraham y Sara prefirieron a su hijo Isaac, el hijo de la promesa. Eso causó muchos conflictos y Agar e Ismael tuvieron que abandonar la familia. Pero llegó el momento en que Dios le dio una orden sorprendente a Abraham: “ofrécame a tu hijo en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré” (Gen. 22:2).

En el camino, Abraham e Isaac, llevaban leña para el holocausto y el cuchillo para degollar al cordero, como era costumbre. Pero Isaac preguntó: “padre, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?” Y lo único que se le ocurrió a Abraham como respuesta fue: “El Señor proveerá”. Y cuando el padre estaba levantando el cuchillo para degollar a su hijo una voz del cielo le dijo: “No extiendas tu mano sobre el muchacho, ya conozco que temes a Dios. Y entonces alzó Abraham sus ojos y he aquí a sus espaldas un carnero trabado en un zarzal...y Abraham lo ofreció en lugar de su hijo”. Y por aquel gesto Dios le dijo: “de cierto te bendeciré y multiplicaré tu descendencia...En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz”.

Ahí tenemos el secreto de la bendición. De Abraham, el padre de la fe, salieron Moisés, los patriarcas, profetas y reyes de Israel y también vino Jesús, el salvador del mundo. Pero hay un detalle digno de ser tenido en cuenta. Cuando Abraham dijo por la fe, que Dios iba a proveer para el holocausto, no sabía que Dios ya tenía provisto un cordero que estaba trabado en un zarzal. El sacrificio del cordero era el símbolo del sacrificio de Jesús, ofrecido en la cruz para perdón de nuestros pecados. “Como cordero fue llevado al matadero” (Is 53:7). El cordero fue sacrificado en lugar de Isaac, como Jesús fue sacrificado en nuestro lugar. “Fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir...con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha ni contaminación” (1ª Pedro 1:18).

Observemos que el cordero estaba atrapado en el zarzal y que Abraham lo libera para ofrecerlo en sacrificio. Así ocurre con nuestras vidas. Dios nos libera del pecado para ofrecernos en sacrificio santo (Romanos 12:1) para su gloria. Pasamos de servir al mundo a servir a Dios. Otro detalle significativo es cómo Dios usa las zarzas, arbustos inservibles, para manifestarse tanto con Abraham, como con Moisés, al que habló desde una zarza ardiente (Éxodo 3:2). Recordando aquello que Pablo, el apóstol, dijo, “Lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte” (1Cor 1:28). Y no menos significativo era el hecho de que Abraham tenía la solución detrás de él, pero estaba tan absorto en su problema que no la había visto hasta que “alzó los ojos” y a sus espaldas estaba el cordero, esperándole, en el zarzal. Y así ocurre con muchas de nuestras situaciones y oraciones. No vemos la salida porque no alzamos los ojos hacia Dios, porque damos la espalda a las soluciones que Dios tiene preparadas de antemano. Sólo tenemos que darnos la vuelta para recobrar la visión y la dirección correctas.

El testimonio de mis padres.

Aquí quiero compartir el testimonio de mis padres. Yo fui el hijo menor, el “benjamín”, como se suele decir. Nací cuando mi madre tenía 42 años. Nadie me esperaba. Pero de alguna manera, como

en el caso de Isaac, mis padres me ofrecieron para servir al Señor. Aquí os comparto algo de sus vidas:

Mi padre era un gran trabajador muy apreciado por todos sus compañeros. Trabajó desde joven en los ferrocarriles, como calderero. Era el que mantenía y arreglaba las calderas donde por medio del carbón se hacía el fuego que producía el vapor de agua para mover las antiguas locomotoras, antes de que se electrificaran. Recibió la medalla al mérito en el trabajo por su fidelidad al no haber faltado nunca a su puesto de trabajo. Pero no siempre fue fácil. Mi padre era de Cabezarados, Ciudad Real. Es un pueblecito agrícola y ganadero que durante un tiempo también fue minero. Fue a trabajar a Alcázar de San Juan y allí conoció a mi madre. Vivieron un tiempo en esa localidad y allí nacieron mis hermanos mayores, antes de venir a vivir a Albacete.

Debido a que pertenecía a un sindicato y era considerado republicano, la llegada de Franco y la Guerra Civil le llevaron a recibir un castigo que consistió en privarlo de empleo y sueldo durante un año. Gracias a Dios que no le fusilaron, como hicieron con muchos de sus amigos a los que consideraban “rojos” o comunistas. Durante ese año de paro aprendió a hacer cuchillos y navajas, que eran típicos de Albacete. Puso un taller en nuestra casa y los hijos le ayudábamos. Trabajaba para una empresa que daba trabajo en las casas. Como éramos seis hermanos, (éramos siete pero una niña falleció de pequeña) tenía que trabajar duro para mantenernos a todos. Sabía dónde encontrar el carbón que se caía de las máquinas y con eso nos calentábamos y hasta podía vender algo.

Durante esa época, se repartía a la población leche en polvo y queso que venía de las ayudas norteamericanas, para alimentar a los pobres, después de la guerra. También se practicaba el “estraperlo”, un comercio ilegal de productos que escaseaban, como la harina o las patatas y que venían de unas regiones a otras de manera clandestina. En ocasiones, los hermanos íbamos con mis padres a “espigar”, que era recoger trigo y cebada que quedaba en los campos, una vez cosechados. Lo mismo hacíamos

después de las cosechas de los campos de patata o en las vendimias. Mi padre vendía navajas a la salida de las corridas de toros. Mi madre vendía manzanas cubiertas de caramelo y “pirulís” que eran golosinas en forma de cono, que hacía en casa con azúcar tostada vertida sobre cucuruchos de papel de estraza, un papel basto de color marrón que le daban en las pequeñas tiendas de comestibles.

Mi hermano mayor, Paco, entró a trabajar también en la RENFE, la red de ferrocarriles, antes de emigrar para trabajar como soldador en Holanda, Suiza y Francia. Allí fue donde me uní a él y a su familia, antes de ir a trabajar a Bruselas. Fue en Bruselas donde conocí al Señor en una iglesia de inmigrantes españoles. Mi otro hermano, Mariano, se dedicó al mundo de los toros y llegó a ser banderillero. Eso le llevaba a viajar a menudo con una cuadrilla de toreros. Mis hermanas también trabajaron mucho. Mi hermana mayor, Amalia, que es la que hizo de madre cuando yo era pequeño, se dedicó a ayudar a mis padres en casa y luego a llevar su casa y a criar a sus cinco hijos. La menor, Fernanda, fue peluquera primero, antes de trabajar de auxiliar de enfermería. Ella crio seis hijos.

Mi madre, a la que he admirado tanto, fue una mujer sencilla, sociable, hacendosa y muy respetada por todos. En aquel tiempo, los padres se ocupaban poco de los hijos y eran las madres y sus hijas las que hacían todas las labores de casa. He heredado de mi madre el cuidado de las plantas y el amor por las flores. Hoy, además de plantas y flores tengo en el jardín una colección de bonsáis, la mayoría de creación propia. Ella tenía un patio con muchas macetas donde abundaban los geranios. También era una buena costurera. En especial era bordadora. Aún tenemos muchas piezas, sábanas, toallas, servilletas, bordadas por ella. También era muy buena en la cocina y hacía unas “patatas a la importancia” que eran mis favoritas. A mí me gustaba hacer galletas y otros dulces de Navidad con mi madre. Luego lo llevábamos todo al horno de una panadería cercana para cocerlo por un módico precio.

Mi madre había tenido contacto con los evangélicos cuando yo era pequeño. Fue a través de unos vecinos que tenían una tienda de comestible y ayudaban bastante a mi familia. Nos daban alimentos, aunque no podíamos pagarlos en el momento. Nos “fiaban”, apuntando la deuda en un cuaderno hasta que lo pudiéramos pagar. Había vecinos que nos daban comida. Sobre todo, cuando hacían la matanza del cerdo. Entre otras cosas nos daban manteca para cocinar y mi madre nos hacía bocadillos con manteca y azúcar o sal y también con pan mojado en vino al que se añadía azúcar. Incluso cuando no había huevos fritos para todos, mi madre los extendía batiéndolos como para tortilla “francesa” y les echaba un poco de pimentón para colorear la clara del huevo y así pareciera que tenía más yemas. Estos y otros muchos trucos tenía mi madre para darnos de comer en tiempos de escasez.

Recuerdo que una vez asistí con mi madre a un culto de evangelización en una iglesia evangélica. Había venido un misionero de Estados Unidos. Cual no fue mi sorpresa al entrar en la iglesia y encontrar que todo estaba a oscuras. Los evangélicos tenían una pequeña capilla en un barrio de Albacete llamado “La Veleta”. Allí fuimos a ese acto que consistía en un dibujante que pintaba con materiales especiales. Hacía aparecer las imágenes bíblicas en colores fluorescentes muy llamativos, por medio de una luz ultravioleta y así contaba parábolas con el fin de presentar el evangelio.

Más tarde emigré a Bruselas y conocí al Señor de manera personal y tuve una experiencia de conversión. Desde allí, al poco tiempo, fui a estudiar al Seminario Teológico en Montevideo, Uruguay, durante tres años. Escribía a mi madre regularmente y por medio de mis cartas le hablé del Señor y le animé a ir a la iglesia evangélica, cosa que hizo. Poco a poco se fue integrando, tuvo una experiencia de conversión y fue bautizada. Experimentó un cambio muy notable y se volvió muy activa en el grupo de personas mayores, haciendo de nuestra casa un lugar de reunión. Ella decía que lo único que lamentaba era no haber conocido al Señor cuando era joven.

En nuestra casa muchas personas conocieron al Señor, incluido mi cuñado Pepe, el marido de mi hermana Fernanda, del que hablé en otro capítulo. También allí conocieron al Señor jóvenes que venían a las reuniones que hacíamos. Recuerdo que en una ocasión entré en un club de judo y todos los integrantes, unos once, que eran adolescentes, vinieron a casa. Allí se entregaron al Señor y se integraron en la iglesia evangélica bautista donde aún están varios de ellos, algunos ocupando cargos de responsabilidad, como Pepe Villar.

Estando yo en Burgos, viviendo en comunidad en Quintanadueñas, mi madre vino a pasar un tiempo con nosotros. Aunque ya tendría casi ochenta años se integró de maravilla, siendo muy jovial y participando en todas las reuniones. Cuando me comprometí como novio de Carmen, ella se alegró mucho y aunque no pudo presenciar nuestra boda, decía: “qué bien, hijo mío, que ya te veo recogido antes de morirme”. Al poco tiempo falleció con ochenta y dos años, estando Carmen y yo a su lado en un hospital de Albacete. En esa ocasión escribí el recuerdo de su fallecimiento de esta manera:

“Como una vela que se apaga”

“Me encuentro junto al lecho de muerte de mi madre. Es algo triste de vivir y de contar. Durante una semana, Carmen y yo hemos estado junto a ella, en interminables noches llenas de suspense y dolor. No tanto dolor físico sino dolor del alma. Ver a este ser tan querido que se va poco a poco, se apaga, se consume, en esta habitación de la Seguridad Social. Tras una operación a vida o muerte, los médicos descubrieron un cáncer terminal. Intentaron operarla, pero tuvieron que cerrar porque había una gran metástasis. Imposible extirpar el cáncer sin dañar órganos vitales. Desde entonces no pudo comer nada sólido. El suero le produjo inflamación de las venas, cada vez más difíciles de encontrar. Sus problemas de bronquios se agudizaron y su respiración se hizo más angustiosa. Poco a poco se va quedando

sin fuerzas, como un árbol caído que ya no tiene raíces para alimentarse, como una vela que se apaga.

Cuando llegamos a verla, tenía mucha vida. Fue justo antes de la operación. Nos habló con mucha cordura a todos sus hijos, despidiéndose, aconsejándonos, incluso bromeando en algún momento con su típico humor. Todos llorábamos cuando la oíamos decir con tanto aplomo sus disposiciones. No dejaba mucha herencia sino algunos muebles y cuadros y bastantes bordados hechos por ella. Que tal y cual se queden con esto o aquello, decía. Incluso tenía detalles para sus nietos.

Teníamos que remitir su vida en las manos del Señor. Ella misma estaba preparada para ir a Su Presencia e irradiaba paz y mucho amor. Dios lo sabe todo y ya tenía preparada para ella una morada mejor. En estas noches de vigilia, entre el silencio y la oración mi cabeza se llena de recuerdos por los que lloro de alegría y le estoy muy agradecido a Dios. Veo a mi madre alegre y ágil en los pasillos de su casa, preparando comidas, haciendo camas, sirviendo con esas manos tan llenas de atenciones para todos, con un gran don de la hospitalidad, negándose a sí misma para satisfacer a los demás. Al verla tengo conformidad con los planes de Dios, pero también un profundo dolor, al despedirla. Cuántas noches hemos hablado juntos, orado por todos, tan preocupada ella por mis otros hermanos que aún no han conocido al Señor.

Al ver que su vida se acaba, se termina también una etapa importante de mi vida. El Señor me ha preparado con ternura, me ha dicho cosas llenas de esperanza y consolación. Es bonito saber que un día la volveré a ver cuándo yo también esté en Su Presencia. Estas letras las he escrito para desahogarme, aunque tenga que tragarme mis lágrimas, al escribir. No es fácil ayudar a morir al ser que más te ha dado en este mundo. Estas letras son un testimonio. Esta es una prueba más en la vida, como tantas otras, en las que el Señor nos da fuerza, nos conforta, nos ayuda a pasar por ellas sin amargura ni desesperación. Al sentir el peso trascendente de este momento en el que veo que mi madre se va de este mundo, resaltan valores sublimes como piedras preciosas

que señalan el verdadero valor de la vida. Recobras la visión de las cosas eternas y purificas tus motivos para hacer lo que haces. Hay pensamientos que sólo salen bajo presión, como los diamantes son pulidos.

Cuando acabé de escribir lo que precede, salí a pasear en el silencio de la noche. Mi madre respiraba con silbidos de bronquios inundados, con poca fuerza, entrecortados. No pasó media hora. Exactamente era la una y veinte de la madrugada en ese doce de febrero de mil novecientos ochenta y cinco, cuando en una última expiración, el final llegó. No sufrió nada, simplemente se fue, sin más. Cuando dejé la habitación fui a la cabina de teléfono para anunciar la noticia a mis hermanos. De repente me encontré con Jesús, un hermano de la iglesia, que sin más me dio un abrazo que me llenó de emoción. Era un hermano en el Señor que en ese momento acababa de ver nacer a su primer hijo. Yo me alegré con él y él lloró conmigo. Era simbólico ese encuentro, entre la muerte y la vida, entre la Vida y la vida, entre el gozo y el dolor. “Dios da y Dios se lleva. Alabado sea el nombre del Señor”.

La influencia de mi madre fue mayor de lo que ella o yo mismo nos dábamos cuenta. No sólo con su amor por las plantas y su sentido de la hospitalidad. También su prioridad por la familia y su amor por los detalles y sus pequeños gestos para agradar a otros. Su ausencia se ha sentido mucho. Pero queda el recuerdo de alguien que ha sabido ser un buen ejemplo de generosidad y ternura, con una pizca de humor picante que hacía su compañía tan agradable. También sufrió lo suyo, aunque nunca se quejaba. Y ayudó mucho a mis hermanas en sus propias dificultades con la vida, con sus maridos y con sus hijos. Aún guardamos muchos recuerdos de ella, bordados, sábanas, bolsas, y otros objetos que ella apreciaba. Como el badil de cobre (una pala mediana con un mango) que le hizo mi padre para recoger las cenizas de la lumbre y que ahora cuelga en la entrada de nuestra casa.

Una de las cosas que más tengo que agradecer a mis padres fue el respeto por mi fe y el haber consentido que a la edad de once años

me fuera al Seminario de la Orden de los Dominicos de Almagro, Ciudad Real, para ser monje. Probablemente lo hacían para que recibiera una educación y cursara unos estudios que ninguno de mis hermanos pudo cursar. Pero también había una tradición en las familias humildes de consagrar al hijo más pequeño a Dios y llevarlo al Seminario para que fuera sacerdote. Creo que esto formaba parte de las intenciones de mis padres. Por parte de mi madre teníamos un tío fraile de la orden de los trinitarios, que era padre superior de un convento en Lima. Venía a España de vez en cuando y tenía una gran influencia en la familia. En Perú era muy apreciado e hizo una gran labor de ayuda a los más necesitados. Creo que él también influyó en mi carrera hacia el monasterio. Y aunque las cosas no salieron como se esperaban, la verdad es que mi vida terminó consagrada a Dios y hoy le sirvo como pastor, ayudando también a muchas personas necesitadas. Creo que hay una relación de todo esto con la creación de la Asociación Accorema y la fundación de la Iglesia Evangélica “Piedras Vivas” de Quintanadueñas, Burgos.

¿El hijo preferido?

No es que Isaac, el hijo preferido de Abraham llegara a ser un buen padre. Él también mostró preferencia por uno de sus hijos, el mayor, Esaú. Asimismo, Rebeca, hizo lo mismo, pero con el hijo menor, Jacob. Parece ser que fue el poco interés de Esaú por la bendición de Dios y la astucia de Rebeca lo que llevó a Jacob a heredar la bendición de la primogenitura en lugar de su hermano. Esto se ve aún en las mejores familias donde no todo es lo que parece. En mi familia, el que yo me convirtiera en evangélico y terminara estudiando teología protestante para ser pastor, no fue siempre bien visto, excepto por mi madre, que siempre me apoyó en todo. Mi padre tampoco se opuso. Simplemente respetó. Pero mis hermanos mayores varones, sí que se opusieron, sobre todo el torero, pues era muy supersticioso con las imágenes y estaba más apegado a la tradición católica. Sin embargo, el mayor de mis hermanos me ayudó mucho cuando emigré a Bélgica, cerca de donde él vivía en la frontera entre Francia y Bélgica. El hecho de

salir de España le abrió los horizontes y le dio una mente más tolerante. El caso es que siendo yo el menor, como lo fueron Isaac y Jacob, terminé siendo elegido por Dios entre todos mis hermanos, para conocerle y servirle. Y como le ocurrió a José, el patriarca, hijo de Jacob, mis hermanos terminaron pidiéndome ayuda en más de una ocasión, reconociendo que mi vocación no era sólo algo legítimo sino también beneficioso para todos. Por un trabajo que hice con la Cruz Roja Internacional, pude comprarles la casa a mis padres cuando más lo necesitaban. Mi madre, con la que compartía una fe común, estuvo apegada a mí hasta el final de sus días.

Todos somos hijos preferidos de Dios. No es bueno hacer discriminación entre los hijos. Alguna vez, hay algún preferido ya sea del padre o de la madre. A menudo esa preferencia está condicionada por el hecho de que ese hijo o hija siga los consejos de su padre o de su madre. La obediencia a los padres, cuando estos aconsejan cosas buenas, trae gran bendición. De igual manera la obediencia a Dios trae bendición. Aunque Isaac no entendía que su padre le llevara a ofrecer un holocausto sin llevar un cordero, no pudo imaginar que su padre le iba a sacrificar. Pero Abraham, por su fe y confianza en Dios, terminó recibiendo un cordero como sustituto para el sacrificio. Y esto nos abrió una línea directa al sacrificio de Jesús por nosotros. “Jesús fue obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8). Si hay algo que Jesús quería para nosotros era eso: obediencia al Padre, obediencia al Hijo y obediencia al Espíritu Santo, cualesquiera que sean las circunstancias. Esa es la mayor prueba de nuestro amor a Dios. “Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Juan 15:10). No siempre entendemos los caminos de Dios, pero hay un principio que funciona. Dios nos dice: “A ti la obediencia y a mí las consecuencias”. Dios se encargará de controlar las consecuencias de nuestra obediencia. Esta siempre será para nuestro beneficio y para su gloria.

Capítulo 7.

“Como en los días de Noé” (Isaías 54:9; Mateo 24:37)

Velad.

El arca de Noé es para los cristianos el símbolo de la iglesia, donde la misericordia de Dios nos ha hecho encontrar la salvación “de esta perversa generación” (Hechos 2:40).

Como en los días de Noé, hoy pocas personas son salvadas. También hoy, el bautismo es símbolo de esta salvación por medio del agua (1ª Pedro 3:20-21).

Noé halló gracia a los ojos de Dios. Noé creyó a Dios a pesar de lo extraño de su propuesta: construir un barco, en un lugar muy alejado del mar (Génesis 6:9). Noé respondió al llamado de Dios. Por eso Dios le salvó con toda su familia e hizo un pacto con él por medio de un arco iris en el cielo. Dios nos salva aún hoy de este mundo de incredulidad y materialismo y nos da promesas para los nuestros. “Cree en el Señor Jesús y serás salvo tú y tu casa” (Hechos 16:31).

Noé es un ejemplo de fe tal como lo expresa la carta a los Hebreos 11:7: “Cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase...y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe”. Al escribir estas líneas, estamos en tiempos de pandemia por causa de la Covid-19, una plaga que está arrasando en el mundo, contagiando a millones y matando a muchos, sobre todo los más vulnerables, ancianos y personas con ciertas patologías. Por ahora no hay cura, a pesar de los esfuerzos y de las vacunas. Por el momento las soluciones pasan por el confinamiento, cerrando zonas, ciudades y hasta países, prohibiendo la circulación y obligando a llevar mascarillas y tener distanciamiento entre las personas. Hasta hay regiones que han prohibido fumar en las calles para evitar el contagio. Curiosamente se han creado lugares, especialmente hoteles, llamados “Arcas de Noé”, donde se aísla a los enfermos contagiados por la Covid-19.

Todo esto tiene un carácter apocalíptico de fin de los tiempos. Como en los días de Noé, todo parecía normal, la vida transcurría como si nada, cada cual llevaba a cabo sus planes de viajes, negocios, bodas y vacaciones, hasta que todo se paró por causa del diluvio. Entonces, la gente no entendió lo que pasaba, ahora también nos vemos desbordados por los acontecimientos, sorprendidos por las noticias. Que las enfermedades van a aumentar por las consecuencias de la Covid-19. Que la economía se va a retraer y muchos se quedarán sin trabajo. Que el turismo, principal recurso económico de nuestro país, va a sufrir graves consecuencias, etc., etc. Las malas noticias se suceden de manera implacable y nadie sabe cómo ni cuándo acabará todo esto. Hay cansancio en cuanto a las medidas de contención sanitarias que nos privan de libertad. Hay muchos que conscientemente no obedecen las normas porque las consideran abusivas. Hay cierto caos y mucha incertidumbre en la sociedad. Los políticos están en desacuerdo y se presentan confrontados por esta causa.

“Velad, pues, porque no sabéis la hora”, “estad preparados”, “porque cuando menos lo esperéis” (Mateo 24:42, 44). Es una llamada de atención sobre todo lo que nos puede pasar por sorpresa, de repente, sin saberlo de antemano, sin esperarlo. No existe una preparación eficaz para lo inesperado. Sólo se puede ser sabio y prudente, cada día, durante toda la vida, para que cuando lleguen las horas malas no caigamos en el desánimo y la desesperación. Algo nos decía que podía pasar, y pasó. En ese texto de Mateo, el Señor se pregunta “¿Quién es pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa...?” (v. 45). El Señor hace la pregunta porque sabe que son pocos los que darán la talla cuando haya que alistarse. Porque “muchos son los llamados y pocos los escogidos” (Mat 22:14). Y es que “El caballo se alista para el día de la batalla; mas el Señor es el que da la victoria” (Proverbios 21:31). Como dice el refrán castellano: “El hombre propone, pero Dios dispone”

Debemos velar y estar preparados para toda contingencia, sabiendo que Dios está en control. Debemos estar sintonizados

con Dios y discernir los tiempos (Mateo 16:3). Pero no olvidemos que el Señor ha de cumplir sus propósitos para los fines que él quiera, a pesar de todo. El Señor bendecirá a los que estén haciendo lo que se espera de ellos. Debemos ser prudentes y tomar todas las medidas necesarias sin olvidar que la voluntad de Dios está por encima de todo y nada podrá estorbar sus planes. La sabiduría consiste en saber qué hacer en cada momento. Pero hay que descansar en el Señor porque estamos limitados en lo que sabemos y en lo que podemos hacer. Hay otro refrán que dice: “A Dios rogando y con el mazo dando” que significa que podemos orar y depender de Dios, pero sin dejar de ser fieles, haciendo lo que esté en nuestras manos para estar preparados y ser eficaces, cuando llegue el momento. “Protégete y arriesga” es otro dicho de los que se lanzan hacia adelante con cautela para evitar hacer o sufrir daños innecesarios. En el Señor, tenemos la seguridad de su dirección y protección.

Testimonio de mi esposa Carmen

Carmen supo tomar las decisiones que debía tomar en el momento en que debía tomarlas. Supo responder al llamado de Dios en medio de muchas dificultades. Supo ponerse del lado correcto en el momento oportuno. Nacida en un hogar de católicos practicantes, siendo su padre militar, no le fue fácil a Carmen vivir su nueva fe evangélica. Por medio de un movimiento juvenil de renovación en los años después de la muerte del dictador Franco, Carmen conoció en su juventud una fe viva que le hizo mucho bien y a la que se aferró con valentía. Había tenido una crisis de temor a la muerte, que la llevaba a no querer apagar la luz durante la noche. Ese temor desapareció con su conversión. Su entrega la llevó a ocupar cargos de responsabilidad en aquel movimiento llamado “Comunidades Cristianas de Burgos”, de orientación carismática. La doctrina del bautismo del Espíritu Santo y la práctica de los dones del Espíritu (1ª Corintios 12), entre otros, el hablar en lenguas, la sanidad, la liberación, la profecía, etc. hizo que se tuviera, entre las autoridades religiosas católicas de la ciudad, una mala opinión de aquel movimiento de influencia evangélica. Los católicos pensaban que era una secta.

Los padres de los jóvenes comprometidos no entendieron que aquello era bueno para ellos. A Carmen le prohibieron asistir a los encuentros. Estuvo en casa durante unos meses sin poder salir a las reuniones. Pero poco a poco sus padres fueron moderando su postura.

Una de las razones para allanar el camino fue que yo mismo me presenté en su casa, al ser mayor que aquellos jóvenes, para explicar a los padres que las comunidades de renovación espiritual eran una buena influencia para su hija. Esos jóvenes de aquel movimiento tan dinámico practicaban una fe cristiana profunda y sincera que les hacía llevar una vida recta. Mucho más tarde, me enteré de que la madre de Carmen, al verme, le dijo a su padre después de ese encuentro: “César, creo que vamos a tener Gallardo para rato en la familia”, dando a entender que me casaría con su hija, cosa que en aquel entonces ni me había planteado. Es cierto que, con el paso del tiempo, Carmen y yo nos hicimos muy amigos y compartimos muchos ratos juntos. Recuerdo que en aquellos tiempos yo vivía en comunidad y parte de mi trabajo era ir a otras ciudades, visitando colegios y vendiendo puzzles y juguetes de madera que fabricábamos. Carmen me acompañaba en esos viajes cuando podía y me preparaba unos bocadillos y zumos, de los que nunca me olvidaré.

Después se fue a vivir a Barcelona para seguir con la expansión de aquel mover carismático y se dedicó a la promoción de música cristiana, sobre todo de Luis Alfredo Díaz Britos, que había sido fundador del movimiento y que era cantautor y pintor. Carmen llegó a ser su secretaria y organizadora de conciertos en varias partes de España. En aquel tiempo nos carteábamos y se consolidó nuestra relación con varias visitas. Asistí a su bautismo en una iglesia menonita, en la que yo conocía al pastor y misionero, Juan Driver, que había sido mi profesor en el Seminario al que asistí en Uruguay. Juan Driver había venido a España para compartir sus enseñanzas y sus libros (entre otros: “Comunidad y Compromiso”, sobre el Sermón del Monte), en muchas iglesias de España, en el movimiento de las Comunidades Carismáticas y también en los Grupos Bíblicos Universitarios.

Viajé a Barcelona para asistir al bautismo de Carmen y allí le hice la petición para casarnos. Un año después nos casaríamos en Quintanadueñas, Burgos. Sus padres asistieron a la boda a pesar de no ser lo que hubieran soñado, pero aun así dieron su bendición. Mantuvimos una muy buena relación. Hablamos mucho de nuestra fe común. Le regalé varios libros a la madre de Carmen, entre otros un devocional diario de Basilea Schlink, una monja evangélica alemana que tuvo mucha influencia entre los jóvenes y en el movimiento ecuménico de Europa.

La unión con Carmen fue de inmenso valor. Me aportó mucho cariño y equilibrio. Me hizo ser más realista y me sacó de mi individualismo. Ha sido de gran ayuda en el desarrollo de Accorema. Juntos iniciamos varias iglesias en Burgos y hemos pastoreado durante más de veinte años la iglesia “Piedras Vivas” de Quintanadueñas. Carmen ha sido también durante muchos años la administradora de Accorema y es muy apreciada por su hábil manejo de la economía, por su entrega a los más necesitados y por su capacidad para las relaciones con los estamentos oficiales y con otras ONG. Su valentía y sus valores se han demostrado también en la adopción de nuestros tres hijos y en su educación, así como en el cuidado y cariño que prodiga a nuestro primer nieto, José Enrique. Los últimos años ha desarrollado un don de predicación que bendice mucho por su sencillez y sus aplicaciones prácticas, siendo muy apreciada también porque sus predicaciones son cortas y bien ilustradas y eso les gusta a muchos de la iglesia.

Con razón dice Proverbios 31:10-12 “Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas. El corazón de su marido está en ella confiado. Y no carecerá de ganancias. Le da ella bien y no mal todos los días de su vida”. La experiencia de Noé y su familia, obedeciendo a Dios, buscando la protección del Todopoderoso, huyendo de un mundo en destrucción y salvándose en la barca que Dios ordenó que construyeran también es símbolo del arca de la familia que nos ayuda a sobrevivir en una sociedad en desintegración.

Obedecer a Dios en familia también es un logro en el mundo de hoy. La unidad de la familia, el seguimiento de los mandatos de Dios y el agarrarse a sus promesas es importante para la paz y el equilibrio de la sociedad y forma parte de la fórmula de Dios para mantenerse firme en sus caminos y apartarse del mal. La educación de los hijos en la fe y en el respeto a los mandatos de Dios y en el amor a su Palabra, evitará muchos males en sus vidas.

Capítulo 8.

“Y oyó Dios la voz del muchacho” (Génesis 21:17)

Ismael.

Pocas veces he oído hablar del favor de Dios por Ismael, el hijo de Abraham y Agar, su sierva. Abraham había recibido de parte de Dios la promesa de una gran descendencia a pesar de sus avanzados años y de la esterilidad de su mujer. Dios le prometió que tendrían un hijo que sería su heredero y padre de una gran nación. Como pasaban los años y no nacía el niño prometido por Dios, Abraham y Sara quisieron ayudar a Dios, buscando el hijo por medio de la sierva, Agar. Ese tipo de acciones eran comunes en aquella época, pero a Dios no le agradó que se hiciera ese apañó y se desconfiara de su poder sobrenatural para hacer lo imposible. El caso es que nació primero Ismael, el hijo de la sierva Agar, pero al poco tiempo también nació Isaac, el hijo que Abraham tuvo con Sara, su mujer. Parece ser que llegó un momento en que los niños ya crecidos no se llevaban bien y las madres entre ellas, tampoco. Había mucha rivalidad y discusiones en el ambiente familiar.

Finalmente se produce la separación y la sierva y su hijo fueron expulsados del clan familiar. La madre y el niño expulsados, se pusieron a caminar por el desierto tan solo con pan y agua. Pero pronto se les acabó el agua. Sus vidas estaban en peligro, sobre todo la del muchacho. Llegó un momento en que Agar dejó a su hijo a cierta distancia, debajo de un arbusto, para no verle morir de sed. Y dice el texto que “Cuando ella se sentó enfrente, el muchacho alzó su voz y lloró. Y oyó Dios la voz del muchacho” (Gen. 21:16-17). Enseguida, Dios dispuso de una fuente de agua para salvarlos. “Dios estaba con el muchacho; y creció y habitó en el desierto” (v. 20). Dios le había prometido a Abraham: “del

hijo de la sierva haré una gran nación, porque es tu descendencia” (v.13).

Dios es soberano en el ejercicio de su gracia y su perdón. Es importante conocer los atributos de Dios aunque no sean fáciles de entender humanamente. “Alábese en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que soy el Señor, que hago misericordia...” (Jeremías 9:24). Conocer a Dios no es sólo conocer su poder, su justicia y su plan de salvación; es también conocer su gracia, su misericordia, su bondad, su perdón.

“Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquél que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Hay algo de Dios que debemos imitar. “Sed misericordiosos como también vuestro padre es misericordioso” (Lucas 6:36). “Para que seáis hijos de vuestro padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos y que hace llover sobre justos e injustos” (Mat. 5:45).

Hay una cita bíblica que resulta difícil de entender porque parece una actitud arbitraria de parte de Dios: “Tendré misericordia del que yo tenga misericordia y me compadeceré del que yo me compadezca. Así que no depende del que quiere ni del que corre sino de Dios que tiene misericordia” (Romanos 9:15, 16 que cita a Éxodo 33:19). Esta es una prueba más de la soberanía de Dios, como en tantos casos en la Biblia. Dios pide a Oseas que vaya a rescatar a su esposa que se ha prostituido y se expresa así:

“Cómo podré abandonarte...mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión” (Oseas 11:8). Zaqueo, un ladrón, cobrador abusivo de impuestos es llamado por Jesús porque quiere alojarse en su casa. A él le dice Jesús: “Hoy ha venido la salvación a esta casa..., porque el hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10).

También Jesús le dijo al ladrón que estaba crucificado a su lado: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). Este ladrón

se salvó sin haber hecho ningún mérito por su parte, solo por la palabra de Jesús. Cuando el Salmo 9:10 dice “En ti confiarán los que conocen tu nombre” nos habla del nombre de Jesús, que significa “Salvador”. “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3).

Dios tiene compasión de Ismael y le salva para que no muera de sed, oyendo su llanto y compadeciéndose de él. Vemos la manera como Dios decide, sin que el niño se diera cuenta de que iba a recibir una gran bendición y Dios iba hacer de él una gran nación. Así obra Dios muchas veces y así tenemos que obrar nosotros también. Haciendo el bien a quien no lo merece y sin que se dé cuenta y pueda agradecérselo. Sólo por gracia, pura gracia. Otro refrán: “Haz el bien y no mires a quien”.

En este punto quiero compartiros unas reflexiones sobre la llegada de mi primer nieto. Han sido una sorpresa los sentimientos positivos que ha generado en mí. Y es un motivo de oración que este niño tenga una revelación de Dios en su vida. Que Dios oiga su voz.

Testimonio sobre mi nieto José Enrique.

Como dice C.S. Lewis “Surprised by joy”, el nieto ha sido una alegre sorpresa. “Sorprendido por el gozo”, así titula C.S. Lewis, el libro sobre su conversión. El autor, siendo ya mayor y cuando no lo esperaba, se vio sorprendido por una alegría única al descubrir que existía otra vida que él no conocía: la vida eterna por medio del conocimiento de Jesucristo. Su intelectualidad no le había preparado para esa sorpresa que cambió su vida y su forma de escribir. Sus libros, “Las crónicas de Narnia”, delicias de millones de jóvenes, son prueba de ello, al igual que otros muchos libros que escribió para enriquecer nuestra fe.

No es comparable la alegría, pero algo parecido me ha pasado con la llegada de mi primer nieto. Creo que el hecho de ser abuelos y no padres nos da una dimensión de gozo donde no cabe mucho enfado o reprensión en el trato y la educación del nieto. No es lo mismo ser padres que ser abuelos.

Hay algo especial en la ternura de un bebé y en su cariño. Ese apego que se va desarrollando, esa dependencia mutua llena de sorpresas y risas, ese vivir aspectos esenciales de la vida y el trato, han dado un vuelco a nuestra existencia para bien. Y qué decir de las primeras palabras. Ese “Abbuuu” y esa “Yaayaaa” marcados por un acento de ternura, de urgencia y petición para una atención exclusiva, es algo único, emocionante. El enseñarle nuevas palabras que repite a la perfección, sin saber muchas veces lo que significan, pero con el debido acento y la correcta entonación. Es una maravilla. Y no es que su amor no sea interesado, exigente. Ahora, con dos años y medio, está con los cereales (“seales”) que ha descubierto, comiéndolos en seco, crujientes, mientras ve los dibujos animados. Y no se lo puedes negar. Y antes de irse a su casa siempre pide una “aeta joate”, que traducido es “galleta de chocolate”.

A través de todo su desarrollo, el Señor nos ha hablado de muchas maneras. Por su dependencia, su vulnerabilidad, su encanto, su inocencia. O cuando pierde la noción del tiempo al hacer un juego que le gusta. Su incansable repetición de frases que sabe que nos agradan o hacen reír. En su presencia, y por sus trucos, las sonrisas y a menudo las carcajadas están aseguradas. La profundidad y lo ilógico de los temores que nos inundan a veces de que le ocurra algo malo, como cuando estuvo en cuidados intensivos al nacer por haber tragado el líquido amniótico de la placenta, hasta que fue tratado y se recuperó fortalecido. O cuando se quemó un pie con el agua caliente que

la abuela añadía para que no se le enfriara el baño. Confiamos que los accidentes en su vida sean los menos posibles.

Oramos por él a diario, por el presente y por el futuro con el deseo de que todo le vaya bien. Confiamos en Dios que le ama más que nosotros le amamos. Y confiamos en sus padres que le quieren muchísimo y le tratan con excelencia.

Está siendo también una sorpresa el desarrollo de su carácter, el surgimiento del mal genio, su dificultad en superar las frustraciones, sus gritos cuando algo le sale mal, cuando se le cae el camión que arrastra en el jardín lleno de piñas que caen del abeto, o cuando no encaja el mecanismo del juguete que está armando. Eso sí, se ríe cuando se le caen las torres que construye con los bloques o se le hunde el túnel por el que intenta hacer pasar los coches miniatura que son demasiado grandes o cuando dice con media lengua y una misteriosa sonrisa que “quero cogé” un avión que pasa por el cielo. Dios nos habla muchísimo a través de él. Me imagino que lo mismo les ocurre a todos los abuelos. La actitud del niño, de respeto, comprensión y participación cuando oramos con él, hace presagiar que va a ser un niño feliz e inteligente. A menudo viene a la iglesia y le encanta n los tiempos de alabanza. Le gusta cantar y juega conmigo a que toca la guitarra y el piano. Confiamos en que cuando un día lea estas líneas disfrute y dé gracias a Dios por el mucho amor que se le ha dado en la vida y lo pueda dar él también él a otros.

Esto me lleva a otro testimonio que tiene relación porque el Señor también oyó la voz de unos muchachos que siendo hijos de personas muy tradicionales, cuando encontraron al Señor, quisieron que sus padres también lo conocieran y Dios oyó la voz de aquellos muchachos y respondió a su petición.

Testimonio de Pepe y Vitorina.

Al escribir esto quiero honrar la memoria de Pepe y Vitorina porque fueron pioneros en la fe evangélica entre padres, en Burgos. No fue fácil allá por el año 1975, al final de la era del dictador Franco. Lo que estaba sucediendo en el movimiento de cristianos evangélicos en Burgos era algo nuevo, difícil de entender y difícil de explicar. Curiosamente fue en Quintanadueñas, donde un grupo de misioneros, finlandeses y norteamericanos iniciaron un lugar de culto que frecuentaban muchos jóvenes. Algunos asistían por curiosidad, otros por necesidad, pero sin saber lo que se encontrarían. Fue un mover de Dios general y hasta nacional que también se expresó en el surgimiento de las Comunidades Cristianas de Burgos, de influencia carismática, iniciadas por el uruguayo Luis Alfredo Díaz Britos, con la colaboración de misioneros finlandeses.

Al local de Quintanadueñas, una antigua cuadra de vacas que todavía conservaba los pesebres, venían jóvenes de Burgos invitados unos por otros, con el fin de escuchar estas predicaciones. Allí se daban enseñanzas bíblicas, de manera sencilla, profunda y se predicaba una salvación personal que se obtenía por la fe, entregando tu vida a Jesucristo, según enseñaba el Evangelio: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará” (Lucas 9:23,24).

Algunos de los hijos de Pepe y Vitorina experimentaron una conversión radical. Tanto es así que cambiaron sus vidas de tal manera que los padres empezaron a extrañarse. Esto ocurrió a otros muchos jóvenes. Muchos padres se organizaron para indagar sobre este movimiento, en el obispado de la ciudad de Burgos, para saber de qué iba algo tan extraño. En muchos casos los padres prohibieron a sus hijos asistir a las reuniones. Le

pidieron al obispo pronunciarse públicamente en contra de aquello, argumentando que era producto de sectas protestantes, lo cual era muy mal visto y considerado peligroso. Aún no se había aprobado en España la ley de libertad religiosa y todo aquel que abandonaba la iglesia católica era considerado hereje.

Pero aquellos hijos oraban por sus padres y le pedían a Dios que ellos también tuvieran esa experiencia maravillosa de conocerle y servirle. Y así fue. Este matrimonio ejemplar no se dejó llevar por la corriente general, sino que decidieron investigar ellos mismos, asistiendo a las reuniones donde iban sus hijos. Y cual no fue su sorpresa, a pesar de sus reticencias, que también encontraron la fe en Jesús como su salvador. No sólo empezaron a asistir y comprometerse, sino que animaron a otros padres a hacerlo. Aquel matrimonio fue muy valiente para la mentalidad de su época. Adoptaron la nueva fe con mucha consagración y fueron fieles durante todos los años de su vida.

Pepe trabajaba en un organismo público y tuvo que enfrentar comentarios desagradables. Pero lo soportaba todo con agrado. Su encuentro con la Biblia fue espectacular. Se aprendió muchos textos de memoria. Y aquellas canciones de alabanza a Dios que tanto emocionaban a los jóvenes llegaron a ser parte de su vida. Siguió firme en su fe hasta su muerte. Y aún en los últimos días en que ya no podía congregarse, cantaba esas canciones, para regocijo de sus compañeros del Centro de Día de ancianos al que asistía y también para aquellos que le visitábamos.

Durante años y en varias ocasiones vinieron al Centro de Rehabilitación de Accorema y a la iglesia "Piedras Vivas" a contar su testimonio y animar a todos a seguir fielmente a Jesús, el único verdadero Salvador del mundo que había cambiado sus vidas. Vitorina, cuya prioridad siempre fue cuidar de sus cuatro hijos y luego de sus nietos, ha llegado a su edad avanzada con una mente muy lúcida para la oración. Es un privilegio orar con

ella, ver cómo se expresa de manera brillante y cómo se preocupa de los demás encomendándolos al Señor, que todo lo puede. Tanto Pepe como Vitorina son un ejemplo de fe a seguir por todos nosotros. Y este es también un testimonio de cómo Dios oye la voz de los jóvenes que oran por sus padres y de los padres que oran por sus hijos.

La oración es un arma silenciosa pero poderosa. Es poder de Dios. Puede ser usada en cualquier momento y por cualquier persona. Cuántos podrían contar cómo la oración les ha salvado y ha salvado a miembros de su familia. Dios oye nuestras voces suplicantes que llegan a Él necesitadas de socorro. “Tú oíste la voz de mis ruegos, cuando a ti clamaba” (Salmo 31:22). Porque “Cercano está el Señor a los quebrantados de corazón; y salva a los contritos de espíritu” (Salmo 34:18). Como ocurrió con aquel niño y su madre, sedientos en el desierto y a punto de morir, el Señor también escuchará tu oración desesperada y vendrá a tu socorro. Ten fe, ten confianza. Dios no abandona a sus hijos. Él oye la voz de sus ruegos. El Salmo 9:10 dice “No desamparaste a los que te buscaron”. Así es Dios, lleno de poder y de misericordia. Dice al apóstol Santiago (5:16-17) “La oración eficaz del justo, puede mucho. Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras y oró fervientemente para que no lloviese y no llovió”. Eso da a entender que si Dios escuchó la oración de Elías, también escuchará las nuestras.

Capítulo 9.

La Samaritana y el Samaritano

La Samaritana.

Jesús hizo esta invitación: “Venid a mí los que estáis trabajados y cargados y yo os haré descansar” (Mat. 11:28). Muchas veces venían a él personas enfermas y necesitadas. En cada caso, él las recibía y les daba solución a sus problemas. Pero Jesús también se cansaba.

En una ocasión (Juan 4:1-42), al pasar por Samaria, cansado del camino, se sentó junto a un pozo a descansar. Y en esa hora vino una mujer samaritana a buscar agua. Parece ser que era una hora en que pocos iban por agua de manera que Jesús y la mujer samaritana estaban solos. Los discípulos habían ido al pueblo a buscar alimentos. En ese encuentro con la samaritana, para entablar una conversación, Jesús empieza reconociendo su propia necesidad y pidiendo ayuda a la mujer. Tenía sed y le pide agua, de la que ella iba a sacar del pozo con su cántaro. La mujer se sorprende porque, dándose cuenta de que Jesús era judío, le recuerda el conflicto entre judíos y samaritanos. No era normal que un hombre judío pidiera agua a una mujer. Además, no era normal que un judío hablara con una mujer samaritana. Eran enemigos. Los samaritanos eran considerados por los judíos como renegados, infieles.

Jesús, a partir del agua, le da una ilustración para hacerla pensar y le habla de un agua viva que Él le puede dar a ella, si ella se lo pide. Ella no entiende que es un lenguaje espiritual, y le responde en términos materiales: Él no podía darle agua porque no tenía nada para sacarla del pozo. Pero él insiste en su mensaje. Él tiene un agua que puede saciarla para la eternidad. La mujer no entiende esos términos. Pero pide a Jesús que le de esa agua que le ofrece para no tener que venir diariamente a

sacarla del pozo. Jesús finalmente va al grano. Le pide que llame a su marido. La mujer se excusa diciendo que no tiene marido. Pero Jesús ha visto su corazón y sabe que ha tenido cinco maridos. Esto ya es demasiado. ¿Cómo podrá saber este hombre tanto y tan íntimo sobre ella? Pero la mujer sigue jugando al despiste. Aunque ahora reconoce que Jesús podría ser un profeta, de esos que te adivinan lo que haces. Jesús sigue con la intención de llegar a su corazón, pero una vez más la mujer se va por las ramas y entra en una discusión religiosa sobre el lugar correcto donde se debe adorar a Dios. Aquí Jesús le da esa respuesta tan llamativa y con un sentido tan profundo. El lugar no es importante. Lo importante es la intención y la sinceridad, es adorar a Dios en Espíritu y en Verdad. Y a raíz de eso Jesús le declara que él es el Mesías, aquel que la mujer misma había dicho que estaba esperando. Y ahí acaba la conversación. Los discípulos llegan y la mujer toma su cántaro con el agua y se va al pueblo. Tuvo que ser una revolución porque el pueblo entero salió al encuentro de Jesús. Habían sido impactados por el testimonio de aquella mujer que les había dicho que Jesús le reveló todo lo que había hecho. Por la petición del pueblo entero, Jesús se quedó allí dos días hablando con ellos y muchos más creyeron en él.

Qué impacto, qué transformación de aquel pueblo de samaritanos, qué testimonio el de aquella mujer que llevó a todo su pueblo a conocer a Jesús. Jesús había partido de su propia necesidad personal y había entrado en el corazón de la mujer para salvarla y responder así a la necesidad que ella tenía. Dice Proverbios 11:30 “El que gana almas es sabio”. Y aquí Jesús mostró su inmensa sabiduría al acercarse a aquella mujer de manera humilde y rompiendo con todos los prejuicios y tabúes. Llegó a convencerla de que necesitaba ese “agua viva” que Él le ofrecía. De nada sirvieron las excusas de aquella mujer ni su

manera de desviar la conversación. Jesús con paciencia y unos objetivos claros la llevó a reconocer su pecado, su necesidad y a creer en él como su salvador. Por su testimonio entusiasta todo el pueblo le siguió e hizo lo mismo. Creyeron en Jesús como su Mesías y Salvador.

Por una parte, esto nos habla de cómo llegar a las personas, con humildad, con amor, buscando solución a sus problemas. Nos habla también de las excusas, desviaciones y discusiones que podemos encontrar cuando compartimos el Evangelio. Y de cómo debemos perseverar a pesar de todo y alcanzar nuestros objetivos, dependiendo de Dios y no de nuestra propia sabiduría. Y hay algo también interesante. La mujer dio su testimonio, pero los habitantes del pueblo no se quedaron solo con el testimonio de la mujer, sino que invitaron a Jesús a quedarse en el pueblo con ellos. Entonces dijeron a la mujer “Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo” (v.42). Y eso es lo que debe pasar con aquellos a quienes demos nuestro testimonio. No deben depender de nosotros, sino que deben invitar personalmente a Jesús y tener una relación íntima con Él. Es el mismo Jesús el que debe convencerles en sus conciencias. Es una decisión personal en base a un encuentro personal con Jesús.

El Samaritano

En Lucas 10:30 Jesús contó una parábola que indica una manera de ganar a la gente para el Señor. Es un relato que trata del amor al prójimo. Un escriba, intérprete de la Ley vino a preguntar a Jesús qué debía hacer para heredar la vida eterna. Jesús le dijo que si amaba a Dios y a su prójimo cumpliría así la Ley y podría ganar la vida eterna. Pero el interesado no entendía quién era su

prójimo porque entre los judíos uno no debía preocuparse de los que no eran judíos. Por eso Jesús cuenta esta historia. Era un hombre, probablemente judío, que salió de viaje y fue asaltado por unos ladrones. Le robaron y le dejaron medio muerto. Pasaron un sacerdote y un levita, judíos ambos, y no le asistieron. Tal vez fue por una ley de pureza ritual que impedía acercarse o tocar a los muertos. Pero también pasó un samaritano, odiado por los judíos pues en el pasado, por causa de la política, habían creado errores en su doctrina, al no ir a adorar a Jerusalén, habiéndose además mezclado con extranjeros de otras religiones.

El samaritano tomó al herido y le curó las heridas, poniéndole vino para limpiarlas y aceite para sanarlas y luego las vendó. Le llevó a un mesón y pagó sus gastos hasta que estuviera en condiciones de desplazarse por sí mismo. Jesús hace ver al escriba que este samaritano fue el prójimo que ayudó al hombre víctima de los ladrones, a pesar de ser samaritano, rechazado por los judíos. El samaritano fue el único que tuvo misericordia del herido. Ahora Jesús decía a su interlocutor: “Ve, y haz tú lo mismo” (v37). Le estaba diciendo, si eres creyente fiel y amas a Dios, ama también a los heridos, a los marginados, a los necesitados y ayúdales en lo que puedas. Esa enseñanza Jesús la repitió varias veces cuando habló de ir a buscar la oveja perdida, la moneda perdida o el hijo perdido (Lucas 15). Lo mismo ocurrió en casa de Zaqueo, ese recaudador de impuestos que robaba a los más pobres. Jesús se invitó a comer con él para que la salvación llegara a su casa, donde también habían sido invitados muchos pecadores amigos de Zaqueo: “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10).

Testimonio de Ana María

Le he pedido a Ana María, de la Iglesia Piedras Vivas, que nos comparta su testimonio:

“Nací en Rumanía, en una familia muy pobre. Éramos seis hermanos, nuestro padre era alcohólico y maltrataba a nuestra madre. Recuerdo, por ejemplo, un día en que, con seis años, había obtenido un premio en el colegio y volvía muy contenta a mi casa. Cuando llegué mi padre estaba pegando muy fuerte a mi madre. Poco duró mi alegría. Una noche me desperté y vi un ángel en la ventana, mis hermanos dijeron que también lo vieron. Era alto y rubio, con una vestidura blanca y alas con plumas. Me impresionó muchísimo. Tuve miedo y me tapé con la manta, pero de vez en cuando miraba y seguía ahí. Cuando lo contamos no nos creyeron.

A la edad de 7 años mi padre seguía con los escándalos y vino una ambulancia y nos llevaron a todos los hermanos a tres orfanatos distintos. Yo lloraba mucho y le pedía a Dios que me ayudara. Durante las vacaciones iba a mi casa y era muy feliz con mi mamá y mis hermanos que también venían. La casa era muy pobre. No teníamos electricidad. Nos alumbrábamos con una lámpara de queroseno. Dios siempre estuvo de mi lado a pesar de tantos sufrimientos. Cuando murió el dictador Chauchescu, presidente de Rumanía, vinieron unos misioneros que nos hablaron de Dios. Me regalaron una Biblia. Empecé a leerla y descubrí la verdad de Jesús como Salvador. Empecé a ir a una iglesia evangélica y descubrí que había personas muy diferentes a las que yo conocía.

Es cierto que en el orfanato todos los trabajadores eran buenos, nos trataban con cariño y nos enseñaban las buenas maneras. Siempre di gracias a Dios por ellos. Nunca me faltó de nada. Fue duro tener que dejar el orfanato a los dieciocho años. Echaba de

menos las excursiones que hacíamos a la playa y a la montaña. Cuando mis hermanas se casaron yo me quedé con mis padres y mis tres hermanos. Mi padre seguía igual. Había una iglesia cerca de casa. Allí me integré y entré a formar parte del grupo de jóvenes. Conocí gente de buen corazón. Éramos pocos, pero pude crecer en la fe y progresar en el camino de Dios. En Navidad aprendíamos villancicos e íbamos a cantarlos por las casas. Nos recibían con mucho amor. El invierno, con la nieve, era muy bonito. En la iglesia yo era muy feliz y reía mucho, pero cuando llegaba a casa, mi padre me ofendía y me hacía llorar. No quería que fuera a la iglesia. Yo se lo contaba todo a mi Padre Celestial.

Encontré trabajo como vendedora. Visitaba a mis hermanas y así podía salir de casa. Los dueños de la tienda donde trabajaba eran cristianos pentecostales y me llevaron a su iglesia. Allí tuve experiencias que me daban nuevas fuerzas y ánimo. Fuera, no todos entendían lo que yo vivía, pero el Señor me daba paciencia y amor para los que me rechazaban.

Con 30 años vine a España y en Burgos conocí a un hombre sencillo y humilde con el que me casé. Recién casada me enteré de que yo padecía Hepatitis C, una enfermedad que entonces no tenía cura. Posteriormente consiguieron un tratamiento para curarla. Aquello me acercó más a Dios. Tuve una niña preciosa. Dios me anima siempre y me habla a menudo por medio de sueños. Me prepara para servirle en su Reino. Tenemos la Palabra de Dios que es nuestra guía. El Señor me habla mucho a través de ella.

Con este testimonio quiero dar la gloria a Dios. Os comparto un texto que ha sido importante para mí: “He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros” (Isaías 49:16).

Una vez más vemos cómo el Señor se acerca a personas necesitadas y les hace sentir su amor. Una vez más se cumple lo que dice el Salmo 68:5 y 6: “Padre de huérfanos y defensor de viudas es Dios en su santa morada. Dios hace habitar en familia a los desamparados”.

Testimonio de Valentín y Crucita.

Conocí a Valentín Rodrigo y a su esposa Crucita porque eran padres de jóvenes integrados en las Comunidades Cristinas de Burgos. Formamos una célula o grupo de encuentro para mayores en su casa. Crucita era profesora de escuela. Valentín era ayudante de notario. Pero Valentín tenía un pasado muy religioso. Había estado con los monjes carmelitas, también llegó a entrar en el Monasterio de Los Cartujos en Burgos, pero al cabo de unos años lo dejó y se casó con Crucita. Tuvieron cinco hijos y todos formaron parte de las Comunidades. Desde el principio estos padres fueron muy receptivos y colaboradores, ofreciendo su casa con gran hospitalidad para las visitas que venían de otras partes a impartirnos enseñanzas bíblicas. Valentín también era muy conocedor de la Palabra y practicaba mucho la oración personal, disciplina que había adquirido en los conventos donde había estado.

Crucita había sido maestra de primaria toda la vida. Era especialista en tratar a niños y niñas con una pedagogía muy cariñosa de cantos, acertijos, cuentos y bailes infantiles. Crucita era una mujer muy dinámica, siempre bien arreglada. Era eufórica, muy dicharachera y alegre. Así como Valentín era muy reservado, Crucita era muy exuberante y habladora, siempre con simpáticas ocurrencias y muy acogedora. Eran personas llanas, y aunque procedían de familias humildes (la familia de Valentín fabricaba las típicas morcillas de Burgos), se relacionaban también con la clase alta en el Casino, un club privado en el centro de la ciudad, para profesionales y familias pudientes.

La casa de Valentín y Crucita se convirtió muy pronto en el lugar de una célula de matrimonios y personas mayores. Las células eran típicas de las comunidades y congregaban a pequeños grupos de personas para hacer estudios bíblicos, conocerse, y también acoger y evangelizar a los nuevos. La célula en casa de los Rodrigo, como era el apellido de Valentín, era un lugar de confianza, donde muchos mayores se sentían seguros dentro de ese movimiento innovador que eran las Comunidades. A algunos padres les resultaba tranquilizante ver que este matrimonio, conocido y apreciado por sus profesiones y contactos en Burgos, formara parte de aquel mover cuestionado por muchos. De hecho, el obispado de Burgos se pronunció en contra de las Comunidades y prohibió a las parroquias católicas que las acogieran. Las Comunidades formaban parte de la Renovación Carismática, un movimiento ecuménico que acentuaba el bautismo y los dones del Espíritu Santo. Pero pronto las comunidades se definieron por su teología de carácter evangélico, protestante, y fueron atacadas desde muchos frentes en esta ciudad de Burgos, tan tradicionalmente católica.

Valentín hizo honor a su nombre y fue muy valiente ante las críticas. Él conocía por experiencia la verdadera espiritualidad personal y encontró que ese movimiento juvenil promovía una conversión a la fe cristiana y una forma de oración espontánea que encajaba con su experiencia. Hasta los últimos días de su vida, Valentín siguió con su disciplina diaria de oración personal y lectura de la Biblia. Y así lo compartía con los que le rodeaban. Que un hombre como Valentín desafiara las prohibiciones del obispado tenía mucha importancia en esa época, donde todavía, en Burgos, era muy fuerte la influencia del nacionalcatolicismo del dictador Franco. La familia de Valentín y Crucita se vio muy bendecida por esa firmeza y esa perseverancia. Todos sus hijos perseveraron en la fe y hoy algunos son líderes en sus iglesias.

Valentín y Crucita como muchos otros son un buen ejemplo de personas que fueron educadas y obligadas por la sociedad de su época a adoptar la fe católica como la única verdadera, pero que, al recibir la luz del Evangelio en un régimen de libertad, pudieron reconocer que les estaba esperando una fe más auténtica que recibieron con gusto, a través del testimonio de las iglesias evangélicas.

Capítulo 10.

“Fuérzalos a entrar” (Lucas 14:23)

“Muchos son los llamados...”

En una de las parábolas que Jesús cuenta, un hombre importante hizo una gran cena e invitó a muchos. Esto está en la línea con el texto de Jesús en Mateo 22:14 donde dice que “Muchos son los llamados”. También con el mandato de Jesús: “Id y haced discípulos de todas las naciones”. Porque “será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (Mat. 24:14). Por eso, “Dios manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan” (Hechos 17:30).

Pero lo que ocurrió en la cena organizada por aquel hombre importante fue que “a la hora de la cena envió a su siervo diciendo: venid ya todo está preparado”. Pero con toda clase de pretextos todos los invitados “comenzaron a excusarse” (v.18). Probablemente, el siervo simboliza la venida de Jesús, el siervo de Isaías 42:1 “He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento”. Pero la invitación no dio resultado, al contrario. Jesús estaba contando esta parábola a los judíos que le habían rechazado como Mesías, como enviado del Padre. El caso es que en la fiesta de la parábola ya estaba todo preparado, la comida dispuesta para ser servida, las ensaladas aliñadas, el cordero asado estaba caliente, los entremeses y el vino estaban ya en la mesa, servidos. Sólo faltaba que acudieran los invitados. Pero estos no querían responder a la invitación y se habían excusado con excusas sin sentido.

Las excusas eran absurdas, porque ¿quién compra una hacienda sin verla antes? ¿Quién compra unos bueyes y no puede esperar un día para probarlos? O el recién casado, ¿no puede asistir a una fiesta y luego seguir disfrutando de su matrimonio? Excusas, tontas excusas. No es de extrañar que el padre de familia “se enojara” y dijera a su siervo que fuera por los caminos a buscar gente: “trae acá a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos”,

es decir, los marginados, los que nadie quiere, los que nadie invitaría a su fiesta. Habrá lugar para ellos. Y también le dijo al siervo que fuera de la ciudad y para traer a todos los que pudiera y le dijo: “Fuérzalos a entrar”. Es decir, persuádelos de la importancia de la invitación, dales la oportunidad de participar en algo muy especial, hazles conscientes de la urgencia del momento, de que ya todo está preparado. Sólo tienen que asistir y disfrutar, es bueno para ellos, ¡es una bendición que no deben desaprovechar!

Nosotros nos encontramos con el mismo problema. La salvación está servida por la obra de Jesucristo en la cruz. El pagó por nuestros pecados y después de decir “Padre, perdónalos”, dijo también “todo está consumado”. Como dice Isaías 53:1 “¿Quién ha creído a nuestro anuncio?”. La mayoría ha dicho que no tenía tiempo, que estaban muy ocupados, que ahora no necesitaban ayuda, que estaban bien, que no estaban interesados, que no querían ser molestados, que estaban protegiendo su intimidad, sus familias y sus negocios, que tenían otras prioridades. Hoy, como en aquella canción famosa, muchos dicen: “Déjame en paz, que no me quiero salvar, que en el infierno no estoy tan mal”.

¿Cómo podemos convencer a otros con nuestras palabras de que su vida está en peligro, de que hay un diablo que viene para robar, matar y destruir las vidas, de que Dios les está dando una oportunidad única, que si la rechazan tal vez luego sea demasiado tarde? Hoy estamos en medio de una pandemia (Covid-19). Muchos están muriendo, no sólo personas mayores sino también jóvenes que estaban llenos de proyectos y ocupados en negocios y de repente la vida se ha parado para ellos. Como mi sobrino Paco, que se tomó una jubilación anticipada a los sesenta años para disfrutarla con su familia. Se cree que se contagió en la fiesta de despedida que le hicieron sus compañeros. No quiso ir al hospital por lo que creía era una simple gripe. Cuando fue, ya era demasiado tarde. Dejó de repente y por sorpresa la vida, a su esposa y a sus hijas sin más aviso ni preparación. La mayoría de los que mueren no estaban preparados para morir. No habían

pensado en su muerte prematura. No olvides el refrán que dice “no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.”

Pero la mayoría dejan atrás lo más importante y se olvidan de que esta vida se acaba. Hay una gran necesidad de decir sí a la invitación que Dios hace todo el tiempo y de muchas maneras. “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras...en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo.” (Hebreos 1:1,2) ¿Acaso esta pandemia que estamos sufriendo, llena de privaciones y confinamientos, no es una señal de que esta vida materialista no lo es todo? Si alguien estuviera a punto de suicidarse y yo pudiera evitarlo, lo haría. Es cierto que “muchos son los llamados y pocos los escogidos” (Mateo 20:16). Pero mientras que no se demuestre lo contrario, tú y yo estamos llamados a ser salvos. Todo depende de nuestra respuesta. ¿Qué más hay que decir para persuadirnos de que Dios tiene un plan perfecto para que vivamos mejor y eternamente con Él? El Señor te invita, respóndele. No esperes a que las circunstancias te fuercen a hacerlo porque hay circunstancias que no puedes controlar. Cuántos accidentes hay que te quitan la vida sin que te des cuenta. O como pasa hoy, hay muchos enfermos de Covid que los hospitales no pueden atender porque están congestionados en las UCI (unidades de cuidados intensivos) y están siendo sedados para morir cuanto antes y sin que se den cuenta. En numerosos casos, las familias no pueden visitarlos y estar con ellos, ni siquiera en sus últimos momentos.

Si hay alguno que lee estas líneas y no se ha puesto en orden con Dios, debería hacerlo ahora mismo. Con humildad y con sinceridad. Pídele perdón a Dios por todos tus pecados. Acepta el perdón que te ofrece y vive ahora una nueva vida unido a otros que también han experimentado esa salvación tan grande. Aún estás a tiempo. No esperes más. Estás invitado. No rechaces la invitación. El Señor te dice “Ven”.

La caída de los ídolos.

En un mundo materialista el progreso se valora por el “estado del bienestar” o, lo que es lo mismo, por el poder adquisitivo y la capacidad de ser feliz teniendo todo lo necesario para vivir bien. Este tiempo de pandemia está siendo un tiempo de prueba para todo el mundo y también para los cristianos. Un autor español contemporáneo, Antonio Muñoz Molina, escribió en 2013 un libro sobre la crisis del 2008 que tituló “*Todo lo que era sólido*”. En él, describe cómo, al explotar la burbuja inmobiliaria, hubo personas que se suicidaron, al desaparecer su gloria, al dejar de ganar millones, de llevar una vida de lujo. No soportaron pasar penurias. Todo lo que era sólido se resquebrajó, se hundió, desapareció. Cosas que nadie pensó que pasarían, pasaron y el mundo se puso patas arriba. Ahora es diferente pero tal vez peor. Existían unos ídolos de la felicidad, la salud, el dinero y el amor, como dice el refrán, que se han derrumbado.

La salud, lo más importante para mucha gente, está siendo cuestionada por la cantidad de muertes con que cada día nos sorprenden los datos de la pandemia. Nadie está a salvo y, menos, las personas más vulnerables, como los que tienen enfermedades crónicas, respiratorias, del corazón u otras. Los ancianos son los que más están cayendo en esta guerra. Pero no sólo ellos. Algunos malpensados creen que esto es una manera de diezmar la población y reducir el pago de las pensiones. Otros dicen que son los chinos los que han creado el virus para hacerse más ricos vendiendo los materiales para combatir el virus, o por otras motivaciones ocultas. En todo caso, esta situación ha puesto en evidencia las clases sociales ya que son los países más pobres los que más sufren por faltas de medios económicos y sanitarios y por falta de vacunas.

El dinero. Muchos negocios están cayendo en bancarrota, cerrando, vendiéndose a precios irrisorios, enviando mucha gente al paro y a la indigencia, hasta el punto de tener que hacer cola en las diferentes asociaciones y entidades sociales (Cáritas, Cruz Roja, etc.) para recibir alimentos básicos. Y dicen que lo que

ahora se ve es la punta del iceberg porque el desempleo va a ser tan gigantesco y la pobreza va a aumentar de tal manera, que va a crecer la inmigración ilegal, la delincuencia y la inseguridad. Eso favorecerá el crecimiento de las organizaciones políticas de extrema derecha que se presentarán como las salvadoras de esta situación caótica, como pasó con el nazismo en Alemania.

El amor. Este ídolo tiene muchas vertientes. Por una parte, por causa de la Covid, las relaciones sociales están siendo mermadas. Se habla de contención, de confinamiento, de cierre perimetral, de prohibición de movimientos. Aumentan las videoconferencias y las personas se aíslan por temor. Las familias están distanciadas, ni siquiera se puede celebrar la Navidad y otras fiestas entrañables. Los restaurantes se quejan porque no hay banquetes, ni bodas, ni fiestas. Las familias no han podido ir de vacaciones durante mucho tiempo. El precio de los alimentos aumenta porque se vende menos y el transporte es más caro: los vinos se quedan en las bodegas, los corderos en los prados y hasta algunos horticultores tienen que llevar sus productos casa por casa si quieren vender algo. Y no hablemos de la obligación de llevar la mascarilla al salir a la calle que hace que las relaciones (sin besos ni abrazos) sean pocas y temerosas. Parece que huimos unos de otros y que hay desconfianza por temor a ser contagiados cuando menos te lo esperes.

Antes, unos pocos sufrían de soledad, ahora es un problema común y muchas veces deseado. Hay quienes se han acostumbrado a estar reclusos y ahora se auto-marginan y prefieren quedarse en casa y disfrutar de su soledad sin exponerse a contagios. La pandemia ha hecho aumentar los problemas mentales ya que, si antes muchos se sentían cohibidos y tristes, ahora las depresiones y temores en cuanto al futuro, y hasta la ansiedad por la vida misma, han hecho aumentar el consumo de tratamientos psiquiátricos. Han aumentado las tentativas de suicidio. Algunos rehúsan mirar los informativos por el alarmismo que crean y por las malas noticias que los llenan. Hasta las relaciones con familiares y vecinos se han distanciado y hay una especie de “sálvese quien pueda” que reina por todas partes.

Hay quien dice que de todo esto saldremos mejores, que el ser humano se refuerza y reinventa en las crisis, que tiene una gran capacidad de supervivencia. Puede que sea cierto. Atrás quedaron las guerras mundiales, los campos de concentración y los telones de acero. Pero también hay quien dice que en esta crisis los ricos se han enriquecido aún más y los pobres son más pobres y que muchos saldremos con secuelas, con muchos sueños caídos, frustrados. No pretendo ser alarmista, pero me parece que hasta la iglesia cristiana está siendo probada y está siendo hallada falta de sabiduría y creatividad en estos tiempos del Covid.

Un Dios creador exige un pueblo creativo. La manera de comunicar un evangelio de seguridades debe adaptarse a esta época tan incierta. No está habiendo un mayor interés por las cosas de Dios. Y el hecho de que muchos de los cultos y encuentros cristianos se hayan estado haciendo durante un año por medio de plataformas digitales ha creado una cierta apatía a la hora de asistir al culto. Tanto es así que, en nuestra iglesia, algunos que estaban asistiendo y que estaban ya en la periferia, han acabado por descolgarse totalmente. Los hemos perdido de vista. Puede que como en todo movimiento pendular los que ahora se han ido, vuelvan un día o tal vez vayan a otra iglesia. Aun así, confiamos que el depósito que queda en ellos por haber recibido un día la Palabra, en el futuro portará su fruto.

Testimonio de Ani

Deseo compartiros el testimonio de Ani que, junto con toda su familia, ha sido de gran inspiración para toda la iglesia. Ella no cuenta los detalles de todo lo que sufrió su familia al ser cristianos en un régimen totalitario comunista en Bulgaria, de donde proceden. Al conocerlos aquí en España hemos visto sus grandes valores y la entrega consecuente de su fe. Son un ejemplo de valentía por su duro trabajo y su perfecta integración en nuestra sociedad española. También son un ejemplo de generosidad y servicio. Muchas mujeres han sido ayudadas por Ani, que tiene un gran amor por el Señor y que da lo mejor de su vida a los demás,

aunque, teniendo una formación en pedagogía, tenga que trabajar en la limpieza durante muchas horas yendo a muchas casas para ganarse la vida.

Escribe Ani:

“Tuve mi encuentro con Dios en 1978, en Bulgaria, mi país. Mi familia había sido muy perseguida durante la época comunista, por ser cristianos. La religión estaba prohibida y la policía detenía a los cristianos y los encarcelaba. Yo tenía nueve años cuando acompañaba a mi madre a las casas donde se reunía la gente de manera clandestina. En esas reuniones fui testigo de un mover sobrenatural del Espíritu Santo. En una de esas reuniones, yo estaba de rodillas como los demás y le pedí a Dios que entrara en mi vida. Al instante fui bautizada por el Espíritu Santo y hablaba en lenguas. Era impresionante. Experimenté una felicidad, un gozo y un amor tan grande, tan fuerte, que oraba, cantaba y saltaba sin parar. La visitación de Dios era palpable. Había un avivamiento que se notaba en las calles. Pero algunas personas abandonaban las reuniones. Y yo me preguntaba cómo era posible, después de tener un encuentro personal con Dios, después de una visitación de Dios tan clara, llenos del Espíritu Santo, habiendo recibido las lenguas y el poder de Dios, que alguien pudiera rechazar todo aquello y volver a la vieja vida.

Pues finalmente fue eso lo que me pasó a mí. Mis padres se divorciaron y yo me aparté de la iglesia culpando a Dios de todo aquello. Ocurrió que de aquel divorcio se formaron dos familias. Por un lado, mi hermana se quedó con mi padre y su nueva esposa. Yo seguí con mi madre que también se casó de nuevo y pronto nació otro hermano. Pasaron unos años, cayó el muro de Berlín y el régimen comunista. Me casé, tuve dos hijas y empecé un negocio personal para buscar la manera de vivir mejor. Entré en el pensamiento del mundo de querer tener más y ser más que los demás.

Estuvimos viviendo en cuatro ciudades diferentes buscando aumentar nuestra economía y buscando encontrar también una

nueva identidad. Pero ese engaño del mundo fue momentáneo porque lo perdimos todo económicamente. Tenía 30 años y ya no tenía fuerzas ni ganas de vivir. Pero Dios siguió cuidándonos. Nos rodeó de familias cristianas que mostraron un amor. Mi madre me volvió a llevar a la iglesia y me dijo: Aquí está tu sitio, ¡vuelve al Señor! Me reconcilié con Dios y dejé mi rebeldía. Arrepentida fui poco a poco restaurada de la manera que sólo Dios puede hacer. Fuimos a visitar a mi padre para restaurar la relación que se había perdido. Vivimos una etapa de perdón y restauración de relaciones con mi hermana y mis abuelos. Volví a la iglesia donde había conocido a Dios. Allí mi esposo aceptó a Cristo como su salvador. Aquello me enseñó que Dios siempre quiere que volvamos a Él, siempre nos está esperando. Somos como hijos pródigos apartados del Padre que espera con los brazos abiertos hasta que volvamos.

Llegamos a España en el año 2002, recién reconvertidos, con mi esposo y mis dos hijas que ya tenían 8 y 13 años. Y poco a poco fue llegando toda la familia y reiniciamos una nueva relación unos con otros. Lo más importante era que todos teníamos a Dios en nuestras vidas. A lo largo de estos años he vuelto a experimentar el gran amor de Dios y sus planes maravillosos que son diferentes de los nuestros. Siento que soy una hija amada por Dios, que vivo con Él y para Él, gozando cada día de su presencia. Todo lo que soy y lo que tengo es por su inmenso amor y perdón. Por eso quiero glorificar a Dios todos los días de mi vida. ¡Él es digno de alabanza!”

Capítulo 11º

“Mas no todos obedecieron al Evangelio” (Romanos 10:16)

Un regalo de Dios.

Cuando el Apóstol Pedro, “con muchas otras palabras testificaba y les exhortaba diciendo: Sed salvos de esta perversa generación” (Hechos 2:40), ocurrió que “se añadieron aquel día como tres mil personas” a la incipiente iglesia cristiana. Estaba ocurriendo algo extraordinario. Por una parte la osadía, el atrevimiento, la autoridad de Pedro, que en otras ocasiones había sido temeroso y temperamental, y que ahora se atrevía a decir a sus oyentes: “Sepa, pues ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha hecho Señor y Cristo”. Por otra parte la respuesta de todos los que le oyeron fue que “se compungieron de corazón y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, qué haremos?”. Y recibieron la respuesta: “Arrepentíos y bautícese cada uno en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados.” A ello una gran cantidad respondió haciendo lo que se les pedía. Pero ¿qué pasó con todos los demás? Un gran número de los que escucharon su predicación no respondieron. Habían sido testigos en aquella ciudad de Jerusalén de todo lo que Jesús había hecho y dicho durante tres años. Pero no respondieron a su llamado. Aún hoy ocurre lo mismo.

Isaías (65:2) dijo “Todo el día extendí mis manos a un pueblo desobediente y rebelde” Jesús dijo: “El que no cree ya ha sido condenado” (Juan 3:18) Condenados por su incredulidad, condenados por haber rechazado al Salvador del Mundo, condenados porque “¿cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande?” (Hebreos 2:3). Dios tuvo el gesto

generoso de intervenir para librarnos de la condenación, sencillamente por amor, por misericordia. No lo merecíamos pero Él obró para cambiar el curso de la Historia y acercarnos a él, abriendo el camino por medio de Jesucristo: “por el camino nuevo y vivo que Él nos abrió” (Hebreos 10:20).

El Evangelio honra a Dios porque habla de su bondad, de su generosidad, de su amor, de su sacrificio. Pero es una iniciativa que pide una respuesta. El que muchos no se den por aludidos y no respondan al Evangelio no es una excusa para los demás. El deber del creyente es compartir su fe. El deber de todos los que oyen el Evangelio es responder al llamado de Jesús que dijo: “Venid a mí los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28).

El Evangelio necesita ser tenido en cuenta, ser obedecido, porque es Dios quien lo anuncia. Es una iniciativa de Dios. Por eso “el Evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Romanos 2:16) Y quien desprecia la predicación del Evangelio, desprecia a Dios. “Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo” (Hebreos 10:31).

Jesús dijo que los que rechazan el Evangelio lo hacen porque no quieren cambiar: “Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas” (Juan 3:19) Si alguien te perdona una deuda, ¿podrías rechazar ese perdón? Así somos de necios. El que se suicida comete un grave pecado, pero sólo mata su cuerpo que de todos modos iba a perecer. Pero el que se suicida espiritualmente, mata su alma para toda la eternidad.

En el trascurso de mi vida y ministerio he visto a quienes han aceptado a Cristo como su salvador, vivir de acuerdo con sus enseñanzas. Pero también he visto a quienes le rechazaron, o le ignoraron, que es lo mismo. La vida de unos y de otros se ha visto afectada por la decisión elegida. Las decisiones marcan las vidas. Los he visto florecer, cambiar, sanarse, fortalecerse, ser librados de mucho mal y bendecir a los que les rodean. Pero también he

visto a los que se han alejado del buen camino y han terminado autodestruyéndose y destruyendo a su alrededor.

¿Qué debemos hacer para evitar incurrir en semejante desvarío? Pues parece sencillo, aunque no lo es. Primero debes **escuchar** con atención las propuestas del Evangelio. (“La fe viene por el oír” Romanos 10:17). Luego debes acompañar lo que lees con tu **fe**. (“El que creyere será salvo” Juan 3:18). Creer es confiar en Dios para todos los aspectos de tu vida. Sobre todo, confiar en su Palabra, en sus promesas, en sus propósitos, en su dirección. Nada será lo mismo después de ese paso. Y si confías en Dios y crees que el Evangelio salva vidas, debes **compartirlo** para que otros se salven. El agua estancada se pudre. (“Con el corazón se cree para justicia pero con la boca se confiesa para salvación” Romanos 10:10) Recibir a Cristo como tú salvador personal es como hacer un pacto conyugal. Tú recibes a tu cónyuge para toda la vida, en las buenas y en las malas. Tú recibes a tu cónyuge con la disposición de amarle y de servirle. Uno debe recibir el Evangelio con agradecimiento porque es un regalo de Dios. Un regalo que no se puede rechazar sin incurrir en una responsabilidad muy grave. Si el Evangelio te invita, obedece y acepta esa invitación. Tu vida te lo agradecerá, todos los que te rodean te lo agradecerán.

De una manera sorprendente.

Este libro incluye muchos testimonios de mi vida y de personas a quienes mi ministerio ha influenciado. No hace mucho, la visita de mi amigo Vicente Fernández, pastor en el norte de Francia, me trajo recuerdos de lo que hemos experimentado juntos y que a menudo olvido, me dijo: *“Deberías escribir lo que ha pasado en tu vida, de una manera sorprendente. De cómo recibiste el Bautismo del Espíritu Santo en Suiza cuando estabas acompañando a un grupo de estudiantes en la Escuela Bíblica de Liestal, cerca de Basel, donde dabas clase. Y de qué manera cuando no te lo esperabas el Señor tocó tu vida sobrenaturalmente y todo cambió de repente, tu enseñanza, tu ministerio, tus predicaciones. Por ejemplo el día que predicaste*

simplemente leyendo el texto de Isaías 53, sobre la muerte del Mesías, con tal unción y dramatismo que aún hoy lo recuerdan aquellos que fueron marcados para toda la vida.

También deberías recordar cómo llegaste a Burgos, siendo rechazado al llegar por aquel grupo de jóvenes líderes de un movimiento carismático en la ciudad. De cómo te apartaron al pueblo de Quintanadueñas, para que no fueras una amenaza para ellos. De cómo los demás líderes de la comunidad que se estableció en ese pequeño pueblo agrícola de Castilla, te atacaron por tu intelectualidad y terminaron marchándose dejándote sólo frente a un gran proyecto de rehabilitación de marginados para el que no estabas preparado. De cómo ese proyecto que empezó con escasos recursos fue prosperando de una manera sorprendente hasta convertirse en ACCOREMA, una Asociación respetada por la sociedad y que llegó a recibir un Premio Nacional por su labor social en el Centro Penitenciario de Burgos. De cómo prosperaron los trabajos de construcción de la empresa de inserción social creada por la Asociación.

Y la manera sorprendente cómo ese trabajo de rehabilitación se extendió por otras regiones, como Castilla La Mancha y La Rioja y también por otros países como Bulgaria y Marruecos, donde implantasteis unos talleres pioneros para minusválidos físicos y construisteis una Escuela Rural Comunitaria para varios pueblos, con viviendas para profesores, en los poblados más apartados de la Cordillera del Atlas, que era algo novedoso pero de gran necesidad, y todo ello con la aprobación del Ministerio de Educación Nacional de Marruecos.

De manera sorprendente pudisteis construir varias urbanizaciones en el pueblo de Quintanadueñas donde estáis establecidos. De cómo os cedieron un terreno público para construir el edificio de vuestra iglesia, con capacidad para doscientas personas. Que además la Municipalidad os ha puesto una señal de tráfico para facilitar encontrar vuestro lugar de culto

Todo ello ha surgido de manera sorprendente, casi inesperada y casi de repente contra todo pronóstico y dejando a muchos boquiabiertos al ver que un grupo pequeño de cristianos comprometidos podía conseguir tanto en cuarenta años de perseverancia. Esa es la prueba, una vez más de cómo el Señor guía y prospera a sus hijos, haciéndoles crecer en entornos hostiles, como ocurrió con su pueblo, Israel, y con otros muchos miembros de su familia en el mundo. Es este un testimonio de la gracia y de la fidelidad del Señor con su pueblo, ayudándole a superar dificultades y a fortalecerse en medio de la adversidad. Y todo esto fue posible gracias a personas que respondieron desinteresadamente al llamado del Evangelio. Personas transformadas por el poder de Dios. Personas que han tenido una gran influencia en muchas vidas y han ayudado a muchos a cambiar. Personas que obedecieron al Evangelio y han pasado de ser la oveja negra de la familia a ser las personas más admiradas y de más calidad en su entorno familiar así como buenos ejemplos en la sociedad.

Sembrar, sembrar, sembrar.

“El labrador, para participar de los frutos debe trabajar primero” (2ª Tim. 2:6) y “El labrador espera el precioso fruto de la tierra” (Santiago 5:7). “Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán” (Salmo 126:5)

Lo que siembras, eso recogerás. Si siembras vientos, recogerás tempestades, dice el refrán. Isaías 55:11 dice “mi palabra que sale de mi boca no volverá a mí vacía sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada.” Esa es la ley de la siembra y la cosecha. La Palabra de Dios es una semilla de salvación que puede caer en diferentes clases de terrenos, unos superficiales, otros con muchas piedras y otros con espinos. Pero también puede caer en buena tierra y llevar mucho fruto. Los labradores eligen la buena semilla, la siembran habiendo trabajado la tierra y confían en el buen tiempo y en que al final tendrán una buena cosecha. Lo importante es sembrar. Luego el sembrador descansa porque “el crecimiento lo da Dios” (1Cor. 3:6,7)

El tiempo de la vida en esta tierra es corto y hay que aprovecharlo. La labor más importante en este mundo es llevar almas a Cristo (“El que gana almas es sabio” Prov. 11:30). A lo largo de mi vida he visto el fruto de la Palabra sembrada. Y tan importante es sembrar como cosechar. Si el grano no se cosecha, se pudre. Vivo en un pueblo y he visto que los campesinos siembran girasoles, tal vez subvencionados para producir biodiesel y luego abandonan las cosechas y se pudren los girasoles. Un esfuerzo que ha sido en vano. Un desaprovechamiento del trabajo y de la tierra. Hay vidas que se han perdido por no dar importancia al tiempo de la cosecha.

Recuerdo algunos casos de personas que escucharon el Evangelio y tuvieron una respuesta emocional pero al no ir seguido de un discipulado y de una vida disciplinada y de iglesia, se perdieron. No siempre la responsabilidad es del sembrador. A menudo es falta de consistencia en el fruto. Algunos no maduran porque no aceptan la responsabilidad moral de la nueva vida en Cristo. Ocurre como cuando, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, el gobernador Félix escuchó hablar al Apóstol Pablo de la fe en Jesucristo y le agradó. “Pero al disertar Pablo acerca de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero, Félix se espantó y dijo: Ahora vete; pero cuando tenga oportunidad te llamaré.” (Hechos 24:25). Félix tuvo miedo del compromiso y nunca más llamó a Pablo.

Aun cuando haya personas que no obedezcan al Evangelio, nosotros debemos seguir sembrando “Te encarezco delante de Dios... que prediques la palabra, que instes a tiempo y fuera de tiempo” (2ª Timoteo 4:1,2). Dios nos pedirá cuentas de ello, porque la mejor manera de cambiar el mundo es llevando otros a Cristo. ¿Qué hubiera sido de nosotros de no haber conocido a Cristo? ¡Qué armonía, que orden de vida, que posibilidades, que dones y que ministerios hubiéramos perdido! Nuestras familias no serían lo mismo y el mundo que nos rodea tampoco. Yo repito a menudo aquello de que Dios dice “a ti la obediencia y a mí las consecuencias” de tu obediencia. A nosotros nos toca obedecer y

el Señor tomará nuestra obediencia y hará que sea fructífera. Nosotros habremos conseguido al menos ser fieles a nuestro llamado, a nuestro cometido. Y aunque nosotros no veamos todo el fruto de nuestro trabajo, este no será en vano sino que Dios lo conducirá a buen término y Él recibirá la gloria.

Petter Popov (1959-2021).

En el momento en el que estoy editando estas páginas, me llega la triste noticia del fallecimiento de Petter Popov, por causa de un Ictus. Quiero hacer con estas líneas, un pequeño homenaje a este miembro ejemplar de nuestra iglesia, que hacía dos años que había regresado a su país, Bulgaria, donde vivía su jubilación junto a su esposa Jordanka, cerca de su hijo Emo y de su nieto.

Petter, un gran pintor de paisajes, flores y frutas, había sufrido la persecución comunista, había sido misionero en Alemania y llegó a España hace veinte años en busca de un porvenir para su familia. Los primeros tiempos fueron muy duros, no conociendo a nadie y sin hablar el idioma. No tenía casa. Mi amigo y compañero de ministerio, el pastor Manuel Cerezo, lo encontró durmiendo en el cajero de un Banco en la provincia de Madrid y nos llamó para poder acogerlo en Accorema. Aunque no era algo fácil para una persona ya mayor, que no tenía ningún problema de adicciones, se adaptó muy bien a la vida comunitaria del Centro y colaboró en todo lo que le pedimos. Pronto pudimos alojarlo en un apartamento y allí trajo a su esposa y poco después a su hijo, que habían quedado esperando en Bulgaria. Más tarde llegaron también sus dos hijas, Velina y Ani (ver testimonio de Ani en cap. 10), con su esposo Rosen y sus hijas, Nina y Daniela. Todos ellos han sido un gran aporte para la iglesia.

A lo largo de los más de quince años que pasó en nuestra iglesia, Petter fue de mucha inspiración. Tenía un corazón agradecido y no faltó nunca a ninguna reunión. Nos exhortaba a evangelizar, a orar por los enfermos, a leer la Palabra de Dios y a serle fiel.

Consiguió un trabajo nocturno como guardia de seguridad en una Empresa de recogida y almacenamiento de basuras. Decía que las largas y tranquilas vigili­as las pasaba leyendo la Biblia, orando y escuchando predicaciones de emisoras cristianas. Seguía pintando sus cuadros y organizó varias exposiciones en nuestra provincia y en otras provincias de España. Regalaba un cuadro a cada matrimonio que se casaba en nuestra iglesia y antes de marcharse a Bulgaria regaló muchos de sus cuadros al Centro de Rehabilitación y a las familias de la iglesia. Le gustaba igualmente tener un pequeño huerto con fresas, patatas, tomates, pimientos, ajos y cebollas. Es algo que en Bulgaria hace la gente de los pueblos ya que por su situación económica tienen que autoabastecerse de lo más básico.

Además de los cuadros nos ha dejado preciosos carteles. Uno, dedicado por él, lo usamos en la mesa de la Santa Cena que dice “Hasta que él venga” (1ª Cor. 11:26), con una copa de vino y un pan pintados de manera excelente. Otro dice “Jesucristo te ama”, y lo usamos en la evangelización en la calle. Este lo guardo cariñosamente en mi oficina de la iglesia, recordándome el amor incondicional de mi Señor. Aunque era de un carácter fuerte, educado en la dureza de la invasión soviética de su país, Petter tenía una gran ternura y fácilmente derramaba sus lágrimas orando y compartiendo en la iglesia.

A menudo veíamos a Petter con una noción de la urgencia del tiempo presente. Quería ponernos a todos a trabajar incansablemente en el Reino de Dios. Con lo que parecían exigencias de una mayor consagración a Dios, algunos se molestaban. Pero de alguna manera él vivió lo que pedía y fue como un cometa que iluminó esta tierra y desafió nuestras vidas. Ahora está disfrutando de nuevos paisajes y nuevos colores en el Cielo. Allí tendremos la alegría de volverle a ver. Gracias por todo Petter.

Capítulo 12

¡Ay de mí si no anunciare el Evangelio! **(1 Corintios 9:16)**

Comparte tu fe.

A través de toda la Biblia vemos el deseo de Dios de crear un pueblo que sea luz para las naciones. Desde Abraham hasta Jesús, pasando por Moisés, el rey David, y todos los profetas, Dios quiere que toda la humanidad conozca su poder y su salvación. El pueblo elegido para propagar la fe en el Dios único, creador del cielo y de la tierra, el Dios de Abraham, Moisés, David y Jesús fue el Israel bíblico. Pero es cierto que Israel no siempre cumplió con su misión. A menudo se centraron en ellos mismos, imitaron a las demás naciones e hicieron alianzas con pueblos idólatras, pervirtiendo su razón de ser. Por eso, a través de Jesucristo, Dios levantó a la Iglesia como el nuevo Israel. Aunque, como Israel, no siempre la Iglesia ha estado a la altura de su llamado. Pero volviendo a las fuentes del Evangelio, reconocemos que según Jesús, sus discípulos están llamados a ser sal de la tierra y luz del mundo. Casi todas las parábolas de Jesús, el Sembrador, la Semilla de Mostaza, la Levadura, etc., hablan de crecimiento y de compartir la fe con otros. Igualmente, durante su vida, los encuentros de Jesús con Bartimeo, con Zaqueo, con la Samaritana, eran para ayudarles, sanarles, compartirles fe, anunciarles el mensaje de salvación.

Los profetas del Antiguo Testamento avanzaron que el Mesías traería justicia y salvación a las naciones. “He aquí mi siervo... he puesto sobre Él mi espíritu; Él traerá justicia a las naciones.” (Isaías 42:1). “Haré que se acerque mi justicia... y mi salvación no se detendrá. Y pondré salvación en Sion, y mi gloria en Israel.” (Isaías 46:13) “Porque en el monte de Sion y en Jerusalén

habrá salvación.” (Joel 2:32). “Más a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación” (Malaquías 4:2). Esto nos habla también de que un día Israel será restaurado como luz de las naciones.

La iglesia del Nuevo Testamento comprendió que tenía que compartir el Evangelio a pesar de las prohibiciones y dificultades. Decían: “No podemos negar lo que hemos visto y oído” (Hechos 4:19). Recibieron el poder del Espíritu Santo para ser testigos de su fe en todas partes y “hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8). Recibieron los dones del Espíritu como instrumentos y apoyos para anunciar el Evangelio de salvación. Y como decía Jesús en la parábola de los talentos, si no usas los dones que recibes, los pierdes. Aún en medio de la persecución los apóstoles y discípulos de la primera generación de creyentes “iban por todas partes anunciando el Evangelio” (Hechos 8:4)

En Hechos de los Apóstoles vemos que Pedro se dedicó a los judíos y Pablo a los gentiles o paganos. Pablo dijo “Siendo libre me he hecho siervo de todos para ganar al mayor número... a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos”. (1 Corintios 9:19) Es cierto que en los inicios del cristianismo y en otras épocas, muchos han dado su vida por compartir su fe y llevar el Evangelio a los extremos de la tierra. Pero también es cierto que a lo largo de la historia, en no pocas ocasiones, la Iglesia de Jesucristo ha perdido el entusiasmo por compartir la fe. El bautismo de niños, las cruzadas y la Inquisición o la Conquista de América, fueron formas de propagar la fe de manera forzada y por eso surgieron cristianos sin motivación que además vivían una vida doble siendo cristianos de nombre y no de compromiso. Dios ha tenido que usar reformas, renovaciones y avivamientos en la Iglesia de todos los tiempos.

La Iglesia tiene una gran responsabilidad: Obedecer al mandato de Jesús, “Id y haced discípulos a todas las naciones” (Mateo 28:19) Así cumplimos con la profecía que dice: “la tierra será llena del conocimiento de la Gloria del Señor” (Habacuc 2:14). Hoy en día, la iglesia se renueva con la llegada de nuevos

convertidos que vienen llenos del primer amor. Y así no solamente se crece en números sino sobre todo en calidad de vida espiritual. Porque los recién convertidos suelen ser los que más evangelizan. Una iglesia que no evangeliza, poco a poco se muere por tradicionalismo o decadencia. Si no evangelizamos nos estancamos. Toda iglesia cerrada sobre sí misma se vuelve fría, exclusiva y formalista.

Tenemos que orar para que, en este tiempo tan convulso, podamos encontrar maneras de evangelizar que estén en consonancia con las exigencias sociales y culturales de nuestra época. Los que un día vinieron pidiendo ayuda para salir de sus problemas de adicciones y dependencias hoy son ejemplos de vidas. Algunos han formado familias llenas de la gracia de Dios y de recursos para enfrentar los problemas de la vida. Pero no podemos contentarnos con los logros conseguidos. Hay que ir más lejos y renovarnos en nuestros métodos, siempre con los ojos puestos en las enseñanzas de Jesús y en los Hechos de los Apóstoles. Y una de las primeras enseñanzas es “recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos... hasta lo último de la tierra”. (Hechos 2:8)

El bautismo del Espíritu Santo fue clave en mi vida cristiana para descubrir la importancia y la eficacia de la evangelización. Yo creía que el haber sacado el título de Licenciado en Teología me hacía ser un maestro y así lo pensé durante unos años. Hasta que el bautismo del Espíritu Santo me hizo ver y anhelar la necesidad de evangelizar y las primeras experiencias fueron muy animadoras. Igualmente fue importante ser parte del ministerio de la Asociación Accorema (www.accorema.com), que pronto va a cumplir 50 años de existencia. La mayoría de los casos que tuvimos que enfrentar requerían un discernimiento espiritual y un poder sobrenatural que sólo por medio de la oración y los dones del Espíritu Santo pudieron llegar a buen fin y obtener buenos resultados. Pero también es cierto que todo lo conseguido por fe y por gracia hay que mantenerlo con esfuerzo y una vida disciplinada, “puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12:2).

La España de hoy no es propicia a recibir el Evangelio. El tradicionalismo, el materialismo, la defensa del derecho a la intimidad, la libertad de pensamiento y hasta la libertad de religión hacen que el cristianismo quede relegado a la celebración de ciertas fiestas como Navidad o Semana Santa y a actos religiosos como bodas y bautismos. Aun así, es necesario compartir el Evangelio y el Señor nos dará oportunidades para hacerlo. La buena disposición personal, un mínimo de preparación y la dirección de Dios harán que podamos cumplir con la gran comisión de ir y hacer discípulos de Jesucristo de todas las naciones. En ello va nuestra vida y la salvación de muchos. La epístola de Judas dice: “A algunos que dudan, convencedlos. A otros salvad, arrebatándolos del fuego” (22,23). No sólo es una exigencia personal sino también colectiva. La Iglesia debe formar evangelistas al mismo tiempo que pastores, maestros y profetas porque estos son los ministerios cardinales para la edificación del Cuerpo de Cristo que según la Epístola a los Efesios son ministerios que fueron constituidos por el mismo Jesucristo. (Efesios 4:11).

Algo digno de tener en cuenta a la hora de compartir nuestra fe es que Jesucristo “puede también salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25) Es decir, que tenemos en Cristo un salvador y un intercesor a nuestro favor delante del Padre. Eso nos garantiza que nuestras oraciones son escuchadas. “Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión” y “acerquémonos, pues confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.” (Hebreos 4:14 y 16). No importa cuales sean nuestras circunstancias, tenemos el socorro necesario para cada necesidad.

Testimonio de Anderson y Gleice

Al compartiros este testimonio lo hago con temor y temblor porque no puedo hacer justicia a todo lo que estos hermanos han

vivido y a la grandeza del poder de Dios que se ha manifestado en su transformación. Muchos no creían que Dios les cambiaría. Aún hoy, para quienes les conocen, es sorprendente que vivan la vida que viven después de haber vivido lo que han vivido. Pero es cierto que a veces en la vida, las cosas tienen que ponerse muy mal y encontrarse uno en un pozo muy profundo para decidirse a pedir ayuda. Anderson y Gleice llegaron a nuestra iglesia desde Brasil con una situación de residencia en irregularidad legal que terminó solucionándose. Anderson estaba muy nervioso y tenía muchos problemas de adaptación social. A veces tenía ataques y convulsiones. Cuando le daban esos ataques la oración conseguía sacarlo en lo que parecía un proceso de liberación. En esos momentos destrozaba su ropa y de él salían unos sonidos extraños y gritos de dolor. Gleice era mucho más calmada. Su amor por él hizo que aguantara muchas situaciones extremas. Sus vidas anteriores habían sido muy dramáticas. Vivieron en un mundo de brujería, delincuencia, prostitución y violencia. Practicaban el surf y las artes marciales. Parecía que nunca podrían adaptarse a una vida normal. Tuvieron varias experiencias sobrenaturales del poder de Dios en sus vidas. Su perseverancia y el querer siempre estar unidos a una iglesia les han hecho llegar a ser una familia sólida con dos hijos preciosos. Con uno de ellos, el menor, que nació prematuro, vimos la mano de Dios en su pronta recuperación. Se han adaptado también a trabajos muy duros para sobrevivir, como la limpieza, habiendo pasado de ganar rápidamente mucho dinero a ganar poco a poco lo justo y con mucho sacrificio.

Algo muy digno de resaltar ha sido la unidad familiar y el amor y compromiso el uno con el otro. Después de muchos años en Burgos, hoy son parte de una iglesia en Gijón donde están sirviendo al Señor y ayudando a otros. Siempre con una sonrisa en el rostro, mantienen un corazón agradecido por lo que Dios ha hecho en sus vidas y no dudan de compartirlo con los que sepan escucharles. Es cierto que hemos hablado de escribir un libro con todas sus experiencias, pero no es fácil. Me han permitido dar este testimonio, sencillo, pero que muestra cómo Dios puede hacer resurgir de las cenizas unas vidas que estaban condenadas al

fracaso pero que Dios ha transformado y está usando para Su Gloria.

Ellos nos llaman de vez en cuando y siempre muestran agradecimiento por lo que hicimos por ellos en nuestra iglesia. Dicen que se sienten inspirados a seguir el camino de Jesús, según el ejemplo de dedicación y servicio que han aprendido entre nosotros. Recientemente, Gleice me envió el siguiente mensaje: “Siempre estaremos agradecidos por el amor que nos habéis dado en tiempos tan difíciles de nuestra vida. Damos gracias a Dios por llevarnos a vuestra iglesia donde hemos aprendido lo que somos hoy. Y hoy podemos dar lo que hemos recibido. Que sepáis que donde el Señor nos lleve siempre hablaremos del amor que hemos recibido, donde vimos el obrar sobrenatural de Dios en nosotros. Para nosotros fuisteis un ejemplo que queremos seguir. Os amamos y siempre permaneceremos en ese amor”

Este testimonio, para gloria de Dios, es la prueba de que “nada hay imposible para Dios” (Lucas 1:37). He visto muchos casos en mi vida pero al oír a estos hermanos contar su vida sólo puedo dar gracias a Dios que puede obrar hoy de manera tan maravillosa. Él es el mismo hoy, ayer y por los siglos. Por eso es tan importante y tan urgente compartir las buenas noticias del Evangelio porque sigue siendo cierto aquello de “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo, tú y tu casa” (Hechos 16:31), La Gracia de Dios es más que suficiente.

CONCLUSIÓN:

¿Quieres ser sal?

Actívate.

En esta conclusión, vamos a comparar el desafío que tenemos de ser sal de la tierra y luz del mundo con la sanidad del paralítico de Betesda (Juan 5). Sacaremos conclusiones que nos ayudaran en nuestro caminar cristiano y en marcar unos objetivos a la hora de experimentar la sanidad y también a la hora de evangelizar.

Durante una de las fiestas en Israel. Jesús va a Jerusalén y se acerca a un estanque, llamado Betesda (Casa de misericordia) donde se congregaban los enfermos. Allí Jesús se encuentra a un hombre que lleva 38 años enfermo y no tiene a nadie que le ayude. Existía la creencia de que cada tanto tiempo un ángel venía a mover las aguas y el primero que se zambullía en el estanque, era sanado. Ese encuentro de Jesús con el paralítico de Betesda tiene un aire un tanto extraño. No fue el paralítico el que llamó a Jesús, como hizo Bartimeo y otros, sino que fue Jesús el que se dirigió a él y al ver que llevaba treinta y ocho años enfermo, en aquel lugar y quiso sanarle. ¿Por qué se fijó Jesús en él? ¿Por qué estaba tan solo? ¿Tenía mal carácter? ¿Le había abandonado su familia? Es cierto que alguien le llevaba a aquel lugar cada mañana. Acordaos del paralítico que es llevado por cuatro amigos o familiares a Jesús y como había tanta gente levantaron el techo de la casa para hacerlo bajar y que Jesús le sanara (Marcos 2).

Por otra parte, es curioso que cuando fue sanado en Betesda, no se vio que el enfermo sanado siguiera a Jesús como hicieron otros, y ni siquiera le agradeciera por su sanidad. Más tarde vio a Jesús en el Templo y no le reconoció. Al contrario, fue Jesús quien se

dirigió a él y le hizo con esta extraña advertencia: “Mira, has sido sanado; no peques más para que no te venga alguna cosa peor” (v. 14) ¿Acaso Jesús sabía que el origen de aquella enfermedad había sido el pecado y que si volvía a pecar volvería a enfermar? ¿Puede ser que aquel hombre fuera sano físicamente pero no espiritualmente? Algo sorprendente es que siendo tan evidente su situación Jesús le preguntara al acercarse primero a él: ¿Quieres ser sanado? El enfermo no le dijo ni sí ni no, sino que expuso el pretexto de que nadie le metía en aquella piscina. Jesús dijo al enfermo: ¡Levántate y anda! Y al instante aquel hombre fue sanado...y anduvo.

La incapacidad de andar es una prueba de que hay alguna enfermedad física. Cristo ha venido para sanar todas las enfermedades. Pero no se puede sanar a nadie que no reconozca su necesidad y que no pida ayuda. Porque también hay una enfermedad de incredulidad que impide a mucha gente pedir ayuda y andar en los caminos del Señor. ¿Porque sanó Jesús a aquel hombre? Porque quería que tuviera la capacidad de integrarse en una vida normal y ser útil a los demás. Quería que disfrutara de movimiento pero también que se hiciera cargo de su vida, con responsabilidad personal. Jesús restauró a aquel hombre para ocupar el lugar que le correspondía en la sociedad con plena salud y vigor. Le manda andar para vivir una vida nueva de servicio. Jesús, salva, sana y envía. A sus discípulos les dijo “Os haré pescadores de hombres” Cuando la suegra de Pedro fue sanada se levantó, les hizo de comer y les sirvió la comida. (Marcos 1:30) Lázaro, después de resucitado hace de su casa un lugar de testimonio donde muchos acuden para verle y escucharle. “Pero los principales sacerdotes acordaron dar muerte también a Lázaro, porque a causa de él muchos de los judíos creían en Jesús” (Juan 12:10.11.) La Gracia de Dios se recibe y se da. “De gracia recibisteis, dad de gracia” (Mateo 10:8)

A nosotros también el Señor nos quiere liberar para quitarnos nuestras cargas, andar en sus caminos y ser sal y luz en este mundo. A menudo en la Biblia, en sentido figurado, andar es sinónimo de comportarse, de llevar a cabo una vida con propósito.

Andar en los caminos del Señor es vivir cerca de Él, de acuerdo a su Palabra. A los primeros cristianos les llamaban “Los del Camino” (Hechos 9:2) A nosotros también, Jesús nos quiere sanar para que “andemos con Dios” (como Enoc, Gen 5:24, y Noé Gen 6:9). A Abraham Dios le dijo. “Anda delante de mí y sé perfecto” (Gen. 17:1). El rey David escribió: “el pueblo que sabe aclamarte andará, Señor, a la luz de tu rostro” (Salmo 89:15). “Los que esperan en el Señor, recobrarán nuevas fuerzas, andarán y no se fatigarán” (Isaías. 40:31) El Apóstol Pablo nos dice que “andemos en vida nueva” (Rom. 6:4). Y también, “Andad en amor como Cristo también nos amó” (Ef. 5:2) “Mirad pues, con diligencia, cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo porque los días son malos.” (Efesios 5:15, 16). Y el apóstol Juan escribe:” El que dice que permanece en él debe andar como él anduvo” (1 Juan 2:6)

Los médicos buscan nuestra sanidad desde fuera hacia adentro. Por medio de la observación de los síntomas llegan a las causas e intentan que el paciente cuando mejora sea independiente del médico. Jesús al contrario sana desde dentro hacia afuera y por medio del Espíritu Santo busca que tengamos comunión con él porque él sana y mantiene la sanidad con su presencia, su poder y su favor. La sal puede salar por su poder intrínseco, es su naturaleza, no puede ser de otra forma, a menos que pierda su sabor, que se desalinice. La vida de Cristo en nosotros es la que nos restaura, desde el interior, por la nueva naturaleza que Él pone en nosotros al nacer de nuevo y al darnos su Espíritu Santo. Unidos a él podemos llevar mucho fruto (El ejemplo de la vid y los pámpanos. Ver Juan 15).

Cristo nos da salvación y salud para que le sirvamos, para que nuestra vida sea suya y para que su vida se haga nuestra. El Señor quiere que dependamos de él en todo. La presencia del Señor en nuestra vida nos da fortaleza. Su presencia hace la diferencia. Siguiendo sus caminos podemos hacer una diferencia en la sociedad y en nuestro entorno. Podemos ser la sal de la tierra, podemos ser la luz del mundo.

¿Cuál es nuestra parte en el obrar de Dios en nosotros? Primero debemos querer y luego debemos andar, actuar. Jesús pide nuestro consentimiento, espera la confesión de nuestra necesidad y la obediencia inmediata. El espera que nos levantemos y andemos tal como él nos manda. Muchos no reconocen su necesidad y por lo tanto no le buscan. Muchos no quieren progresar, no quieren moverse de su zona de confort. A veces hay que decir, Señor, quiero ser sano, a cualquier precio que me pidas. Señor, obra en mi vida como quieras. Cuando Jesús le dice al paralítico de Betesda “Toma tu lecho y anda” le quiere activar. Le pide que entre en acción. Que haga algo por su parte. Jesús quiere hacerle partícipe del milagro. Aquel hombre fue sanado porque obedeció la orden de Jesús: “Tomó su lecho y anduvo”. En ese gesto llegó el momento de su sanidad.

Es cierto que a menudo el que está enfermo no tiene fuerzas ni fe para pedir ayuda. Pero puede oír la voz de Dios. Por eso, no demores tu obediencia cuando el Señor te pide algo. Su palabra cambia tu impotencia en fortaleza. “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil. 4:13). Cuando el paralítico fue sano, tuvo que limpiar aquel lugar, tomar su cama y llevarla a otra parte, tenía que aprender a vivir una nueva vida, aprender a cultivar la tierra, aprender un oficio, ayudar a su familia. Hasta entonces había estado pasivo, dependiente de los demás. Había estado allí 38 años siendo ayudado. Ahora tenía que ser él el que ayudara a otros. Jesús te dice, a ti que quieres ser sano, que quieres ser sal: ¡Levántate y anda! Toma tu carga, avanza, progresa, supera tu debilidad. Pon orden en tu vida. Disponte a ayudar a otros. Sé útil. Colabora en la evangelización de los demás. Camina con Dios. Sírvele. Ora por la sanidad de los enfermos. Actívale.

Luz y Visión

La Biblia enseña que “no hace nada el Señor sin revelar su secreto a sus siervos los profetas” (Amós 3:7) También dice que “Sin profecía, el pueblo se desenfrena” (Proverbios 29:18) Todos los hombres y mujeres de Dios en la Historia han tenido visiones y

han recibido profecías que les han empujado a tirar hacia adelante, con fe. Esa visión y esa fe les daban fuerzas para poder soportar el sufrimiento. Moisés “por la fe salió de Egipto sin temer la ira del rey y se mantuvo firme, como viendo al invisible” (Hebreos 11:27) La fe es “la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1) La luz que la fe procura lleva a la visión. Visión es lo que lleva al cumplimiento de la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es luz, porque Jesús es luz “En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres” (Juan 1:4)

Toda obra de Dios está apoyada por una visión de fe. Toda visión está apoyada en realidades espirituales basadas en las revelaciones de Dios en su Palabra y a través de su hijo Jesucristo. La iglesia puede tener muchos medios pero si no vive a la luz de la Palabra está perdida. Como el ciego Bartimeo, lo importante es ver y ver a Jesús Si tienes una viga en tu ojo no podrás quitar la brizna del ojo ajeno. (Mateo 7:5) Limpia primero tu ojo y podrás ver los defectos en los ojos de los demás. Hay unas condiciones para ver y para ver mejor. Eliseo oró para que se abrieran los ojos espirituales de su siervo y entonces vio lo que antes no veía. (2ª Reyes 6:17) Tienes que tener un corazón limpio para ver las cosas de Dios (Mateo 5:8). Sin santidad nadie verá al Señor. (Hebreos 12:14). Es importante examinar nuestras motivaciones porque las malas motivaciones pueden nublar la vista. Entonces podrás decir “antes yo era ciego, pero ahora veo” (Juan 9:25).

Algo así me pasó , estaba insatisfecho con mi vida. No veía frutos, no tenía entusiasmo por las cosas de Dios. Después de un tiempo de sequedad Dios me hizo ver lo que me impedía. Me abrió los ojos y me mostro mi necesidad de obedecerle. Fue duro y progresivo pero hubo una restauración de mi vida. Entonces se abrieron los cielos y pude ver frutos que no había visto antes. Humillarte ante Dios, limpiar tu vida, cortar con lo que te impide

ver a través de los ojos de Dios. Como Job, hay que llegar a decir “ahora mis ojos te ven” (Job 42:5).

Jesús habló diciendo: Yo soy la luz del mundo, el que me sigue, no andará en tinieblas sino que tendrá la luz de la vida.” (Juan 8:12). Para ver hay que tener luz. Cuando estamos en tinieblas anhelamos la luz. Jesús dijo “Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo.” (Juan 9:5) Tenemos que tener “puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe.” (Hebreos 12:2). Al poner nuestros ojos en él y verlo todo a través de él, todo cobra su verdadera perspectiva. Él es nuestro buen Pastor, nuestro guía fiel, la lámpara que guía nuestro camino (“Lámpara es a mis pies tu palabra y lumbrera en mi camino” Salmo 119:105). Todo toma su verdadera dimensión cuando lo vemos con los ojos de Dios. Sólo la presencia de Dios en nosotros hace que no caminemos en la oscuridad, en el engaño, Es cierto que Satanás se disfraza de “Ángel de luz”. Pero “no ignoramos sus maquinaciones” (2 Cor. 2:11). “Dios es luz y no hay tinieblas en Él...si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros” (Juan 1:5,7). Las buenas relaciones con los demás dependen de que andemos en luz.

Pablo dice “En otro tiempo fuisteis tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor, andad como hijos de luz.” (Efesios 5:8) Para ser luz hay que buscar la luz en el Señor y no caer en el engaño. Lo que menos espera el mundo es que los hombres y las mujeres-luz se apaguen. Dios quiere vidas cambiadas que impacten a su alrededor. Dios juzgará al mundo por no hacer caso de la luz “Y esta es la condenación, que la luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz porque sus obras eran malas.” (Juan 3:19) Y también juzgará a los cristianos que no fueron luz cuando debían serlo. Porque “si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿Cuántas no serán las mismas tinieblas?” (Mat 6:23).

Para ser sal de la tierra y para ser luz del mundo, tenemos que estar unidos al Señor. Él es quien nos capacita. Él es quien nos da los dones, quien nos da la visión, las herramientas y las fuerzas para llevarla a cabo. Todo empieza y termina en el mismo punto. La entrega de nuestra vida, de todo lo que somos y todo lo que tenemos, al Señor. “Y todas las ofrendas al Señor serán pacto de sal.” (Numeros 18:19) Dios te pide que seas sal y luz. Sal para purificar tu vida y tu entorno, luz para echar fuera las tinieblas.

La intención de este libro es animarte a que compartas tu fe con otros. El Evangelio de Jesucristo es lo más precioso que te ha podido pasar. “En él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.” (Colosenses. 2:3). No es justo que unos tengan tanto y otros tan poco, no es justo que unos estén saciados y otros pasen hambre. No es justo que a ti te hayan dado de comer cuando tenías hambre y que tú retengas la comida que podría salvar a otros. Como le dijeron a la reina Esther, cuando tenía que arriesgarse para salvar a su pueblo amenazado de muerte: “¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?” (Ester 4:14) Quién sabe si en tu entorno familiar y social hay unas necesidades que tú puedes suplir con tu fe y tu testimonio, quien sabe si es para eso que has conocido al Señor. Dios también tiene un llamado, un ministerio para ti, descúbrela, No te niegues a hacerlo. Porque en ello está la razón de tu vida. En ello está tu felicidad y la de muchos otros. Sé sal. Sé luz. Sé fiel. Sé consecuente con tu fe.

Jesús dijo:

“Yo soy la luz del mundo” (Juan 8:12)

Y también dijo:

“Vosotros sois la sal de la tierra, pero si la sal se desvaneciere...no sirve más para nada.”

“Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.” (Mateo 5:13-16)

Biografía

José Gallardo Cortés (Albacete, 1944)

Licenciado en Teología por la Facultad de Bruselas. Estudió en Montevideo, Uruguay y Elkhart, Indiana, Estados Unidos. De 1973 a 1977 fue profesor en la Escuela Bíblica Europea de Bienenberg, Basel, Suiza. En 1978 inicia la Comunidad Cristiana de Quintanadueñas, Burgos y crea ACCOREMA, “Asociación Cristiana de Comunidades para la Rehabilitación de Marginados”. Contrae matrimonio en 1985 con Carmen Ochoa Carrillo. Tienen tres hijos: Sonia, Melisa y Rubén. Es autor de “El Concepto Bíblico de Justicia” (1983), “Libertad a los Cautivos” (que apareció primero en inglés como “Freedom for the captives” en 1988) y “Fuertes en Batallas” (2008).

Pastorea la Iglesia Cristiana Evangélica “Piedras Vivas” de Quintanadueñas, Burgos.

Para contactar: jgallardo@accorema.com